MAMEN DE BLAS

El Método ELISA



MAEVA | NOIR

Si tienes un club de lectura
o quieres organizar uno, en nuestra web encontrarás
guías de lectura de algunos de nuestros títulos
http://www.maeva.es/guias-lectura

Índice

Cubierta
Los escenarios de la novela
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23

24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35
36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51

52
53
54
55
56
57
58
59
60
61
62
63
64
65
66
67
68
69
70
71
72
73
74
75
Agradecimientos
Créditos

A Alberto, la felicidad de mi vida.
A mi padre, Mariano, por los valores,
el esfuerzo y el ejemplo.

Los escenarios

de la novela


Imón
CASTILLA Y LEÓN
Guadalajara
Los Zarzales
El Torreón
Universidad
Pío Baroja
Quijano
COMUNIDAD
DE MADRID
Pantano del Alcázar
Villena
Comisaría Sur
CASTILLA LA MANCHA


Cementerio de El Pardo
EL PARDO
FUENCARRAL
Instituto Anatómico
Forense de Madrid
BARAJAS
CHAMARTÍN
BARRIO DE SACONIA
Nueva casa de Joaquín
TETUAN
DEHESA
DE LA VILLA
Casa de Nuria
HORTALEZA
Facultad de Agrónomos
MADRID
BARRIO DE SALAMANCA
Casa de Óscar
El Arrastre
Calle Segovia
Casa de
Isabel Sanjurjo
Despacho
Blanc i Oriol
CIUDAD LINEAL
Brigada
tecnológica
GRAN VÍA
Peluquería
Giovannis
Radio Madrid
Casa del Libro
Círculo de
Bellas Artes
PARQUE DE
EL RETIRO
LA LATINA
ATOCHA
MORATALAZ

1

Llovía y llovía en la sierra. Septiembre se despertaba en un Madrid opaco y húmedo que recuperaba la actividad tras el verano. A vista de pájaro, entre las nubes y las agujas de agua, se divisaban las largas hileras de coches, que, arrancando y frenando al ritmo intermitente del tráfico, parecían las patas de una araña de corazón negro.

Desde el suroeste de la región, Joaquín se dirigía directo al colapso circulatorio. Con las llaves del coche en la mano y la gabardina doblada en el antebrazo, caminaba enérgico hacia la cancela de entrada del chalé. Al sonido crujiente de sus pisadas sobre la grava seguía el de las de Elisa, su mujer, quien, unos metros por detrás, trataba de darle alcance, manteniendo a duras penas el equilibrio sobre el tacón de sus botas de caña alta. Casi cubriéndolas, la campana de su vestido de flores rozaba con el suelo y con los arbustos que flanqueaban el camino hacia la salida, produciendo un frufrú que estaba a punto de sacarlo de sus casillas.

—Querido, ¡espera! —lo llamó—. Te estás empapando.

Él avanzó haciendo caso omiso de la advertencia. Solo deseaba una cosa: salir de allí. Necesitaba dejar atrás la casa y, sí, tenía que reconocerlo, a su mujer. Lo antes posible.

—Querido —insistió—. Deja al menos que te despida antes de emprender el viaje.

El tono dulce de este último reclamo frenó a Joaquín, que se detuvo a esperarla. Ya con una pierna dentro del vehículo, le dijo adiós besándola en la frente, como a ella le gustaba.

Escenas como aquella venían repitiéndose desde hacía varios meses, cuando Elisa se había «sumergido», como a ella le gustaba decir, en el último encargo de la editorial: la traducción de una novela victoriana de corte sentimental. Su protagonista languidecía, consumida por los celos, en la mansión de Sussex que su esposo había aportado al matrimonio. Perdida en la inmensidad de la campiña inglesa, vagando por torres y veredas, asomada a ventanales y barandas, se sentía aislada y abatida. Echaba de menos a sus hermanas, y ni las arañas de cristal ni las alfombras traídas de Oriente ni los nenúfares del encantador jardín acuático la resarcían de aquella soledad.

Mientras traducía la novela, Elisa debía ponerse, literalmente, en la piel de la «querida niña» para llegar al fondo de su alma y al de su creadora, por lo que ahora se mostraba triste y celosa. Antes, y dependiendo de la obra que se trajera entre manos, se había mostrado como una mujer rebelde, disparatada, espiritual, e incluso había llegado a quedarse muda. Era su método secreto. El método Elisa.

El espacio físico de la casa también se transformaba según se sucedían los encargos. Los tapices saturnales y los candelabros con velas que ahora adornaban el salón habían sustituido (por fortuna para Joaquín) a la ambientación típica del Oeste americano que los había acompañado a la transcripción a nuestro idioma de *Polvo amarillo,* un reciente *best seller* del *The New York Times* en el que había invertido al menos cuatro meses. Más de ciento veinte días en

los que habían comido patata cocida y mazorcas de maíz y bebido *whisky bourbon* o, mejor, siguiendo su propia traducción, whisky Borbón.

Peor experiencia había sido para su marido, sin embargo, la personal recreación del zulo de Ana Frank, del que Elisa se había negado a salir, excepto para hacer sus necesidades, el tiempo que había durado la traducción de una versión para niños del diario de la joven alemana. Había instalado una cama plegable y decorado el despacho con fotografías en blanco y negro de las estrellas del cine de aquellos años, tal como había hecho Ana en su penoso destierro interior. Incluso, como en el zulo original, había pegado en la pared una foto de la reina de Inglaterra, por entonces la princesa Lilibeth Windsor.

Fue entonces, una noche de la última primavera, mientras dejaba un plato de arenque marinado en la puerta del «anexo», cuando Joaquín sintió en su cabeza el impacto de la realidad. Fue un golpe seco y contundente como el de una calabaza que se precipita hacia el suelo y se rompe en grandes gajos anaranjados. Visualizó la imagen, al tiempo que se percataba de la gravedad de los hechos; tenía que admitir, de una vez por todas, que Elisa, su Elisa, había quedado sepultada bajo la personalidad de los fantasmas que habitan los libros, y lo que hasta entonces había considerado una excentricidad se le reveló como un gran desvarío.

Al comienzo de su relación, él amaba esa entrega al oficio de la traducción literaria. Le parecía encantadora y digna de elogio profesional. Le divertían los cambios de decorado, como los llamaba, y cada noche antes de dormir ella le leía en voz alta pasajes ya adaptados de distintos libros. La voluptuosidad de algunos textos les

había servido de estímulo sexual para la relación. Pero, a medida que pasaban los meses y las páginas, se había ido apoderando de él una sensación pegajosa y parda, como el barro de un pantano. Se sentía vacío, desubicado, desorientado, fuera de tiempo y de lugar. Estaba atrapado.

Al dejar atrás la urbanización, Joaquín se prometió a sí mismo que pondría fin a aquella locura, que recuperaría su verdadera vida, libre de dramas y tragedias. Bajó la ventanilla nada más salir de Villena para disfrutar del aire fresco de la mañana y, mientras emprendía camino a la universidad, pensó que había llegado la hora. O Elisa abandonaba su método o le presentaría los papeles del divorcio.

Ella, ya bajo techo y sin miedo a la superstición, cerró el paraguas. Esbozó un prolongado suspiro, lo dejó en una esquina del zaguán y sacudió los flecos de encaje de su vestido.

Lo primero sería prepararse un té y, cuando cesara la llovizna, se concedió, retomaría el trabajo. Hasta entonces disfrutaría, a través de las vidrieras del salón, de aquel clima que tanto le ayudaba a evocar el ondulado paisaje de las colinas de Brighton.

2

—Sí, ¿sí? ¿Qué tal así? Un, dos, tres, cuatro.

La voz anónima que probaba la megafonía desde el patio central del edificio Torroja interrumpió el ensayo del decano Enrique de Olmedo, que repasaba en voz alta en su despacho el discurso de apertura del nuevo curso académico que pronunciaría en unas horas. Asomado a la ventana, leía y reproducía el grueso de su intervención mientras observaba los preparativos de última hora.

Siete pisos más abajo, un grupo de operarios de la universidad colocaba las últimas filas de sillas para padres y profesores. Las cuatro banderas que flanqueaban la tribuna de autoridades, empapadas y chorreantes, deslucían la puesta en escena.

Se visualizó de pie, en el centro de la mesa alargada que habían colocado sobre el escenario, interrumpido por los aplausos de colegas y políticos.

—Nos enfrentamos a nuevos retos globales. Y no me refiero al ascenso del mercurio en ambos hemisferios —realizó aquí una pausa dramática—. No hablo de la desertización que extiende su amenaza desde los cuatro puntos cardinales. Ni siquiera — prosiguió, levantando la voz y el dedo índice en un movimiento sincronizado— estoy pensando en la pérdida de recursos que conduce a hambrunas y guerras. Con los nuevos retos globales quiero apuntar al despertar de las conciencias. A las de todos, sin importar el papel que hoy juegan en la lucha contra el cambio climático. Desde el más pequeño

de los niños, que abre su mente al pensamiento y la reflexión, al más relevante de los hombres, aquel con capacidad de decidir sobre la producción, las energías y el consumo. Tenemos un gran trabajo por delante. —Se giró en ese punto hacia la puerta, para enfatizar la conclusión con un ligero taconazo sobre la tarima—: proyectarnos en el futuro para que entiendan primero, para que reflexionen después y para que, por último, actúen.

Realizó una pausa antes de preguntar:

—¿Qué le ha parecido, Nuria?

Su secretaria asintió con la cabeza. Había presenciado en silencio la escena, escuchando a su jefe mientras seguía el texto en la pantalla del ordenador. Introduciría comillas y añadiría dos puntos a algunas frases para subrayar el mensaje, sustituiría alguna palabra por otra nueva recién pronunciada y en unos minutos el discurso estaría listo para enviar a la prensa.

Aquella era una de las dinámicas que el decano de la Facultad de Ciencias del Clima y su ayudante personal venían repitiendo desde 2010, cuando Nuria Águeda llegó al campus recomendada por un familiar. De ella se decía que era tan servicial y sumisa con su jefe como arisca con el resto. Él, en cambio, siempre tenía una sonrisa para quien se le acercara con cualquier asunto. Otra cosa —y esto era *vox populi*— era la autenticidad de su actitud cálida y benefactora.

Joaquín formaba parte del grupo de los que pensaban que De Olmedo era un falso redomado y un presumido de tomo y lomo. Sin ir más lejos, ¿qué pintaban los periodistas en una ceremonia docente? Cada año se repetía la misma pregunta al verlos llegar con sus equipos de grabación a la inauguración del nuevo curso. El mal

sabor de boca que le había acompañado en el trayecto al trabajo se intensificó al percatarse de que, además, les habían reservado las mejores plazas de aparcamiento.

Dos horas más tarde, y mientras buscaba sitio entre las sillas destinadas al profesorado, volvió a sentir el mismo malestar. Varios fotógrafos se habían ubicado en la zona de paso, interrumpiendo a los asistentes y retrasando el evento. Eran las doce y diez del mediodía y De Olmedo ya debería estar colocado frente a su atril. Pero no, seguía bajo la gran encina atendiendo a los reporteros.

Miró a ambos lados por si veía a Berta, pero no parecía haber llegado aún. Le extrañó porque, aunque la puntualidad no era lo suyo, su compañera sabía que al decano no le gustaba ver gente cruzando el patio durante sus alocuciones públicas.

Pasaron otros diez minutos antes de que se anunciara el comienzo inmediato del acto a través de la megafonía, y se rogaba a los asistentes que ocupasen sus asientos. El himno de la Universidad Pío Baroja comenzó a escucharse en segundo término. Joaquín se giró en la silla una vez más buscando a Berta con la mirada. Tras el saludo inicial del decano, sería el turno del portavoz del colectivo de antiguos alumnos. Intervendría después la coordinadora de estudios y sería don Enrique quien pondría el punto final al acto.

Desde el último peldaño de la escalera, y dando un simpático saltito, se encaramó al escenario. Se situó frente al atril y, mostrando toda la dentadura, tomó la palabra. Dio primero gracias al sol por haber tomado el relevo a la lluvia y prosiguió enseguida con su alegato ecológico.

—¿Qué es la transición climática? ¿Estamos seguros de estar sumergidos en un periodo intermedio en lo que al cuidado del

medioambiente se refiere? ¿Acaso no hemos hecho más que empezar? ¿Cuánta ventaja nos llevan los que destruyen, sin escrúpulos, nuestro entorno?

Joaquín conocía ya todas esas preguntas y también sus respuestas. Una tras otra, encabezaban el prólogo de *Corazón esperanza*, el nuevo libro que el decano estaba a punto de presentar. Muy pronto las publicaría, estaba seguro, en el perfil de Instagram del mismo nombre, donde su jefe acumulaba una legión de seguidores dispuestos a proteger el planeta.

Se escucharon los clics de las cámaras y algunos aplausos acompañados por gestos de asentimiento. El grupo de alumnos, a la derecha del decano, dormitaba en bloque. Joaquín se había agachado para comentar el discurso con uno de sus colegas de cátedra, sentado a su lado, cuando se escuchó un ruido procedente de la esquina derecha de su fila. Berta trataba de abrirse paso entre las hileras de sillas. El casco de obra que llevaba bajo el brazo se le había caído al suelo. Rodó entre los pies de los espectadores hasta que el tacón cuadrado de los zapatos de Nuria Águeda lo detuvo en seco. La mirada fulminante del decano seguía la escena desde las alturas.

3

—¿Cómo se te ocurre llegar así? Parece mentira que no lo conozcas.

Joaquín y Berta charlaban mientras alargaban sus manos hacia las bandejas con canapés y bebidas que ofrecían los camareros. Se había quedado un precioso mediodía preotoñal en los jardines del campus, donde se servía un aperitivo de bienvenida a los nuevos estudiantes.

—¿Qué tal las vacaciones? —ella respondió con otra pregunta.

—Bueno, te puedes imaginar.

Continuaron paseando sin hablar entre los enormes plátanos que albergaba el antiguo recinto castrense. Joaquín apartaba con el pie los montoncitos de aquenios, esas bolas que comienzan a caer a finales de verano de algunos árboles y plantas, y que en los plátanos de sombra tienen forma de cacahuete peludo. Las adelfas seguían florecidas y de los invernaderos de trabajo sobresalían, negriazulados, racimos y racimos llenos de arándanos.

—Joaquín, Berta. —Una mano alzada los saludó en la distancia.

La pareja respondió con un ligero movimiento de barbilla, a la vez que apresuraba el paso. A ninguno de los dos les apetecía hablar con Isabel Sanjurjo, la incansable y gritona coordinadora de estudios de Ciencias del Clima. Era conocida como la Ferrari por su estado natural siempre acelerado, y ella, al enterarse, no había tardado en concluir que era porque siempre iba por delante.

Aunque sabían que tarde o temprano les tocaría aguantarla un rato, no iba a ser en aquel momento en que los dos se estaban poniendo al día. A pesar de ser vecinos —vivían en la misma urbanización—, no se habían visto desde que acabaron las clases en junio. Berta y Elisa, inseparables desde la infancia, no se dirigían ahora la palabra. La traducción al castellano de *Náufrago* había puesto fin a la relación después de que Elisa, en un ejercicio autoimpuesto de destierro, se negase a abrirle la puerta durante varios días seguidos. «¡Que te den!», le gritó Berta desde el portón de salida, y nunca más habían vuelto a hablarse.

—¿Sigue perdida en la isla?

—No —le contestó serio Joaquín—, ahora es una especie de trasunto de Jane Austen o de sus personajes, qué sé yo.

—No sé cómo aguantas. Deberías hablar con ella —la oyó decir en medio del jaleo de voces, risas y sillas que se arrastraban entre la arena.

No era ni la primera ni la segunda vez que ella se permitía opinar sobre el matrimonio de Joaquín con su ahora examiga. Se conocían desde que él comenzó a salir con Elisa, hacía ya una década, y después habían coincidido en la facultad. Él era el titular de la cátedra de Edafología. Enseñaba a sus alumnos «las cinco uves dobles del suelo», esto es, qué se puede plantar, quién lo hace, cómo, cuándo y dónde. El «por qué» periodístico se sustituía aquí por el «para qué». Ella impartía Derecho del Medioambiente, disciplina que ejercía en la práctica en un prestigioso bufete de la capital.

A pesar de que Elisa se lo había «prohibido terminantemente», Berta y Joaquín iban y volvían de la universidad en el coche de él.

Pero no solo eso, sino que también desayunaban juntos, y mientras comentaban temas académicos y apuraban el café, Joaquín se lamentaba, cada día con más intensidad, de la deriva que estaba tomando su matrimonio.

—No sé qué decirle —respondió tras una pausa en la conversación —. He pensado en pedir el divorcio, pero según tomo la decisión me arrepiento. No le puedo soltar que está mal de la cabeza y acto seguido —prosiguió cada vez más apesadumbrado— decirle que voy a abandonarla.

—Loca te digo yo que no está. —Berta saltó como un resorte—. Son gilipolleces, por no decirte que gracias al rollo de las novelas consigue hacer lo que le da la gana sin dar cuentas a nadie. Tiene que verla un psicólogo.

—No sé cuánto más voy a poder aguantar así —Joaquín ignoró el consejo—. Ayer me cogió el teléfono y fingió tener un ataque de celos. No me extrañaría que le diera por llamar a todos mis contactos femeninos.

—A mí seguro que no —respondió Berta en tono de guasa.

—Imagino —contestó él, dándole un trago a su martini.

La verdad es que Joaquín ni se había molestado en poner algo de su parte para que Elisa y Berta volvieran a ser esas amigas estupendas «de toda la vida». Al contrario, podría decirse que el distanciamiento entre ambas le había servido para apoyarse en Berta, con quien ahora podía desahogarse sin filtros.

—Ponle ya fin a esto. Es lo que más te conviene. —La voz de la abogada se impuso de nuevo al griterío de un grupo que, a su lado, brindaba, bebía y volvía a brindar.

El alcohol tempranero parecía haber hecho efecto entre los asistentes más jóvenes. De algunos teléfonos comenzaba a salir música y había quien se movía ya sin disimulo al son del último *hit* de reggaetón.

El tono brusco y tajante de Berta hizo que Joaquín, que en ese momento estaba tratando de alcanzar otra bebida, se girara para mirarla. Le pareció como si le hablara la propia Elisa, con ese permiso que uno se concede para dar órdenes a su pareja, casi siempre de forma autoritaria e imprudente. Ella le devolvió la mirada, algo sonrojada. Balbuceó un «nos vemos luego» y se dirigió hacia la salida en una lucha por sortear mesas, corros de alumnos y copas vacías esparcidas por el suelo del jardín.

4

Las torres góticas de Bellington proyectaban su alargada y puntiaguda sombra sobre el inmenso parque de entrada a la finca. Sentada bajo la pérgola, Marianne se dejaba arrastrar por la inquietud y las sospechas. Edward había partido temprano hacia Clayton Park, invitado por los Amery a pasar una temporada en la casa, con el encargo de poner orden a los asuntos de la familia. ¿Sería cierto que su querido esposo partía por motivos de trabajo? Recordó la belleza de Mary, la benjamina del clan, y sintió que los celos la devoraban.

Imitando a su protagonista, Elisa se cubrió el rostro con las manos. Después asintió con la cabeza. Estaba contenta con la traducción. Al repasarla en voz alta pudo sentir la zozobra de la joven y, de la misma manera, estaba convencida, se transmitiría a las lectoras. Bueno, a los lectores. Le gustaba pensar que los hombres eran también románticos.

Joaquín lo era, o, al menos, lo había sido al principio, durante el noviazgo. También en los primeros años del matrimonio, pero ahora, si alguien le preguntara diría que no, que ni era cariñoso ni tenía detalles con ella. No como antes.

Esa misma mañana, sin ir más lejos, había estado arisco. Esa era la palabra: arisco. Mira que despedirse así, de esa forma tan brusca, casi obligado. Ese comportamiento no era propio de él.

Cerró la tapa del ordenador y la volvió a abrir de inmediato. Sí, había guardado el documento. Un empujoncito y la novela estaría acabada. Claro que debía prepararse emocionalmente para el fin.

¿Sería capaz Edward de engañar a Marianne? ¿Supondría el hundimiento del matrimonio? ¿Quién heredaría Bellington si la pareja no dejaba descendencia?

Si ella hubiese sido la gran Emma Potter, autora de este y otros clásicos, no habría dejado sufrir ni un minuto a sus heroínas. De su pluma solo habrían salido momentos felices: conciertos de piano, meriendas campestres, partidas de naipes, pedidas de mano con diamante. Todo rehogado con la pertinente pizquita de desamor en algunos momentos clave de la historia; nada que no se hubiese podido reparar con sentido y sensibilidad. Ella, Elisa Morán, habría creado mundos brillantes y tiernos en los que sus criaturas de porcelana y nariz empolvada hubiesen ido de fiesta en fiesta y de baile en baile. Pensando en cómo la Potter conseguía tejer con maestría las tramas de la novela, rematándola con giros inesperados, salió de casa con destino al Palacio de Villena. Allí se prepararía para el *The End*.

El Condestable, como era conocido también el monumento, era el lugar ideal para sus transfiguraciones creativas. Se sentaba en uno de los cenadores del estanque de la huerta o se asomaba por uno de los miradores y se sentía transportada a través del tiempo. La piedra fría y gruesa, los arbustos de boj, las cascadas de hiedra y la humedad que había dejado la lluvia evocaban, en aquella ocasión, la Inglaterra decimonónica de borrascas y tormentas, de tierra oscura y horizontes infinitos.

Joaquín, mientras, reubicaba clases y prácticas en el plan de estudio trimestral. En menos de veinticuatro horas estaría en el aula de primero introduciendo a los chicos en la asignatura. Aunque la Ferrari le había mandado hacía un par de semanas las previsiones climatológicas para las prácticas iniciales, era la primera vez que se sentaba frente al Excel. Tenía que acabarlo, sí o sí, antes de salir, pero su capacidad de concentración se había esfumado en el momento en que Berta le había aconsejado «poner fin a esto». ¿Se refería a los cambios de personalidad de Elisa o a su matrimonio? En cualquier caso, su amiga había traspasado un nuevo límite íntimo que confirmaba la sospecha de que se sentía atraída por él: los roces de manos en el coche, las confidencias, las llamadas a deshoras para consultas no urgentes. Todo parecía indicar en esa dirección.

Y él, ¿se sentía atraído por ella? Aunque se esforzase (y lo estaba haciendo) no podía responder así, en horas, a una pregunta que llevaba meses evitando. Ella era bonita, simpática, y lo comprendía, se divertían juntos. Atractiva, era también muy atractiva y algunas veces había protagonizado sus fantasías eróticas. Pero, de ahí a engañar a Elisa… Porque él quería a su mujer, a pesar de su entrega al trabajo y de sus excentricidades. Estaba convencido de que, tarde o temprano, podría ayudarla a salir de su mundo de fantasía. Todo volvería a ser como antes.

5

—Júramelo, dime que nada ha cambiado.

Las venas de Marianne se tornaban púrpura y sus dedos blancos de tanto apretar los de Edward. Quería escucharlo de su boca, quería oírle decir que los insidiosos rumores que la habían sumido en ese dolor espiritual y físico eran falsos, maquinaciones de terceros para arrancarle de su lado. Necesitaba escuchar que la infidelidad de su marido con Mary Amery era una falacia, una monstruosa falacia. Febril y llorosa, la heredera de Bellington rozaba el delirio. El adúltero, sentado en un butacón de terciopelo junto a la cama, apenas se atrevía a levantar la mirada del suelo, tan grandes eran su vergüenza y cobardía.

—¡Edward! ¡Edward! —los gritos desgarrados de la joven rebotaban en los muros para, al final, liberarse en el espacio a través de torres y chimeneas.

Las puertas de la gran mansión estaban a punto de cerrarse para Elisa, que se precipitaba conmovida hacia un final en el que, con toda seguridad y siguiendo los cánones de la época, la protagonista moriría de amor en los brazos del infiel Edward. La casa quedaría cubierta para siempre bajo la sombra del duelo. Se apagarían apliques y palmatorias, se descolgarían tapices y cuadros. Se guardarían en arcones vajillas y adornos, y cuando los lacayos hubiesen cubierto con sábanas todo resquicio de vida de los

muebles, el mayordomo echaría la gran llave sobre la verja de entrada a la finca.

Él nunca sería perdonado. Tampoco se perdonaría a sí mismo su infidelidad con la pequeña Mary, ahora destinada a la soltería, a la reprobación social y quién sabe si a pasar el resto de sus días en algún convento cercano.

Pero Elisa decidió que aquello no iba a pasar aún. Dejaría las últimas páginas para cuando sintiera que había elaborado su propio y múltiple duelo: primero debía asumir la traición del enamorado, después aceptar el ocaso trágico de su personaje y, por último, despedirse del mundo de Bellington.

Una buena manera de empezar a sobreponerse era meterse en la cocina, remangarse, extender tablas, sartenes y cacerolas, y preparar algo que le gustase a Joaquín. Sería también una forma de disculparse por la sensibilidad exacerbada de la que había dado muestras en los últimos días. Además, estaba a punto de recibir un nuevo encargo de la editorial y debía ir preparando el terreno. Se decidió por un redondo de carne con patatas a la mantequilla, algo *british*, sin duda. Y unos entremeses fríos.

Pensaba en darle una maravillosa sorpresa culinaria a su marido cuando la nevera y su indigencia la sorprendieron a ella. Un pepino y una bolsa de pan de sándwich la contemplaban desde una balda vacía. La cebolla solitaria del cajón de la verdura parecía a punto de echarse a llorar.

Nada que no se pueda arreglar con un poco de esfuerzo, se dijo. Y, a pesar de la amenaza de las nubes sobre su cabeza, se retocó el recogido romano, se echó una toquilla negra sobre los hombros y tal como estaba, vestida de rica heredera inglesa, salió hacia el pueblo.

El mismo destino marcaba en ese momento Joaquín en el gps del coche. Junto a Berta, se disponía a volver a casa y quería saber cómo estaban las carreteras del suroeste de Madrid. El camino era largo, cerca de una hora al volante, que podía alargarse según el estado del tráfico.

Conducía en silencio mientras Berta tarareaba con pretendida espontaneidad las canciones que sonaban por la radio. La escudriñó con el rabillo del ojo. Ella miraba por la ventanilla. Tenía un bonito perfil. Se fijó en sus piernas. Llevaba minifalda y botas sin medias, y el conjunto no podía parecerle más sexy. En un instante, en el que le parecía estar tocando esa piel morena de apariencia suave, se escuchó decir:

—Qué bien te ha sentado el verano.

—¿A qué te refieres? —le preguntó divertida.

—A que estás muy guapa.

—Tú tampoco estás mal —le respondió bromeando.

Se sostuvieron las miradas. El gps anunció atasco a la altura de Las Navas, pero Joaquín se desvió mucho, mucho antes. El coche tomó un atajo para perderse después por un camino de tierra, lejos de la luz de los faros y de las miradas de otros conductores.

Hacía rato que la lluvia y la oscuridad habían hecho acto de presencia cuando llegaron a la urbanización, y, aunque Berta se bajó justo a la entrada para evitarle a Joaquín un disgusto con Elisa, todo fue en vano. Mientras la ternera chorreaba sus jugos en el horno, la traductora se había echado a la calle para sentir la densa y larga noche de los siglos en la que Marianne quedaría presa. Calada hasta los huesos, había decidido regresar cuando los vio. El Passat de

Joaquín estaba parado en la garita de entrada. Ellos, fuera del vehículo, se protegían del chaparrón cubiertos bajo una gabardina.

Elisa los observaba escondida tras un árbol cuando, inesperadamente, el abrigo cayó al suelo, dejándolos al descubierto. Se besaban. Se besaban con pasión. Abatida, Elisa se dio la vuelta para regresar a casa y, aunque creyó morirse ante semejante visión, aguantó el tipo durante la cena y hasta que Joaquín se fue a la cama. Su marido se lamentaba siempre, y aquella noche con más motivo, de lo machacado que volvía de la facultad. Había sido, se quejó, un primer día durísimo.

6

A la misma hora y como siempre, antes de salir, Nuria Águeda repasaba los últimos correos, las citas del día siguiente y recogía los papeles que el decano solía dejar esparcidos en montones distintos sobre la mesa. La secretaria de Enrique de Olmedo podía presumir de ser la empleada más trabajadora de la facultad, no solo en cuanto a horas de desempeño, sino también en productividad y, por qué no decirlo, en resiliencia.

Pasaban las nueve de la noche y allí seguía, como era previsible que sucediera el resto de las jornadas del recién inaugurado curso. No se hacía ilusiones de poder mejorar en ese aspecto; los asuntos de su jefe eran muchos y variados, a pesar de que, por contrato, ella solo tendría que ayudarle a organizar y gestionar los temas universitarios. Pero, por cobardía —temía perder su puesto— y también por agradecimiento, Nuria cargaba con la agenda completa del decano. A saber: todo lo relativo a la facultad, sus colaboraciones en revistas y medios especializados, sus intervenciones televisivas y redes sociales. Eso sin contar las gestiones derivadas de la publicación de sus libros.

La presentación de *Corazón esperanza* estaba prevista para finales de mes y ya tenía sobre la mesa más de veinte peticiones de entrevistas para prensa, radio y televisión. Las había impreso, ordenado por fecha y relevancia y guardado en una carpeta, comenzando por la primera edición del *Telediario* y finalizando con la

propuesta de *Agromanía*, una web de actualidad natural de Castilla-La Mancha. ¿Y todo para qué? Allí estaban ahora los papeles, descolocados, manchados de té y mezclados con los distintos borradores del discurso de apertura.

Era en estos momentos cuando a esta mujer de cuarenta y tres años, discreta, responsable y entregada, le daban ganas de mandarlo todo al cuerno y volverse a su pueblo. Y lo habría hecho de no ser porque nadie la esperaba allí. Y tampoco en casa. No estaba casada. No tenía pareja ni hijos y, siendo sinceros, nada que hacer fuera del despacho. Sus amigos se contaban con los dedos de una mano y el sueldo de funcionaria de primer nivel no le daba para mucho. Iba al cine un par de días al mes, compraba algún libro y seguía soñando con viajar y conocer el mundo.

Así que respiró profundamente, se estiró la chaqueta del traje, recogió los papeles caídos al suelo y volvió a ordenar las peticiones de entrevista. Salió del despacho repasando mentalmente la primera cita de mañana. De Olmedo recibiría al nuevo profesor de Microbiología. Lo escribió en un pósit, como era la costumbre, y se disponía a pegarlo en la pantalla de su ordenador cuando sonó una notificación de mensaje. Era de la cem, la Confederación de Ecologistas de Madrid. Su presidente solicitaba, por vía de urgencia, una reunión con De Olmedo.

Estuvo tentada de buscarle un hueco, pero se había prometido no salir más tarde de las diez y faltaban ya pocos minutos. Así que cerró el despacho y bajó en ascensor hasta la planta baja. Una vez en el *parking* se dirigió hacia su coche a paso ligero sin dejar de mirar con precaución a uno y otro lado. No le gustaba andar por allí a aquellas horas. A fin de cuentas, no era más que un descampado

sin vigilancia en medio de la nada. Metió la mano en el bolso para buscar las llaves y entonces se dio cuenta. No estaba sola. Alguien caminaba hacia ella.

Tan alarmada como rápida, abrió el coche y enfiló, en un arranque brusco, la carretera en dirección a Madrid.

7

Ya debería llevar Joaquín varias horas dormido cuando Elisa se enjugó las lágrimas vertidas en silencio y a escondidas y comenzó a dar vueltas a lo largo y ancho de la oscuridad del salón. Parecía ida, como a punto de ser tragada por una espiral de incredulidad. Tan pronto se paraba, abstraída, frente a la cristalera del jardín, como se quedaba agarrada a uno de los muebles. Sentía ira, dudas, tristeza, desapego. Y frío. Parecía como si una presencia negra le hubiese robado la alegría y la hubiera dejado a la intemperie.

Del dormitorio llegaban, como truenos en la tormenta, los ronquidos desacompasados de Joaquín. De ninguna manera podría volver a compartir espacio con él y, mucho menos, cama. Se tumbó en la *chaise longue* y trató de serenar sus pensamientos y emociones. Se cubrió la cabeza con una manta y comenzó a respirar de forma lenta, tomando el aire por la nariz y expulsándolo por la boca. Se lo había enseñado su abuela cuando era pequeña, para que, cuando estuviera triste, el calor de su propia respiración le hiciera sentirse acompañada, protegida. «Porque, nena —le había dicho—, no hay mejor consuelo que el que nos damos a nosotros mismos».

Pero en esa ocasión, ni la manta ni el recuerdo de su querida abuela le proporcionaron alivio alguno, y ya casi a punto de amanecer, con los nervios destrozados e incapaz de abandonar los pensamientos negativos, decidió ponerse a trabajar. Acabar la

traducción de la novela le parecía la única manera de recuperar el control antes de que su marido se levantase. Al fin y al cabo, se regodeó con ironía, nunca había estado tan cerca del drama interno de uno de sus protagonistas. Marianne y ella —no pudo evitar una sonrisa triste—, se habían convertido en almas gemelas. Así que se agarraría a su mano para cruzar hacia una nueva vida.

Pero ahí estaba la Potter, una vez más, para regalarle uno de sus *twists*. En Bellington, la gran dama de la literatura inglesa se había superado a sí misma: 656 páginas y un final impensado para inspirar a sus lectoras.

Todavía febril, pero a salvo de la muerte, Marianne había subido a duras penas las escaleras del torreón del ala este de la casa y allí, en ropa de cama, había tocado a repique de campanas. Bajo ese sonido metálico que anuncia dicha y alegría, Edward se disponía a abandonar Bellington hacia el exilio. Mientras su ayudante de cámara le abría las puertas del landó, ya cargado con las pertenencias necesarias, el ahora repudiado caballero elevó la mirada hacia su esposa. A pesar de la lejanía, pudo percibir en sus ojos un brillo que le hizo estremecerse.

What on earth? Pero ¿qué final era ese? No era un final, ni para el público ni para Marianne. Tampoco para ella. Era un principio, el de una nueva vida, y era también toda una declaración de intenciones. La Potter había subvertido las reglas en apenas cien líneas.

Elisa sintió como si la sangre fuera ocupando lugares abandonados de su cuerpo, como si una brisa repentina la hubiera sacado de un encantamiento. En minutos pasó de la inspiración al empoderamiento. Joaquín le había sido infiel con la simplona de Berta, bien, pero ella no iba a echarse a llorar.

Sus campanas, como las de Bellington, repicarían en vez de doblar.

8

Una enorme sonrisa abría paso a Óscar Andrade por las escaleras y pasillos de Ciencias del Clima. Sobre ella, unas gafas cuadradas de pasta negra y una gorra de cuadros. Esos tres elementos lo definían, allí, rodeado de estudiantes, y en cualquier lugar del mundo. Eran sus señas de identidad, una especie de carta de presentación con la que se sentía «en la onda» y en la que se apoyaba en los momentos en los que lo acechaba la inseguridad. Y aquel era uno de ellos. Se notaba nervioso mientras esperaba entre los alumnos, a las puertas de los ascensores. Pronto conocería a los que iban a ser sus nuevos compañeros y también, y esto era en realidad lo que le inquietaba, a uno de sus referentes en la defensa del medioambiente, Enrique de Olmedo.

El profesor Andrade era un admirador confeso del decano. No se cansaba de retuitear y compartir sus *post* en redes sociales. Tenía todos sus libros y lo buscaba en Google para estar al día de sus artículos e intervenciones públicas. Pronto sería (bueno, ya era) su jefe y aquello lo llenó de orgullo cuando le comunicaron que había ganado la plaza. Una turba de cabezas con *mullet*, de melenas largas y de pies con botas y *sneakers* lo empujó hacia el fondo del ascensor para llevarlo en volandas hasta el despacho de Isabel Sanjurjo.

Allí era. Coordinador de Estudios. La placa de la puerta se inclinaba ligeramente hacia el lado izquierdo. Golpeó con los nudillos

y, al no obtener respuesta, abrió sin llamar.

—No puede ser que teniendo todo lo que necesitamos en la zona nos tengamos que ir hasta la otra punta de la comunidad —escuchó decir desde el rellano.

—Me vas a contar ahora que no te da más juego para el estudio el suelo de la sierra norte —respondió una voz femenina.

—No es eso, Isabel, es que para los de primero no necesito irme donde Atila perdió el casco. Paro el coche de camino a casa en cualquier punto de la carretera y me sobra.

Joaquín e Isabel Sanjurjo discutían sobre los lugares de destino para las prácticas del primer trimestre. Los alumnos, añadió él, solían quejarse del tiempo de desplazamiento en las salidas. Se les iba el día en ir y volver.

—Perdonad.

La voz de Andrade interrumpió la discusión.

—Mira, sin ir más lejos, aquí está el nuevo profesor de Microbiología. A ver, ¿dónde hay más riqueza mineral, zoológica y de todo tipo, en la sierra Oeste o en Guadarrama?

Joaquín elevó los ojos al cielo en señal de incredulidad.

—Hola. —el visitante tendió la mano hacia la coordinadora—. Soy Óscar Andrade. Habíamos quedado.

Iba a disculparse por haber llegado quizá algo pronto cuando la Ferrari lo agarró del brazo, lo condujo de nuevo hacia la puerta y lo sacó del despacho, sin darle tiempo a responder y sin presentarle siquiera a Joaquín.

Desde los pasillos llegaba un murmullo monocorde. Varios grupúsculos de alumnos se concentraban en los corredores frente a las ventanas. Por encima de sus cabezas, a través del cristal, podía

verse un humo pardo y espeso que se infiltraba por rendijas y umbrales. La pareja trataba de abrirse paso por la galería cuando el chillido de una alarma los paralizó. Varios bedeles cruzaron a la carrera. Casi a la vez, se abrieron las puertas de las aulas, que comenzaron a vomitar estudiantes en fuga.

9

Una hora después, el camión de bomberos abandonaba los jardines del campus, donde, más por curiosidad que por interés en reanudar las clases, se habían concentrado alumnos, profesores y personal administrativo.

Durante la falsa amenaza de incendio, Berta había salido del recinto para poder fumarse un cigarro. Apoyada en el tronco de uno de los árboles que daban sombra a la puerta de entrada, observaba de lejos a Joaquín. Parecía algo encogido por el frío y, como siempre, llevaba las manos dentro de los bolsillos de la chaqueta. Movía una de las piernas hacia delante y hacia atrás, despegando la tierra con la punta de su zapato, mientras charlaba con un tipo con una gorra de cuadros.

Qué bien le sentaba aquella gabardina azul y qué bien había estado lo de anoche. ¿Y ahora qué?, pensó. Pues ahora, normalidad, Berta, se respondió a sí misma casi al instante. A esperar. Es su turno. Le toca mover ficha.

Así era Berta Morales: controlada, pragmática y resolutiva como un corpus legislativo. También eficaz, muy eficaz. Tanto que estaba a punto de convertirse en socia de Blanc i Oriol Abogados. Aunque orientada hacia lo penal, pronto se había visto atraída por el Derecho del Medioambiente, algo nuevo, muy lucrativo y con impacto en la economía del bien común, materia elegida para su doctorado. Alternaba las jornadas lectivas en la Universidad Pío

Baroja con el despacho y los juzgados y había establecido sinergias entre ambas áreas de actividad.

La firma de abogados para la que trabajaba también le llevaba al decano los temas de autoría y protección de datos de sus libros y artículos, y en alguna ocasión había tenido que defenderlo en causas relacionadas con el derecho al honor.

De Olmedo era uno de los blancos preferidos de negacionistas del clima, activistas de la derecha extrema, troles y alborotadores en general. En definitiva, un gran injuriado.

Apagó la colilla en el cenicero de la papelera. Debería dejar de fumar. Lo pensaba todas y cada una de las veces que terminaba un cigarro, pero el tabaco era una de las pocas cosas que no podía controlar. Fumaba desde los veinte, y mucho. Inhalar y exhalar nicotina, benceno, amoniaco y acroleína era su particular manera de meditar: tomar el aire y expulsarlo después con una cadencia suave, profunda y placentera.

Se fijó de nuevo en Joaquín mientras se dirigía de vuelta al edificio. Su compañero conservaba intacto el moreno del verano. En qué estaría pensando Elisa para dejar escapar a un tío así. Trataba de recordar cómo era el refrán ese de los mocos y el pañuelo cuando se dio cuenta de que el tipo de la gorra a cuadros la miraba con descaro. Algo incómoda, siguió caminando decidida a esquivar el corrillo del gafapasta y a fundirse en la masa que regresaba a las aulas cuando escuchó la voz de Joaquín:

—¡Berta!, ¡ey, Berta!

Respondió a su llamada levantando la mano con timidez pero sin aminorar el paso.

—Ven, que ya tenemos nuevo compañero. —Y añadió—: ¿conoces a Óscar Andrade, de Micro, de la Universidad de Sevilla?

Berta se paró a la altura de ambos.

—Sí, lo conozco —respondió, a la vez que miraba fijamente al dueño de la gorra. Andrade le ofreció la mano. Ella ignoró el saludo.

Siempre había pensado que tarde o temprano tenía que pasar, que volvería a encontrarse con aquel desgraciado. Pero no imaginó que irrumpiría de esa manera en su vida. Ante el asombro de Joaquín, sin detenerse y sin dar siquiera una explicación, Berta prosiguió su camino.

10

Asomada a la cristalera del salón, Elisa contemplaba la gran columna de humo que se elevaba tras la montaña y que se expandía por el cielo en forma de nubarrones negros. Los veía y los sentía, como si fueran una nota más de la sinfonía triste que venía escuchando desde que sorprendiera a su marido y a su examiga besándose a escasos metros de su casa. De su propia casa. Cómo era posible tanta desfachatez y tan poca vergüenza. La traductora se recreaba en los detalles sórdidos de la traición mientras trataba de imaginar cuál sería el origen del incendio. No parecía normal en aquella época del año, en plenas lluvias de final del verano. Y qué lo era últimamente, se lamentó. Nada. Ni siquiera su matrimonio con un hombre cuya normalidad ella hubiera amado el resto de su vida. Pero ahora apenas lo reconocía. No en la mentira.

Estaba exhausta. Llevaba veinticuatro horas sin dormir, pero lo había conseguido: disimular ante Joaquín, hacer como si nada hubiera pasado y acabar la novela. El esfuerzo y el insomnio la consumían frente a las llamaradas de humo, a veces blancas, otras grises, tras las que emergían destellos naranjas y amarillos. Las piernas le pesaban y le dolía la espalda como consecuencia de pasar toda la noche en el sofá. Su cabeza era un campo de minas en el que, cada pocos segundos, explotaban, hiriéndola, pensamientos negativos y elucubraciones.

Solo la imagen de Marianne conseguía animarla. Qué reconfortante era imaginarla como nueva dueña y señora de Bellington, paseando por el hayedo, rodeada de perros y con la melena al viento.

Muy a su pesar —esta novela tendría un significado especial para ella el resto de su vida—, decidió recoger y guardar los atrezos victorianos en el cobertizo.

Un olor indefinido, agrio e irritante, la acompañó entre las hortensias, algo pelonas y decoloradas por culpa del otoño. La llave colgaba escondida en la espalda del enano de jardín que vivía junto a la puerta. La caseta era su arca de Noé literaria, y no porque una enorme cola de ballena de cartón piedra asomase entre las montañas de ropa, objetos, maquetas y muebles que almacenaba. La llamaba así porque decía que albergaba las especies primigenias de la creación literaria. Allí se guardaba, por supuesto, la «y» del gran cachalote blanco. Representaba a Moby Dick, y junto a ella podían encontrarse la gorra del Capitán Ahab, marinas, arpones, cuerdas y chubasqueros de la tripulación del Pequod. Había disfrutado tanto durante la traducción de ese libro como este le había enseñado a amar las gigantescas criaturas marinas.

Esos objetos tan grandes y llamativos compartían espacio con otros pequeños y delicados que habrían podido pasar inadvertidos a los ojos de alguien no habituado a la lectura: el anillo de matrimonio que Jay Gatsby compra para Daisy o el imán que los gitanos mostraron a los admirados habitantes de Macondo, nada más y nada menos que la octava maravilla de los alquimistas de Macedonia.

Colgados en la pared, un tapiz del Amadís de Gaula, láminas del Kamasutra junto al peto y el espaldar de Alonso Quijano.

Sobresaliendo de cajas, bolsas y cestos, una calavera, una sábana de fantasma, la corona del Rey de Dinamarca, una escafandra para bajar al Nautilus, tres espadas roperas para tres mosqueteros y un juego de safari (con sus jirafas, cebras, leones y elefantes). A su lado, la biblioteca en miniatura con encuadernación de lujo de Denys Finch Hatton y sacos con semillas de café. También bolsas de chuches, helados de fresa y nata de papel maché y, esparcidas sobre un banco de madera, muchas tabletas de chocolate, pero solo una con un billete de oro escondido, un ticket de entrada —quién sabe si de salida— para visitar la fábrica del gran Willy Wonka.

Apenas cabía ya nada más en el cobertizo, pero, igual que había salido, el ajuar victoriano debía de poder entrar. Apartando trastos de un lado y del otro, Elisa consiguió abrirse paso hasta el fondo de la caseta, donde divisó varias estanterías sin ocupar en las que fue dejando los vestigios de Bellington. Agotada, se sentó en el suelo a descansar y se quedó dormida. La luz de la tarde se iba despidiendo cuando despertó.

11

—¿Qué coño ha sido lo del nuevo?

Joaquín metía la marcha atrás para salir del garaje. Después del desplante de Berta a Óscar Andrade, no habían vuelto a coincidir.

—Nada. Ya te contaré.

—Joder, si le has negado el saludo. ¿Cómo que nada? ¿De qué os conocéis? —insistió él.

La miró de soslayo, sorprendido por su hermetismo. Podía percibir su malestar. Callados, enfilaron la carretera hacia Villena y así continuaron hasta llegar a su destino. Esa noche, a pesar del atasco monumental, no hubo atajos. La M-501 estaba colapsada. Al parecer, y según contaban en las noticias locales, el incendio localizado en Los Zarzales había obligado a cortar varios tramos de la 512. Era hora punta y los avisos de la aemet advertían de ráfagas intensas de viento que podían dificultar la circulación.

Más de una hora y media tardó la pareja en alcanzar la entrada de la urbanización, donde se solía apear Berta. Allí, justo en ese lugar, esperaba una mujer mayor —o eso aparentaba al menos—, a tenor del peinado y el abrigo pasado de moda con el que se protegía del frío de la sierra. Les hacía señas con el brazo derecho. Del izquierdo colgaba un bolso de estilo doctor. Berta acercó la cabeza al cristal al tiempo que Joaquín se apresuraba a conectar los limpiaparabrisas. Aquella mujer, con su ostentoso collar de perlas, el pelo recogido, y

su *country coat*, un grueso abrigo de *tweed*, parecía sacada del pasado.

Era Elisa. Berta se bajó inmediatamente del coche y se alejó lo más rápido que pudo. La traductora ocupó con elegancia el asiento delantero que su examiga acababa de dejar y se dirigió a su marido con absoluta flema británica.

—Qué casualidad. Justo cuando necesitaba la ayuda de un amable caballero. Parece que va a llover —añadió mientras se bajaba la capucha del abrigo.

—¿En serio? —respondió Joaquín, entre incrédulo, avergonzado y molesto.

Minutos después, ya en casa, insistió.

—¿De qué va esto ahora? —le preguntó mientras echaba unos troncos a la chimenea.

Los tapices habían sido descolgados, las velas apagadas, los aguamaniles guardados junto a la vajilla de porcelana. El tiempo de la reina Victoria había acabado para dar paso a otro disfraz, a una nueva recreación novelesca.

—¿No me reconoces, *darling*?

—Vaya, si mantengo el estatus… Sigo siendo *darling* —respondió sarcástico.

—Soy la reina del misterio. Amante del crimen, de la arqueología y del té. Te presento —y retiró un paño que cubría una robusta Remington lacada en negro— mi nueva arma letal.

En el folio que sujetaba el rodillo de la antigua máquina de escribir podía leerse: *Todo Agatha Christie, una vida dedicada al crimen*. Bajo ese título, en mayúsculas y a Courier 19, el folio en blanco sugería el comienzo de una nueva aventura para la traductora.

—Acojonante, si ahora usas la máquina de escribir de tu abuelo. Por lo menos no te has disfrazado de Poirot —le espetó irónico—. No sé si podría soportar besarte el mostacho.

Estaba echando aire con el fuelle para avivar las llamas que comenzaban a brotar.

—Y bien, señora Christie —prosiguió mientras la ironía se iba transformando en ira apenas disimulada—. ¿No se ha preguntado la reina del misterio por qué venía con Berta en el coche?

—Dímelo tú—contestó ella, mientras se sentaba frente a la máquina de escribir.

—Pues muy bien, te lo voy a decir: porque nos caemos bien, nos gustamos y… —hizo una pausa— porque tenemos algo. Porque no soporto más vivir con tus personajes y porque, querida, no, perdón, *darling*, ¡voy a pedir el divorcio! —gritó al fin, dando un tremendo portazo al salir.

Elisa, sobresaltada, se agarró la cabeza con ambas manos. Comprobó, con alivio, que sus ondas permanecían intactas. No se había despeinado.

12

—Tremenda sorpresa, ¿no?

Apoyado en la barra del bar, Óscar escudriñaba de reojo a Nuria. La secretaria del decano apenas se atrevía a levantar la mirada del café, que removía con nerviosismo.

—Pues sí, la verdad. Llevo medio año pensando que eras abogado y ahora resulta que eres profesor.

—¿Algo más, señorita Águeda?

La voz del camarero de siempre se impuso sobre el ruido ensordecedor de voces que pedían un pincho de tortilla, un cortado o un sándwich mixto. El Torreón era el lugar escogido por el profesorado para el desayuno y la comida. Los alumnos lo preferían para el tardeo y los viernes de trampolín hacia las primeras copas del fin de semana.

—No, muchas gracias. Dime cuánto es —respondió, visiblemente incómoda con la situación.

—Es cierto, te debo una explicación —Óscar impidió que ella sacase el monedero—. Déjame que te invite —añadió en tono afectuoso.

Nuria seguía sin levantar la cabeza, los ojos fijos en la colección de botellas que adornaba la parte trasera de la barra y hacia la que los camareros alzaban sus brazos de vez en cuando para coger un brandy o un coñac.

—Te he mentido, vale. Pero solo en lo de la profesión. Sí, vengo de Sevilla; sí, soy divorciado y sí, estoy feliz de haberte conocido por fin. Cuando hablamos por primera vez ya llevaba tiempo tras la plaza, pero preferí no decirte nada para poder darte una gran sorpresa.

Nuria se giró con timidez. Clavó en él su mirada. El tono rojizo de sus mejillas denotaba inseguridad.

—Espero que se te dé tan bien la enseñanza como contar mentiras.

Nuria y Óscar se habían encontrado seis meses atrás en Matchlove, una aplicación para buscar pareja en Internet. Aunque en principio ella se había ocultado tras la identidad de Lola1987, enseguida quiso revelarse ante Óscar con toda la sinceridad de la que era capaz. Le contó quién era, dónde trabajaba; le habló de su soledad, de sus aspiraciones, de su sueño de recorrer el mundo, y, en las últimas semanas, de la posibilidad de conocerse en persona. Óscar no era profesor en la plataforma de citas, sino un consultor de empresa que se abría camino en las grandes tecnológicas. Por supuesto, se había cambiado el apellido. Quería encontrar a alguien con quien compartir momentos de alegría, explicaba en su perfil, en el que se mostraba sin la doble «g», la gorra y las gafas que caracterizaban su atuendo. El verano, ya se sabe, con las vacaciones escolares, le había impedido venir a verla a Madrid. La madre de su hijo, le contó, estaba destinada en Suiza por motivos de trabajo, así que él tenía que ocuparse del chaval hasta que empezaran de nuevo las clases.

—Bueno, hay otra cosa que no es verdad, lo de mi hijo. Estuve casado, pero no soy padre. Era otra excusa para que este momento

fuera especial para nosotros. Quería que nuestro encuentro, al presentarme yo aquí, libre por completo de ataduras, se convirtiese en una fiesta inesperada, pero veo que no es así. Lo siento, de verdad.

Nuria escuchaba ya con el abrigo puesto y los brazos cruzados sobre el bolso en bandolera. Él dirigía su mano hacia las de ella, tratando de agarrarlas, cuando se escuchó la voz aguda del camarero.

—Buenos días, don Enrique. ¿Qué le pongo?

De Olmedo había entrado en la cafetería acompañado de la Ferrari. Charlaban mientras él acercaba un taburete a una de las mesitas altas. Óscar retiró la mano de inmediato para saludar al decano y, seguido de Nuria, se apresuró hacia la puerta.

En cuanto salieron, Isabel Sanjurjo sacó una *tablet* de su mochila. Esperó, sin embargo, a que el chico dejase los zumos y los croissants sobre la mesa y a que regresara a su puesto, bandeja en alto, sorteando mesas y clientes, para encenderla. Enseguida tecleó: «Sierra Oeste», «Madrid» y «última hora». Esperó los resultados y, tras pinchar sobre uno de ellos, le entregó el dispositivo al decano. El rostro de este se ensombreció.

Desde la calle, y a través del cristal, una persona había contemplado la escena. Era Berta, que, semioculta tras el pelotón de transeúntes que esperaba el cambio de semáforo, apenas había tardado un par de minutos en darse cuenta de que había algo entre Nuria y el nuevo profesor de Microbiología. Desde luego, pensó, no se comportaban como dos personas que acaban de ser presentadas. Y, conociendo a Óscar, se lamentó antes de desaparecer en dirección a la facultad; ya se imaginaba la naturaleza de su relación.

13

Como las alas extendidas de una abeja tratando de posarse sobre una flor, las aspas de un helicóptero sobrevolaban la azotea del Hospital Santa Ana. El zumbido del aparato acercándose a la gran H pintada en blanco sobre un fondo verde entorpecía las conversaciones que tenían lugar en el edificio anexo, la Comisaría Sur.

Allí, un agente hacía gestos a Joaquín para que detuviera su relato hasta que cesase el ruido, tan molesto como inoportuno.

Cuando el gran abejorro tomó tierra, el policía reanudó la conversación.

—¿Veinticuatro horas, me dice, que lleva desaparecida?

—Sí, la vi por última vez el miércoles por la noche.

—¿Por qué ha esperado tanto para venir?

—¿No es así como se hace? —el nerviosismo de Joaquín era evidente.

—Eso es lo que se dice, pero nuestra recomendación es acudir lo antes posible si se tienen sospechas de que la ausencia puede ser involuntaria. ¿Ha faltado su esposa de casa con anterioridad?

Joaquín negó con la cabeza.

El uniformado escribía con dos dedos, levantando de vez en cuando la vista hacia su interlocutor. Mujer, blanca, de treinta y siete años, vestida con falda y un abrigo grueso de campo. De pelo

blanco, lleva un peinado raro. Levantó en este punto la mirada del teclado.

—¿El pelo es teñido? —y añadió enseguida—: ¿cómo que un peinado raro?

—A ver, eh… en realidad, lo que lleva es un disfraz. Va vestida de Agatha Christie, la del Orient Express, la escritora.

Las cejas levantadas del policía lo invitaron a proseguir.

—Es su método de trabajo. Se mete en la piel de los personajes sobre los que traduce. Le acaban de encargar la biografía de esta señora y…

Se interrumpió para mirar a su alrededor. Por fortuna, nadie en la comisaría prestaba atención a su testimonio. Y a pesar de que todos trabajaban en silencio sin desviar la atención de las pantallas no pudo evitar bajar la voz. Estaba siendo presa de una intensa vergüenza ajena. Se había percatado de que, contado a un tercero, todo aquello sonaba peor, mucho peor de lo que le había costado admitir. Se temía la siguiente pregunta. Y acertó de pleno.

—¿Podría confirmar que su esposa se encuentra en pleno uso de sus facultades mentales?

—Sí, sí, bueno, es que ella trabaja así. Además… hemos tenido un problema —dudó de nuevo llegado a este punto.

—¿Qué tipo de problema?

Ahora sí, le iban a tomar por gilipollas. La había metido hasta el fondo. Pero ¿a quién se le ocurriría confesar una infidelidad? Volvió a mirar a su alrededor. A él se le había ocurrido, claro.

—Le conté que había sido infiel con una compañera de trabajo.

—¿Podría darnos su nombre?

—¿El mío, otra vez? —Los pensamientos de Joaquín iban al ralentí.

—No, ese ya lo tenemos. Me refiero al de su amante, si no le importa que la llame así.

—Berta Morales, es mi vecina también —casi tartamudeó.

Su interlocutor, impertérrito, se limitó a mover la cabeza de un lado a otro. Rebajó el tono formal y, mientras se dirigía hacia la impresora, le dijo:

—No se preocupe. Por lo que me cuenta, si se ha llevado su coche, con la casa tal como usted la dejó y sin que falten dinero ni joyas, parece una desaparición voluntaria. Igual tiene que ver con el método de traducción ese que me cuenta. Pero vamos, que lo de la infidelidad no es nuevo para nosotros. Es enterarse el afectado y poner tierra de por medio. Pero por norma general este tipo de desapariciones se resuelve en pocos días. —Trató de tranquilizar a Joaquín—. Vamos a poner una alerta. Esta es mi tarjeta, por si necesita cualquier cosa.

El joven profesor regresó a casa acompañado de dos policías encargados de realizar un registro en busca de alguna pista o indicio que pudiera arrojar luz sobre lo sucedido a su mujer. Sentado frente al ordenador, los veía cruzar de una habitación a otra, uno de ellos espigado y tranquilo, el otro fornido y enérgico, pero ambos con idéntica eficacia a la hora de ponerlo todo patas arriba.

Podía sentirlos removiendo cajones, mirando bajo las camas, abriendo y cerrando los armarios del baño en los que ella guardaba sus medicinas y potingues en tarros de distintos tonos de rosa (del chicle al fucsia y del salmón al pastel).

Ya en el salón, se emplearon a fondo con la biblioteca. El más bajito preguntó cuáles eran los libros preferidos de la traductora y, tras la respuesta de Joaquín, volteó, agarrando las tapas con ambas

manos *El Faro*, *Hamlet* y *El quinto en discordia,* pero nada se precipitó al suelo desde el fondo de sus páginas, más allá de billetes de autobús, calendarios y alguna que otra nota de trabajo. Nada sospechoso. Tampoco había avisos ni citas en el organizador magnético de la cocina ni sobre la mesita de entrada.

El alto se acercó a la máquina de escribir. Leyó en voz alta y en un inglés macarrónico: «Agata Cristi, a laif devoted to craime», y, acto seguido, comenzó a pasar sin cuidado alguno las páginas de la versión impresa, que, virgen, aguardaba su traducción en el escritorio.

—¿Cuándo tiene que entregar su mujer este trabajo?

—Ni idea —respondió Joaquín.

El agente miró de reojo hacia el ordenador.

—¿Está encendido?

Joaquín asintió.

—No toque nada, por favor. Nos lo vamos a llevar —advirtió mientras se dirigía al jardín en busca de su compañero.

Una vez solo en la habitación, e ignorando la advertencia, Joaquín introdujo la clave de acceso en el pc. e-l-i-j-o-a-q-u-i-n. Contraseña incorrecta. e-l-y-j-o-a-q-u-í-n. La pantalla de acceso bailó de lado a lado negándole el permiso para entrar. Se cercioró de que nadie lo veía y lo intentó por última vez: e-l-i-y-jo-a-q-u-i-n. Por fin. Ya estaba dentro.

Fue directo al administrador de correo. ¡Elisa había vaciado la bandeja de entrada! El teléfono empezó a vibrar en el bolsillo de su pantalón. Agobiado, miró la pantalla. Era Berta.

—¿Se sabe algo?

—Nada. Está aquí la Policía registrando la casa. Ni una llamada ni una nota. No es normal.

—Nada en tu mujer es normal, Joaquín —la voz de Berta tenía el tono hastiado de las reprimendas repetidas una y otra vez—. Conociéndola, tendrá algo que ver con su nuevo personaje. ¿Quién decías que era ahora?

—Agatha Christie —respondió mientras tecleaba su nombre en el buscador.

Google le ofrecía (aproximadamente) 42300000 resultados sobre la escritora de misterio. Su fotografía principal mostraba a una mujer de mediana edad, de mirada inteligente y firme, con un cuello de piel que le cubría los hombros para ir a recogerse sobre el pecho con un prendedor ovalado. Y sí, con aquel pelo ensortijado y blanco. El peinado era tan horroroso, pensó, como el que llevaba su mujer la noche en que se esfumó.

—Joder, y hasta se parece.

Joaquín se tapó la boca con la mano izquierda, pero enseguida la retiró para leerle a Berta la información de la primera entrada. Esta guardaba silencio al otro lado de la línea.

Wikipedia les contó entonces que Christie, nacida Agatha Mary Clarissa Miller «fue una novelista y dramaturga británica especializada en el género policial, por cuyo trabajo obtuvo reconocimiento en todo el mundo. A lo largo de su carrera publicó sesenta y seis novelas de este género».

Continuó leyendo, saltando de renglón en renglón hasta que el dedo que guiaba su mirada topó con un dato que lo dejó boquiabierto: «En 1914 contrajo matrimonio con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Archie le había revelado que estaba

enamorado de otra mujer, Nancy Neele, y solicitó el divorcio. El 3 de diciembre de 1926, Agatha y Archibald mantuvieron una discusión y él abandonó su residencia de Berkshire para pasar el fin de semana con su amante en Surrey. Esa misma noche, alrededor de las 21:45 gmt, la escritora desapareció».

—Joder —escuchó decir a Berta—. ¿Os peleasteis la otra noche?

—No, ya te dije que no.

Joaquín había omitido en su relato un pequeño detalle —dos, en realidad—: que había confesado lo de la infidelidad y que en mitad de la discusión había pronunciado la palabra divorcio. Había sido un bocazas, sí, pero igual también un iluso y a lo mejor Berta no tenía intención alguna de avanzar en la relación.

—¿Pone algo más?

—Sí, espera. —Y prosiguió haciendo *scanning*—: «Con dos mil millones de copias de sus obras vendidas, Christie es considerada la novelista que más ha vendido de todos los tiempos, solo superada por la Biblia y por las obras de teatro de William Shakespeare. Es la escritora más traducida, con ediciones en al menos 103 idiomas».

—No, hombre —lo interrumpió ella—. Que si pone algo más de la desaparición.

—Aquí está —concluyó tras un breve silencio—. «Desapareció misteriosamente después de que su coche fuera encontrado abandonado al borde de la carretera. Fue hallada once días más tarde bajo un posible cuadro de amnesia en un hotel bajo el nombre de una amante de su marido».

—No me jodas. ¿Y pone si tardó mucho en aparecer?

—Sí, once días.

—Pues nada —respondió ella—. Van a ser once días maravillosos.

Joaquín se dejó caer y, nada más colgar, dio una vuelta en la silla.

14

Cinco días después de la desaparición de Elisa, Joaquín se arrastraba por los pasillos de la facultad como un alma en pena. Demacrado, con ojeras y visiblemente más delgado, estaba y parecía al borde del agotamiento, pero no era la preocupación por Elisa lo que no le dejaba dormir, sino el sexo con Berta.

En la Pío Baroja todos comentaban su aspecto, imaginándolo un hombre devastado por la inexplicable ausencia de su mujer, cuando en realidad, además de los remordimientos, eran las noches con su compañera las que le impedían el descanso. Y el asunto no se restringía a las paredes de la casa de Berta, a dos manzanas en la misma urbanización, sino que ambos aprovechaban sus encuentros por los pasillos de la facultad para rozarse, para tocarse con cualquier excusa, para comerse con los ojos. Los mensajitos con emoticonos de amor e insinuaciones de alto voltaje sexual iban de un teléfono al otro sin importar si ella estaba dando clase o él impartiendo tutorías.

Pasaba el tiempo y nadie sabía nada de Elisa. Todos se compadecían de Joaquín cuando las redes sociales de la Policía les recordaban que Elisa Morán había desaparecido en Villena el 2 de septiembre de 2023 y, aunque en la foto se la veía con sus ondas largas y rubias, se advertía que era posible que su aspecto ahora fuese diferente y que luciera pelo blanco cardado.

El dato provocó cierto cachondeo entre el alumnado. De una de las clases de Joaquín, la del grupo 2, salió un retrato retocado de Elisa que saltó de móvil a móvil y de portátil en portátil mientras él explicaba cómo la formación de la biomasa era una de las funciones principales del suelo. Por obra y gracia del Photoshop, la desaparecida se había transformado en una Marge Simpson de enorme *bouffant*, en este caso blanco, no azul. Fue el primer eslabón de una larga y sabrosa cadena de memes en la que jugaron un papel estelar, en proporción al nivel de choteo suscitado, personajes famosos de toda condición y pelaje, sobre todo de esta última característica: desde Albert Einstein, con su cardado natural, a Sephiroth, el personaje de videojuego, pasando por dos reyes: la de Corazones de Lewis Carroll, y el del rock, este del todo real, Elvis Presley.

El «contratiempo», tal como lo llamaba eufemísticamente la Ferrari, había despertado también muchísima curiosidad entre los profesores y estaba dando pie a conversaciones en los despachos y a cuchicheos de pasillo, en los que ella siempre estaba presente. La coordinadora apabullaba a quien se dejara con sus teorías y elucubraciones sobre las causas que habían motivado la marcha de la mujer de su compañero. Sobre el nuevo peinado con tinte de color blanco, ella pensaba que no era tal, sino una peluca con la que despistar a los investigadores. Mientras todos estaban buscando a una mujer con el pelo níveo, al estilo antiguo, a estas alturas ella —explicaba—, se habría quitado el color y ya luciría otra vez su melena dorada. ¿Quién la iba a reconocer con su estilo habitual, entre hippie e *influencer* jardinera? Lo único que la podía delatar, había reflexionado una vez en voz alta, eran sus ojos color violeta. Algo

rasgados, grandes y de un tono azul horizonte como los de Elizabeth Taylor, matizaba, sin darse cuenta de lo lejos que algunos se encontraban de la mítica actriz de Hollywood, de la que ni siquiera habían oído hablar.

No era el caso de Nuria, fan de las películas en blanco y negro, y a la que importunaba cada rato con teorías más o menos descabelladas e información presuntamente contrastada con el propio Joaquín.

La Ferrari aprovechaba los descansos entre clases para colarse en el despacho del decano y elucubrar a su antojo. Allí, en voz baja, para evitar ser escuchada por De Olmedo, había pronosticado un mal final para Elisa, en caso de que hubiera sido raptada por uno o varios individuos. Por desgracia, había matizado, estas mujeres nunca vuelven. Las asesinan o se las llevan quién sabe dónde, al mundo árabe, de esclavas sexuales. Y repitió: Por desgracia, claro, Dios me libre de desearle yo algo malo a Joaquín. Es simple y desorganizado, pero muy entrañable, ¿no crees?

15

Isabel Sanjurjo llevaba unos meses en un estado permanente de sobreexcitación nerviosa, si es que en ella era posible. No se trataba solo de la desaparición de Elisa, a la que, por otra parte, había visto solo en un par de ocasiones. El motivo no era otro que el divorcio que se había visto obligada a firmar el año pasado. La mala convivencia había sido la culpable de una separación de la que, a pesar de todo, había salido bien parada. La pensión que recibía por sus dos hijas y que sumaba a su sueldo fijo en la universidad le permitía vivir de forma holgada y darse algunos lujos, entre los que se encontraba una fantástica colección de bolsos de grandes firmas comprados en la Milla de Oro, donde también visitaba joyerías y tiendas de alta costura.

El divorcio le había dejado dinero, pero también resquemor hacia los hombres. Mantenía la cordialidad con su ex, un industrial muy conocido en la alta sociedad madrileña, con contactos en la política local, pero se había cerrado en banda en cuanto a posibles nuevas relaciones sentimentales. Y eso a pesar de que, a su edad, y según ella misma alardeaba, tenía un físico envidiable.

La universidad era el centro de su vida, y en el centro del centro estaba el decano, quien la había ayudado durante la separación, no solo con apoyo emocional, sino asesorándola en las cuestiones peliagudas. Enrique de Olmedo era para ella más que un jefe, casi como un padre, una referencia, decía. Le encantaba expresarle su

admiración en público, a veces de manera tan ostentosa como cogerle la cara con ambas manos para darle un beso de felicitación o como cuando, tras un discurso, se colocaba a su lado para aplaudirle suavecito con las manos muy juntas.

Él se dejaba querer, como de costumbre. Lo hacía con todos, pero a ella, solo a ella, le dejaba invadir su esfera personal. Entre la promoción recién licenciada había circulado el cotilleo de que estaban liados, lo que nunca se pudo demostrar. A falta de pruebas, los chistosos se rindieron y abrazaron la única verdad posible en el asunto: que el peloteo de la Ferrari era tan supremo como la vanidad del decano.

La voz de ambos se escuchaba tenue tras la puerta del despacho, desde donde Nuria trataba, sin éxito, de pasarle una llamada a su jefe por línea interna.

La secretaria escuchaba el sonido de la señal sin que De Olmedo se dignase a levantar el auricular. Al otro lado, esperaba el responsable de la asociación de ecologistas madrileños.

De Olmedo descolgó por fin.

—Dime.

—De la cem. Han llamado ya varias veces.

—Diles que estoy reunido, que les devolvemos la llamada en cuanto tenga un minuto.

Y era verdad, estaba reunido. Lo que no era tan seguro era lo de que fuera a devolver la llamada. La escena se había repetido en los últimos días y el decano seguía sin comunicarse con ellos para desconcierto de Nuria. La relación de don Enrique con la cem y con cualquier otro grupo con los mismos intereses era más que fluida.

—Disculpe. —Nuria recuperó la llamada—. El decano está reunido en estos momentos. ¿Quiere dejarle algún mensaje?

—No —respondió una voz que traslucía fastidio y premura a la vez —. Bueno, sí. Dígale, por favor, que es importante. No, mejor, que es urgente.

Nuria apuntó el recado en un papel, subrayando la última palabra, urgente, con una doble línea gruesa en color rojo.

Algo preocupada, se disponía a entregárselo en mano a su jefe cuando la puerta se abrió. Tras la Ferrari, De Olmedo salía con el abrigo y la cartera en la mano.

—Me marcho, Nuria. ¿Sabes si sigue cortada la 503?

—Sí, por lo menos esta mañana. Estaban retirando todavía algunos de los restos del camión.

—Pues sí ha tenido que ser grave lo del incendio —interrumpió la coordinadora, que parecía no poder estar callada ni un minuto—. ¿Han dicho algo nuevo?

—No —respondió Nuria —. Lo que sabíamos ayer, que parece que el camión se salió de la carretera, aún no se sabe el porqué, pero que debía de llevar algo inflamable y echó a arder. Todavía quedan pequeños focos.

—Esperemos que lo controlen enseguida —se escuchó decir al decano mientras salía por la puerta, sin darle tiempo a Nuria de entregarle el recado.

16

Berta fumaba sentada en un butacón. Frente a ella, con la cabeza girada hacia la izquierda y los brazos estirados hacia atrás sobre la almohada, Joaquín dormía. El edredón lo cubría de cintura para abajo, dejando al descubierto un torso elegante, apenas marcado, y del que sobresalían, como los brazos de un ancla, las clavículas. Se fijó en las líneas rectas de su nariz, en la cuadratura de su frente y en esos labios finos y alargados que le permitían sonreír con solo iniciarlos en el movimiento. Aislados, ninguno de esos elementos le parecía nada fuera de lo común, pero la armonía del conjunto le impactaba por su sensualidad apabullante.

Retiró con cuidado la ceniza que se le había caído sobre las piernas mientras lo contemplaba. Las tres colillas del cenicero le recordaron que hacía ya largo rato que se había levantado. Se había puesto una de esas camisetas largas de algodón con las que dormía y se había sentado a mirarlo. Él apenas se había movido. Su sueño era profundo. Esa cama, esa habitación, parecían su lugar natural, como si siempre hubiera estado allí cuando ella cerraba los ojos por la noche y los abría al amanecer.

Descorrió las cortinas. Hacía ya tiempo que las noches de la sierra madrileña habían perdido su esplendor, pero si uno se esforzaba siempre podía distinguir dos o tres estrellas parpadeando en plata desde el fondo añil oscuro. Cerró los ojos y los mantuvo apretados hasta multiplicar varias veces los puntos luminosos del cielo. Cuánto

hacía que no jugaba a aquello. Desde que era pequeña, cuando su padre la llevaba a dormir al raso.

¿Cómo había desandado un camino tan largo en apenas unos minutos? Naturalmente, sabía la respuesta. Si se sentía como cuando era niña, feliz, ligera y algo soñadora, un estado impropio en ella, era por Joaquín. Debía de ser por eso que el paisaje nocturno, con la luna llena, perfecta en su blancura, derramando su circunferencia sobre la montaña, le parecía extraordinario. Tanto como que todo y todos durmieran y que, a pesar de que solo una pared los separase del mundo, ellos dos hubieran pasado largas horas amándose a escondidas.

Alargó su mano hacia el paquete de tabaco. Lo palpó en la oscuridad. Estaba vacío. Déjalo ya, por hoy es suficiente, se reprochó. La habitación estaba cargada, pero no se atrevía a abrir la ventana por miedo a que el ruido y la brisa despertasen a Joaquín. Por fin se decidió a abrir una pequeña rendija por la que pudiera escapar el humo. Mientras sacaba la mano para comprobar la temperatura, se dio cuenta. La luz del salón de Elisa y Joaquín estaba encendida. Había alguien en la casa. A la carrera, se dirigió descalza al porche de la planta de abajo, desde donde se podía ver mejor la entrada y la parte delantera del jardín que daba a la habitación iluminada de sus vecinos.

Contuvo el aliento y, sin encender la luz por miedo a ser descubierta espiando, salió a la oscuridad de la pequeña terraza. Una sombra se movía por la habitación. La vio ir y venir, cruzando varias veces por la ventana hasta que, de pronto, la silueta se detuvo para mirar también, quién sabe si en su dirección. Era ella,

estaba segura; esos teatrillos eran propios de Elisa. Permaneció inmóvil durante unos segundos hasta que la imagen desapareció.

—Joaquín. —Mantuvo la calma a pesar de la impresión recibida—. Joaquín, creo que hay alguien en tu casa.

Él se dio la vuelta y le dio la espalda. Emitió un gruñidito de asentimiento.

Ella insistió.

—Hay alguien en tu casa.

—¿Qué dices? —respondió él tratando de abrir los ojos.

—Que he visto luz en tu salón.

Al fin se incorporó. Sacó una pierna de la cama, pero no fue hasta que tuvo los dos pies en las baldosas frías del suelo cuando se dio cuenta de lo que Berta trataba de decirle. Corrió en calzoncillos hacia la ventana. No se veía ninguna luz, ni tampoco a nadie moviéndose por el salón. Su casa estaba tal como él la había dejado a la hora de la cena.

—¿Estás segura? —preguntó—. ¿No te lo habrás imaginado?

—¿Quieres ir a comprobarlo? —le devolvió la pregunta.

Dudaron, analizaron los pros y los contras. Hasta discutieron. Nadie se movería de allí, decidieron, hasta que amaneciese. Fuera quien fuese, se habría marchado con el sol.

17

Un hombre y una mujer en traje de baño miraban al despeñadero desde la orilla del pantano. Ella señalaba hacia arriba con una mano, mientras colocaba la otra a modo de visera para protegerse de la claridad. Eran las ocho de la mañana y ambos tenían por costumbre ir a nadar y a correr por la orilla. Pero aquel día una insólita visión les distrajo nada más llegar. Un Renault Twingo amarillo colgaba del pequeño precipicio que protegía del viento la ensenada del pantano. Sus dos faros en medialuna, encendidos sobre un anchísimo parachoques gris, parecían hacerles guiños desde las alturas.

Una hora más tarde aparcaban junto a él dos coches de la Policía. Del primero se bajaba el inspector Fernández Navarro, el máximo responsable de la comisaría en la que Joaquín había puesto la denuncia. A su lado, hacía lo propio su colega de la científica, la también inspectora Susana Robles. De paisano ambos, pero luciendo placa y pistola en el cinto, se saludaron dándose la mano. Jóvenes, bien parecidos y trajeados, parecían recién sacados de una serie de televisión. Sorteando pinos y arbustos de jara y cantueso, se acercaron al escenario.

El vehículo, como pudieron enseguida constatar, se sujetaba en el aire gracias a un grueso tronco de pino contra el que se habían empotrado sus dos ruedas delanteras. Asomado al filo del pequeño precipicio, su función parecía ser la de una silla improvisada para que los turistas admirasen el paisaje.

Extremando las precauciones, un agente de la Guardia Civil —los primeros en llegar al lugar tras el aviso de los bañistas— realizaba, asomado a su interior, la inspección inicial de rigor. Sacó la cabeza de la parte trasera al escuchar el crujido de las agujas de los pinos bajo los zapatos de los recién llegados.

—Buenos días, inspectores.

—Buenos días. ¿Qué tenemos? —preguntó Fernández Navarro.

—Esto —respondió, a la vez que levantaba con el brazo un gran abrigo marrón con bolsillos y botones xxl—. También esto.

Le extendió un carné de conducir hallado en la guantera.

—En efecto, es ella, la traductora desaparecida, Elisa Morán —leyó Fernández Navarro en voz alta mientras contemplaba la foto de una mujer rubia, de pelo ondulado y sonrisa tímida.

La inspectora se aproximó al cristal para comprobar, tal como les había explicado el compañero de la Benemérita, que el revestimiento del techo y la tapicería de los asientos parecían limpios. Tampoco se percibía desde fuera mancha alguna en el cubreasientos acolchado del conductor, estampado en margaritas de gran corazón verde pistacho.

—Agente, ¿se encarga usted de perimetrar el lugar? —se dirigió a su compañero de la Guardia Civil—. No quiero a nadie a menos de diez metros de la línea.

Anclada en sus tacones de batalla, como ella los llamaba, logró girarse noventa grados a ambos lados de su eje para examinar el terreno. El rastro de las huellas del Twingo, grabadas sobre la arena, se apreciaba con claridad. Junto a la puerta delantera derecha —lo comprobaría más tarde su equipo—, se veía lo que parecían pisadas encima de otras pisadas, como si alguien hubiera caminado hacia

atrás sobre sus propios pasos. A pesar del evidente intento de manipulación del rastro, concluyó que las huellas correspondían a un calzado femenino de cuña cuadrada y gruesa.

Fernández Navarro, mientras, examinaba los alrededores en busca de algún elemento que añadir a lo que él consideraba pruebas principales: el carné de conducir y el abrigo hallado en los asientos traseros.

Como no tardaría en saber, ambos objetos habían sido claves en la inspección del coche de Agatha Christie, también encontrado en similares circunstancias.

El Renault Twingo de Elisa y el Morris Cowley de la señora Christie fueron, salvando las distancias, localizados en idéntica posición: varados sobre pequeños precipicios y con las luces encendidas. En su interior, un abrigo, un neceser y el carné de conducir. A su alrededor, tierra, arbustos y agua. El Silent Pool, un pequeño lago en el caso de la escritora; un pantano, el Alcázar, en el de la traductora. Scotland Yard dragó el lago, ante la sospecha de que la autora de *Muerte en el Nilo* pudiera haberse arrojado al agua. Aunque Fernández Navarro no se atrevió a plantear dicha hipótesis en ese momento, veinticuatro horas después los buzos de la Científica se sumergían en el verde musgo del pantano en busca de Elisa.

18

Joaquín tardaría al menos una hora en llegar hasta el pantano. Tras pasar la mitad de la noche en vela vigilando la entrada de su casa, el sueño lo había vencido ya cerca de las seis de la mañana. Cuando sonó el teléfono móvil, Berta y él dormían profundamente, los cuerpos fríos, abrazados sobre el edredón. La llamada de la Policía se adelantó por unos minutos al despertador.

—¿Joaquín Serrano? Soy Javier Fernández, inspector jefe de la Comisaría Sur.

Se incorporó con brusquedad para sobresalto de Berta.

—Hemos encontrado un vehículo que podría pertenecer a su esposa —prosiguió el policía ante el silencio al otro lado de la línea —. ¿Me confirma que su mujer conduce un Twingo amarillo matrícula M 9260 WY?

—Sí —Joaquín tragó saliva —. ¿Dónde lo han encontrado?

—En el Pantano del Alcázar. He enviado una patrulla a su casa para que lo recojan. Calculo que deben de estar a punto de llegar. Lo espero.

Joaquín se echó las manos a la cabeza. A su lado, de pie, Berta lo miraba en silencio

—¿Qué ocurre?

—Han encontrado el coche de Elisa. En el pantano. Tengo que ir a identificarlo.

Se sentó, derrotado, al borde de la cama. Se sentía pegajoso y tenía la boca seca. Pensó en darse una ducha mientras llegaba la patrulla a buscarlo, pero el ruido de una sirena —el método más efectivo para abrirse paso en una carretera en hora punta— se escuchaba ya en las inmediaciones de la urbanización.

Azuzado por Berta, se vistió, se calzó las deportivas y corrió hasta su puerta en menos de tres minutos. El coche de policía se encontraba ya aparcado junto a la entrada. Eran los mismos agentes que habían registrado su casa seis días antes. El más alto permanecía recostado en el coche y apenas levantó la vista de la pantalla de su móvil al verlo llegar. Su compañero llamaba al timbre. Se giró al escuchar el chirrido metálico de la verja.

—Buenos días, venimos a recogerlo para una inspección ocular.

Joaquín asintió, dando a entender que estaba informado. Resoplaba. Sin aliento por el esfuerzo, tuvo que doblarse y apoyarse en sus propias piernas para coger aire. Sin afeitar, despeinado y con la camisa por fuera, no podía disimular que se había tirado de la cama.

—Acompáñeme, por favor.

El ruido de varias persianas y los ladridos del pastor alemán del chalé de al lado los escoltaron hasta el vehículo. Las cabezas de algunos vecinos asomaban desde ventanas y terrazas. Otros paseaban a sus perros sin quitar la vista a lo que estaba sucediendo.

Desde su porche, Berta contemplaba la escena. La visión de Joaquín, que en ese momento se metía en el coche de la Policía, le revolvió el cuerpo. ¿Qué sería lo siguiente? Desde que había comenzado su relación, se sentía poseída por una sensación de irrealidad. También de desequilibrio. Ya en la ducha, trató de

calmarse. El agua caliente y el olor a limpio del gel de baño la tranquilizaron. Vaya manera de empezar el día, con lo que tenía por delante. Las horas siguientes iban a resultar cruciales para su futuro y también para el de Joaquín, la única persona que le importaba de ese cortijo en el que se había convertido la facultad. Se aclaró el pelo, lo escurrió con las manos y, al mirar hacia abajo y no verse los pies, tapados por una gran nube de espuma, sintió, de nuevo, una extraña inquietud.

19

«Melone’, a euro y medio el kilo, señora, señor. Melone’». Alargando la vocal en el aire y omitiendo siempre la ese final, el de la fruta del pantano, como se le conocía, promocionaba el producto a los cuatro vientos. Su puesto, entoldado en verde botella, llevaba años suministrando fruta y verdura a los pueblos de alrededor desde el lateral de la carretera con destino a Villena. Su ubicación estratégica, justo frente al camino del Alcázar, le proporcionaba en el verano la ganancia suficiente para resistir en el invierno. De los higos y melones de julio y agosto, a la chirimoya en diciembre, y el mango y el kiwi en febrero, con lluvia, calor extremo y hasta con nieve, aquel hombre formaba parte del paisaje.

El inspector Fernández Navarro charlaba con él mientras esperaba la llegada de Joaquín.

—Entonces, ¿no le suena el coche? No creo que se vean muchos Twingos por la carretera a estas alturas.

—No le podría decir.

Aquella era la única respuesta que parecía tener el tendero. Movía sus manos, morenas, cuarteadas y renegridas por el viento y el sol, de un lado al otro del puesto. Colocaba unas lechugas caídas o colgaba mallas de cebolla de la barra del toldo y, entre medias, en un gesto habitual, se frotaba las manos para hacerlas entrar en calor.

—¿Ha venido alguna señora con pinta rara, joven pero con el pelo blanco, a comprarle?

—Hombre… con pinta rara. Depende. A las horas que usted dice, ni ella ni nadie, que a las ocho de la mañana estoy todavía saliendo de Mercamadrid con el camión.

—¿A qué hora echó el cierre ayer?

—No le podría decir. Depende.

El policía se lo quedó mirando mientras trataba de mantener la calma. Había dejado el bolígrafo suspendido en el aire sobre la libreta y su actitud corporal era de paciencia fingida.

—Depende del tiempo que haga y de si hay jaleo —el vendedor se dio por aludido.

—Haga memoria, es importante.

—Serían las siete, no llegarían. No le podría decir exactamente.

—¿Y no se acuerda de la gente que le compró ayer?

—Sí. Poca cosa. Los de los bares de San Martín; de la residencia de Villena vinieron también. Pero bueno, es que esos vienen casi a diario.

—¿Y una señora con el pelo blanco y un abrigo anticuado?

El frutero frunció los labios mientras negaba con la cabeza.

—No le podría decir —repitió por enésima vez.

En ese momento, la patrulla aparcaba a su lado. El conductor se bajó para saludar e intercambiar información con el inspector. Tras un par de minutos de conversación, fue el propio Fernández Navarro quien se dirigió al coche para abrirle la puerta a Joaquín.

—Acompáñenos, por favor. Imagino que no ha sabido nada de su mujer en las últimas horas.

—No.

—Me comentan los agentes que no estaba en casa cuando han acudido a recogerlo.

—Sí.

Joaquín parecía incapaz de articular palabra. El latido de su corazón se había extendido hasta las sienes, pum-pum, pumpum. Sentía debilidad y durante el trayecto hasta el pantano las miradas que el policía le dirigía a través del retrovisor le habían provocado confusión y desasosiego. Solo deseaba que todo aquello acabase de una vez. Y dormir, necesitaba dormir.

—¿Sí ha dormido en casa o sí ha dormido fuera?

—Fuera.

La voz queda de Joaquín llegó a duras penas a los oídos del policía.

—Bien, ahora me lo cuenta con tranquilidad. Vamos primero a ver el coche.

Siguieron caminando. De fondo se escuchaban las voces de los de la Científica. La imagen del coche flotando sobre el agua bajo los rayos del sol, en un amarillo rabioso, surgió ante los ojos de Joaquín como una alucinación. El movimiento circular de unas siluetas blancas con manos azules, a su alrededor, acentuó la sensación de irrealidad. Se acercó casi temblando y, solo tras el requerimiento de los inspectores, logró articular palabra: «Sí, es el coche».

20

El blanco y el azul eran también los colores que predominaban en el laboratorio de la segunda planta de Ciencias del Clima. Inmaculadas, batas y cubetas, y en añil los guantes y la formalina —el líquido en el que flotaban—, listos para su disección, bivalvos de concha negra nacarada comúnmente conocidos como mejillones.

Dispuestos en varias filas, los alumnos de primero esperaban las indicaciones del profesor de Microbiología para proceder, primero a separar las valvas con el bisturí, después a cortar los músculos del animal, para, finalmente, proceder a la extracción de los órganos. Frente a ellos y ante el encerado, un recién estrenado en la asignatura Óscar Andrade, que trataba de esconder la inseguridad propia de los primeros días. Protegido tras sus grandes gafas de pasta y sin bajarse de la gorra *newsboy*, el nuevo miembro del claustro había iniciado la clase práctica explicando a los alumnos la posición en la que debían sujetar el mejillón para un análisis limpio y preciso.

—Sosteniendo la palma de la mano hacia arriba, colocamos el lado dorsal del molusco hacia nuestro pulgar. El lado posterior, el más ancho y ovalado —añadió, parando el vídeo que reproducía el proceso—, debe quedar de esta manera en relación con nuestro antebrazo.

Andrade procedió a sacar el mejillón de su cubeta. Algunas cabezas se auparon entre el grupo para verlo mejor.

—Una vez que hemos adoptado la postura correcta, procedemos a la apertura de las valvas, es decir, separamos ambas conchas con el bisturí, el primero que tenéis a vuestra derecha. ¿Alguien sabe por qué parte debemos introducirlo?

El profesor señaló hacia el fondo, a una mano elevada que sobresalía sobre el resto, pero la voz de la chica de los *brackets*, dispuesta a responder, fue tapada por el claqueteo de unos tacones sobre el mármol del pasillo. Eran los de Berta, que alcanzaba la puerta abierta del laboratorio para encontrarse casi de frente con su antiguo amigo. Sí, porque Berta Morales y Óscar Andrade se conocían desde el instituto, aunque ninguno de los dos llevaba la cuenta de los años que hacía que no se veían. Habían sido compañeros de clase, después amigos inseparables y habían tenido una relación, aunque de tan solo dos meses, cuando estaban a punto de entrar en la universidad.

—Berta —la llamó él, saliendo del aula sin dar explicación alguna a sus alumnos.

Ella aceleró el paso.

—Berta, por favor —insistió, consiguiendo por fin que se parase.

—Voy con prisa, perdona.

—No, perdona tú, pero quería hablar contigo.

—Un poco tarde, ¿no crees?

Él bajó la mirada.

—Así que Nuria. Es una pobre chica, espero que te portes bien con ella.

—En serio —respondió Óscar como si no la hubiese escuchado—, me gustaría hablar contigo.

—A mí no.

Hasta el silencio más que incómodo que se instaló entre ambos llegó un ovillo de voces del que sobresalían risas y algún grito contenido. La clase había cobrado vida en ausencia del profesor.

—Bueno, piénsatelo —se despidió él, y regresó al aula para poner orden en el grupo.

Berta prosiguió hacia secretaría alterada por el encuentro. La presencia de Andrade en la facultad había roto su equilibrio. La descomponía pensar que podía, como ahora, encontrárselo en cualquier momento del día, en cualquier lugar. Su cercanía le devolvió la sensación turbia del último encuentro, la noche de aquel verano. El maldito verano del estupor, del miedo y la humillación del que tanto le había costado salir.

Fue entonces, en ese preciso instante en el que le dejó atrás en el pasillo, cuando decidió que sus días como profesora en el centro habían terminado. Y no solo por el odioso recuerdo de su juventud. Lo que estaba por venir, se dijo a sí misma, tampoco presagiaba nada bueno. Pero antes, hablaría con Nuria. Llevaba años huyendo del pasado y había llegado la hora de dejar de hacerlo. Lo haría.

21

El ruido de la moneda que se precipitaba por la ranura de devolución se mezcló con el de la batidora de polvo y leche. La inspectora Robles había seleccionado el expreso, que ya asomaba por el cristal de la máquina. El inspector Fernández Navarro se había decantado por un chocolate.

—Con azúcar, por favor.

—¿Le echas azúcar al chocolate? —le preguntó ella sin girarse, mientras se agachaba a recoger el cambio—. No te creo.

Precedidos por el olor y el vapor de las bebidas calientes, los policías cruzaron la sala de control para dirigirse al despacho de él. Más que sobria, la estancia le recordó a la inspectora al saloncito de un cura de provincias, de esos que había visto de pequeña en las películas antiguas. Solo la bandera y una gran pizarra Velleda mitigaban el color crema desvaído de las paredes. La mesa y el armario de contrachapado eran de un deprimente tono beige, y la silla, de estilo confidente, añadía el tono pardo. Y, sin ruedas, se fijó enseguida Robles, al apoyar el cuerpo sobre el filo del escritorio.

—Con permiso.

Fernández Navarro se sentó en una silla tras la mesa. Le llamó la atención la postura de superioridad que había adoptado su compañera, dos palmos por encima de su cabeza. También el aire desenvuelto con el que había cruzado la comisaría, los brazos en alto para evitar derramar las bebidas sobre algo o alguien.

— ¿Por dónde empezamos? —preguntó ella.

—Por el método de trabajo de Elisa Morán.

Esa era la única respuesta que la inspectora no esperaba. El tema no se había mencionado sobre el terreno y no le gustaba que le escatimaran información.

—Explícate —le respondió, frunciendo el ceño.

Javier Fernández le contó entonces cómo el marido de la desaparecida le había hablado de su manera de abordar la traducción literaria, que no era otra que meterse en la piel de los personajes hasta el punto de imitar su forma de vestir y comportarse. Le explicó que la última vez que la vio, ella había comenzado la traducción de las memorias de Agatha Christie.

No fue preciso que prosiguiera con el relato. Susana Robles conocía a medias la historia de la desaparición de la escritora de misterio por una película. Aunque no había terminado de verla, se enteró por ella de la conmoción que el suceso supuso para la sociedad británica de la época, que se movilizó para encontrarla, viva o muerta. *«Missing», «Vanished»,* escribieron los periódicos aquel invierno de 1926, en primera plana, en mayúsculas, sobre distintas fotos de la gran dama del crimen. En algunas aparecía con su infiel esposo, el señor Archibald Christie, a quien la opinión pública acribilló hasta el final de sus días. Se organizaron búsquedas voluntarias que se sumaron a las oficiales, con más de quinientos policías que peinaron la región, y a las que se incorporaron, por primera vez en estas tareas, varios aviones. Sus seguidores se reunieron en torno a la *ouija* para preguntarle al más allá dónde estaba Agatha Mary Clarissa Miller.

En definitiva, el alboroto fue mayúsculo.

—¿Y cómo acabó la cosa? —se interesó Robles.

—La encontraron en un balneario de Yorkshire, a unas tres horas de su casa.

—Vaya historia. —Y añadió excitada—: ¿te das cuenta de lo que estás diciendo? ¿En serio crees que esa mujer está imitando a la escritora?

—Podría ser —contestó—. Podríamos estar ante una conducta de imitación. Es raro, muy raro, lo sé, pero en este oficio nunca dejamos de sorprendernos. Ya sabes que…

—Espera —le cortó ella, mientras sacaba el teléfono móvil del bolsillo interior de su chaqueta y pinchaba sobre una imagen en la pantalla—. Mira esto.

Se trataba de un pequeño dibujo hecho a mano que habían encontrado en la guantera del Twingo. A trazo grueso y en rotulador negro, alguien había esbozado en el recorte de papel lo que parecía ser un camino. Este desembocaba en una gran casona de chimenea recta y elevada, rodeada de pequeñas parcelas que podrían ser partes de un huerto o quizá piscinas. Una gran extensión de agua limitaba con una carretera. En la distancia, en un segundo plano, se apreciaba otro edificio.

La prueba había sido entregada para no romper la cadena de custodia, junto a un ambientador con olor a lavanda que colgaba del espejo retrovisor, una gamuza para limpiar las gafas y un disco-libro. *Días de amores,* su título*,* podía leerse impreso en una foto en la que un cantante con barba y melena apretaba los nudillos contra su mejilla.

—¿Crees que podría estar relacionado con la desaparición de Agatha Christie? —inquirió la agente de la Científica.

—No quiero aventurarme mucho en esta teoría, pero sí, quizá reproduzca el camino que recorrió desde su mansión hasta el punto exacto donde abandonó el coche.

A pesar de la poca convicción con la que el inspector desarrollaba la hipótesis, Robles cogió el hilo y siguió tirando.

—Otra posibilidad es que la línea del mapa sea la ruta que siguió Agatha Christie desde su casa hasta el hotel donde la encontraron y, por lo tanto, esa podría ser nuestra mejor baza, que se trate del itinerario que va desde el chalé de Elisa hasta su escondite.

Fernández Navarro esbozó un gesto de incredulidad, cerrando los ojos a la vez que movía la cabeza de un lado al otro. Acto seguido, se levantó para escribir las distintas hipótesis en la pizarra.

—La escritora de misterio fue hallada —relató mientras apuntaba — a unos 350 kilómetros de su casa. Se calcula que tardaría más de tres horas en recorrer en coche la distancia que la separaba de su hogar en Berkshire hasta Harrogate, donde estaba el hotel balneario en el que apareció. De Villena al pantano del Alcázar apenas hay diecisiete kilómetros y el viaje no llega a los veinte minutos.

—No —concluyó ella—, aun suponiendo que se esté produciendo una conducta de imitación, el dibujo debe de referirse a un trayecto desde la casa de Elisa que venga a durar también unas tres horas y en el que se encuentre un hotel, *spa* o balneario.

Fernández Navarro golpeó varias veces la cristalera del despacho con los nudillos. Varias cabezas se giraron hacia él. El inspector les hizo un gesto para que se acercaran. Los policías se dirigieron al despacho.

—A ver, necesitamos un listado de todos los hoteles rurales que puedan estar a unas tres horas de Villena —ordenó sin entrar en los

detalles de la, por decir algo, extraña teoría en la que trabajaban—. Importante: buscamos a Elisa Morán, pero también a Elisa Morales.

—¿Por qué ese apellido? —preguntó un agente.

—Es el apellido de la amante del marido, ¿no? —se escuchó otra voz cercana a la puerta.

—Eso es.

—¿Ella y el marido son sospechosos? —otra pregunta surgió entre el grupo de cabezas.

—Iremos más tarde a eso —dijo el inspector mientras repasaba con el equipo la información recabada hasta el momento en la escena. En el coche no había ni rastros de sangre ni de comida reciente. Tampoco había nada por el suelo ni en los organizadores: ni botellas, ni pañuelos, ni bolsas de plástico. Tampoco colillas en el cenicero, ni sorpresas inesperadas más allá del carné y el dibujo encontrados en la guantera.

—¿Y los bañistas? —preguntó la inspectora.

—Poca cosa. Que llegaron a las ocho al pantano y que el coche ya estaba allí. No había nadie más por los alrededores —resumió Fernández Navarro—. Tampoco reconocieron a Elisa por la foto que les facilitamos.

—Bueno, pues a ver qué nos dicen las huellas y, sobre todo, los de cartografía. Y los de grafología, claro. ¡Todos al tajo! —elevó en este punto la voz, dando por finalizada la primera reunión de trabajo.

22

«No sé si tienes un momento, me gustaría hablar contigo». Nuria recibió la notificación del mensaje de WhatsApp de Berta en la aplicación web de su escritorio. Berta Morales, la distante y elevada Berta Morales, quería hablar con ella. Debía de tratarse de un error, pensó. Ella no solía ser objeto de atención por parte del profesorado. Muy al contrario, estaba acostumbrada a sentirse transparente, sobre todo una vez que las personas conseguían un hueco en la apretada agenda de De Olmedo. «¿Quieres cita con el decano?», le contestó de vuelta. «No, no, solo comentarte un tema, cuando tengas un momento. Si quieres podemos comer juntas», dijo Berta. Comer juntas. Nuria lo leyó un par de veces por si lo había entendido mal. Pues no, no comería con alguien que solía girar la cabeza para evitar saludarla cuando se cruzaban por los pasillos. O que emitía un ruidito ininteligible cuando pasaba al lado de su mesa al entrar en el despacho del decano. La dejó en leído, a pesar de que, a medida que pasaban los minutos, se iba apoderando de ella una insidiosa curiosidad.

No recordaba haber cruzado con Berta más de cuatro o cinco frases seguidas, siempre, por supuesto, relacionadas con algún tema docente. Bueno, en realidad, ni con Berta ni con Joaquín ni con ningún otro miembro del claustro. Ni siquiera con la Ferrari, más que nada porque esta no dejaba hablar a nadie.

Nuria se sentía tan aislada del mundo en la facultad como fuera de ella, pero hacía tiempo que le había perdido el miedo a esa soledad y ahora no estaba dispuesta a darle a nadie la oportunidad de decepcionarla.

Qué error había cometido con Óscar. Qué idiota había sido al dejarse engatusar por un extraño en una aplicación de citas. Si en el anonimato de Internet todos mienten, cómo pudo pensar que no iba a pasarle a ella, se lamentó una vez más. Ahora que él se había presentado en el campus de forma inesperada, no eran tanto las falsedades sobre su vida lo que le importaba, sino la posibilidad de que el tema llegase a oídos del decano. Se sintió ridícula ante sus ojos y volvió a invadirle ese miedo irracional a perder su trabajo, el único que había tenido desde que dejó el pueblo y a cuyas rutinas se aferraba para sobrevivir.

¿Y si el mensaje de Berta guardaba relación con sus temores? Notó cómo se le aceleraba el corazón. Quizá Óscar lo había contado y la noticia se había propagado por el campus. Su jefe podía pensar que alguien así, que se deja engañar, carece del nivel necesario para llevarle los asuntos. Que es tonta, en otras palabras.

Se decidió, por fin, a responder: «Luego me acerco, si te parece, por tu departamento y me comentas».

Dos horas después, y a pesar de que Berta no había leído su mensaje, según le chivaba el único tic blanco del chat de WhatsApp, Nuria se dirigió al departamento de Derecho del Medioambiente. La puerta del despacho de profesores estaba cerrada, pero esperó. Había tenido tiempo, a lo largo de la mañana, de dejarse torturar por todo tipo de elucubraciones. En el primer escenario catastrófico se veía recogiendo su taza y su sacapuntas eléctrico y metiéndolos

en una caja junto con sus dos plantas y la manta con la que protegía sus piernas de las corrientes frías que se colaban por la puerta. Se imaginaba que la noticia de su relación había llegado a oídos del decano y la consideración de recursos humanos había sido negativa: el perfil de alguien que basa sus relaciones en una ilusión a distancia no es confiable para llevar los asuntos del máximo responsable del centro. Aunque después pensó que quizá sería Óscar quien acabara mal parado: ¿acaso no podía ser considerado acoso el hecho de que hubiera viajado hasta Madrid y se hubiera presentado en su puesto de trabajo? En cualquiera de los casos, su reputación profesional quedaría en entredicho.

Lo que no conseguía era relacionar a Berta con aquellos escenarios ni con Óscar. Ni con ella misma, desde luego. Intentó calmarse pensando que quizá estaba interpretando mal las señales y, de eso estaba convencida, dejándose influenciar por el hecho de que Berta fuera abogada y su despacho le llevara los asuntos a De Olmedo. ¿Sería posible, volvió a arrugarse, que el decano le hubiera pedido que indagara o que hablase con ella?

Se acercó a la puerta con intención de llamar. La curiosidad se había transformado en ansiedad. Necesitaba saber qué estaba pasando y necesitaba saberlo ya, pero cuando sus nudillos casi rozaban la madera de la puerta, escuchó:

«Sí, sí, hablaré con De Olmedo. No veo ético —y veremos si es legal— que esta persona forme parte del entorno de dirección de la facultad».

La voz de la profesora le llegaba nítida y sonora.

«Está claro que este tipo de conductas perjudican al centro. Claro, claro, le he dicho que venga a verme al despacho».

Nuria se quedó helada. Sentía que era incapaz de moverse. Otra voz, esa vez detrás de ella, la sacó de la parálisis. Era la Ferrari.

—¿Has quedado con Berta tú también? Bueno, si eso vengo luego.

—No, tranquila, ya me iba.

—¿Estás segura?

Nuria no estaba segura de nada, pero asintió y echó a andar, con paso nervioso, hacia su despacho.

23

Corazón esperanza era el culmen de la carrera de Enrique de Olmedo, el colofón a toda una vida dedicada a la docencia, desde sus inicios en las aulas de primaria hasta el decanato en Ciencias del Clima. Tras meses de arduo trabajo, de documentarse, de eliminar partes del texto, de reescribir otras, en definitiva, de horas y horas frente al ordenador, se sentía muy satisfecho con el manuscrito, ahora en proceso de maquetación. Pero, sobre todo, estaba excitado ante la inminente campaña de promoción que comenzaría en una semana y que le permitiría divulgar el mensaje del libro ante los micrófonos más importantes del país.

Uno de ellos era el de su admirado Iñaki Gabilondo, con quien había coincidido en más de una ocasión en debates y tertulias sobre el futuro del planeta. Pero ahora era diferente, la estrella de la radio iba a entrevistarle. Quedaba por fijar la fecha y confiaba en que la suya fuera de las últimas entrevistas, para acudir a ella, si era posible, más preparado que nunca.

Otro plato fuerte era su intervención en el *Telediario* de La 1, y De Olmedo esperaba que coincidiera con alguna noticia que dotara a su participación de mayor relevancia. La sequía que padecía la mitad del país le daba pie, por ejemplo, a enfocarse en los nuevos sistemas de predicción del clima mediante Inteligencia Artificial. Pero una borrasca, un huracán, una bajada o subida brusca del termómetro le daban más juego, porque el público entendía mejor lo

que veía, al sufrirlo en sus propias carnes. El críptico mundo de los algoritmos era harina de otro costal.

Pensaba en ello mientras conducía hacia Madrid. Le habían llamado de Blanc i Oriol, la firma que le llevaba los asuntos legales. Se reunía con ellos con bastante asiduidad, porque cuando no se trataba de algo relacionado con el patrimonio familiar, tenía que ver con los derechos de autor de sus obras o con asuntos en los que la facultad requería asesoramiento legal, más que nada cuestiones de transparencia o autoría. En los años que llevaba como decano habían tenido lugar algunos sucesos poco corrientes que habían necesitado de la intervención de los abogados y que habían acabado en expulsiones y juicios.

No esperaba nada de esta naturaleza en la reunión de hoy, solo temas ordinarios de los que se resuelven rápido y de forma limpia.

Aparcó el coche a dos manzanas del despacho y fue caminando hasta la calle Hermosilla. La oficina estaba en uno de esos antiguos pisos restaurados de techos altos y se expandía hacia la calle en un elegante mirador de hierro y cristal biselado. A sus pies, las tiendas de lujo y algunas tabernas que resistían a la gentrificación y a las modas. Antes de cruzar levantó de nuevo la vista hacia el mirador. A contraluz se podía distinguir una silueta femenina. Se fijó bien. Parecía Berta. Sí. Era Berta, que hablaba con ese abogado guaperas, el pelirrojo.

Alcanzó, por fin, el portal, donde el conserje le dedicó la mejor de sus sonrisas mientras se dirigía a abrirle la puerta del ascensor.

—Buenos días, don Enrique —lo saludó sin obtener respuesta.

En el preciso momento en el que ponía un pie en el mármol del portal, comenzó a sonarle el móvil. Descolgó. Era la Ferrari.

—Oye, tengo aquí a la Guardia Civil —la escuchó decir, en un tono que denotaba cierto nerviosismo.

—¿Es importante?

—Sí, creo que sí.

Escuchó, parado frente al chiscón del portero, lo que su colaboradora tenía que contarle.

—Gestiónalo tú. Trata de que el asunto no llegue a otros despachos. Entro a una reunión con los abogados.

—Bueno, no te preocupes —le respondió, expedita—. Yo me ocupo. Ahora te cuento. ¿Y si piden verte? ¿Le comento algo a Nuria? ¿Hola? ¿Enrique?

Isabel Sanjurjo esperó una respuesta durante varios segundos, pero el teléfono del decano se había quedado sin cobertura al entrar en el ascensor. Así que colgó el suyo y, esbozando la mejor sonrisa de la que era capaz, se dirigió a los uniformados de verde, que aguardaban una respuesta plantados en la puerta de secretaría.

—Así que un allanamiento, ¿eh?

24

No, no era un allanamiento. Lo que Joaquín —presuntamente— había cometido horas antes al saltarse un perímetro establecido por la Guardia Civil era un delito de desobediencia. Había ocurrido en plena carretera, a la altura de Quijano y cerca de Los Zarzales, justo en el punto en el que siete días atrás había volcado un camión y provocado el incendio que había inundado de humo el campus.

El marido de Elisa se dirigía con su grupo de alumnos a la Sierra de Guadarrama. Iba a impartirles su primera clase práctica sobre el estudio del suelo. Cada uno de ellos portaba, a tal fin, el equipo imprescindible: guantes de plástico para no contaminar el material recogido, bolsas de congelación y etiquetas y rotuladores para su posterior catalogación y análisis. Él se llevaba siempre la peor parte en cuanto al equipamiento. Para evitar que los descerebrados de primero se hiciesen daño, él mismo se ocupaba de cargar con la media docena de barrenas huecas necesarias para extraer submuestras y muestras.

Cada año era lo mismo. Las expectativas de sus alumnos en relación a esta clase práctica acababan en aburrimiento y desilusión. Tenía que reconocer que ver al profesor sacar tierra de una parcela para meterla en una bolsa de plástico no era, desde luego, nada del otro mundo. De ahí que siempre, en mitad de la clase, alguien soltase un comentario mordaz que, ya luego en el autobús, en el camino de vuelta, se remataba con chanzas varias y alguna que otra

burla cruel. Por eso, y por su sentido práctico de la vida, no entendía la insistencia de la coordinadora de estudios en escoger localidades y zonas alejadas de la facultad. Todos y cada uno de los suelos valían para analizar su pH, sus nutrientes —o la ausencia de los mismos— y concluir sus posibilidades en cuanto a los distintos tipos de agricultura y ganadería.

Este era su *Día de la marmota* y en ello pensaba cuando, tras un cambio de rasante, un frenazo en seco lo encajó en el asiento. El conductor asomó malhumorado la cabeza por el pasillo y les informó de que «Dios sabe cuándo coño vamos a poder reanudar la marcha. Es la leche, toda la vida igual, puta carretera».

Exabruptos como estos e imprecaciones similares continuaron saliendo de la boca del chófer un buen rato, y ya le tocaba el turno de ofensa al ministro de transportes cuando Joaquín se levantó con brusquedad y se dirigió hacia la puerta.

—¡A la mierda! —gritó y, agarrando una de las barrenas, pidió al conductor que lo dejase bajar un momento.

Varias cabezas jóvenes asomadas al cristal lo vieron descender del vehículo, dirigirse muy decidido hacia el arcén y saltarse una cinta amarilla que protegía una extensión de terreno pegada a la carretera y en la que podía leerse: «No traspasar». Desde el autobús se apreciaban los estragos del fuego en la zona, salpicada de restos metálicos del camión siniestrado.

Cinco minutos después, y cuando la caravana echaba a andar de nuevo, Joaquín desapareció del campo de visión del grupo, obligando al conductor a aparcar en el arcén.

—Será posible este tío. ¡¡Me cago en todo lo que se menea!! —se quejó a gritos mientras colocaba los triángulos de señalización.

Y así, en mitad de la carretera y con el gallinero alborotado —no quedaba un solo alumno sentado en su sitio ni en silencio—, el buen hombre tuvo que esperar y esperar hasta que Joaquín apareció de nuevo. Caminaba hacia ellos acompañado por un fornido y rapado guarda de seguridad que, barrena en mano, les explicó que se había cometido una violación de la ley y que el profesor no iba a poder continuar hasta que la Guardia Civil llegara y decidiera qué hacían con él.

25

—Pero ¿cómo se te ocurre?

Berta movía la cabeza en señal de incredulidad mientras le preparaba un whisky a Joaquín.

—Cómo se te ocurre, no. Cómo iba yo a pensar que iban a poner un guarda jurado en pleno campo.

—No, sí… La verdad. ¿Te explicó qué protegía exactamente?

—Justo eso es lo que le pregunté, que si las encinas necesitaban escolta, y se mosqueó más todavía.

—¿Se identificó como de alguna empresa? ¿Llevaba algún distintivo?

—No, nada. Y lo más fuerte es que llamó a la Guardia Civil y vinieron. Vinieron. Hablaron con el guarda jurado y se marcharon. Que él, como profesor de Edafología de un centro universitario, hubiera aprovechado el parón en la carretera para extraer una muestra de suelo quemado les pareció un argumento plausible. Así que le dejaron subirse de nuevo al autobús, no sin antes advertirle de que acudirían a la Pío Baroja a comprobarlo.

—Lo que no entiendo —continuó Berta mientras se preparaba otra copa— es que te requisaran la barrena. ¿Te dijeron por qué?

—No sé, igual les pareció un arma potencial —respondió tratando de arrancarle una sonrisa.

No lo consiguió. La abogada estaba seria. Cavilaba mientras movía la copa para hacer sonar los cubitos de hielo. Joaquín, en cambio,

continuaba alterado y con ganas de seguir hablando.

—Si quieres nos vamos a tu casa. Lo digo por si estás incómoda.

Berta negó con la cabeza, pero en realidad sí lo estaba. La presencia de Elisa en aquel salón era agobiante. La Remington negra de la traductora ocupaba el centro de la estancia, decorada con fotos y más fotos de la pareja: Elisa y Joaquín besándose en una barandilla de la Torre Eiffel, Elisa y Joaquín posando ante ese enorme queso gruyere que es el Coliseo. Elisa y Joaquín cruzando el paso de cebra de Abbey Road, y así por todas las estanterías, mesas y repisas repartidas por la habitación. Y lo peor de todo era que su antigua amiga parecía clavar sus ojos en ella.

—Os faltan dos Beatles, ¿no? —preguntó Berta con sorna, señalando la última imagen.

—Bueno, tú también tienes un pasado —respondió él, algo molesto. Al no obtener respuesta, y tras un silencio más que significativo, puntualizó.

—Me refiero a que me ocultas algo de Óscar Andrade. ¿Salías con él?

Berta se levantó del sofá y empezó a teclear en falso en la gran máquina de escribir. Permaneció así largos segundos, hasta que, visiblemente afectada, se giró hacia Joaquín.

—¿Me lo vas a contar o no? —insistió él.

—Vale, te lo voy a contar —y añadió—: Pero con una condición: espero no tener que volver a hablar de este asunto.

La tarde fue cayendo mientras Berta le contaba a Joaquín que Óscar y ella habían compartido pupitre y que, en efecto, habían salido durante poco tiempo al terminar el instituto. Que en aquella época estaba muy ilusionada, no solo porque él le había gustado

desde siempre, sino porque el salto a la universidad le hacía sentirse mayor y más libre.

—No es que fuera nada transgresora a mis dieciocho años, más bien al contrario —enfatizó—. Yo era tímida y sin experiencia.

Obvió de esa manera, por pudor, su virginidad de entonces y su desconocimiento del sexo, a unas edades en las que todos presumían de practicarlo mucho y bien. Ella había imaginado que las cosas sucederían de otra manera. Algunas veces fantaseaba con que esa primera vez fuese el colofón de una cita romántica. Otras, creía que sería un impulso irrefrenable y espontáneo lo que la conduciría hasta la cama de Óscar. Pero no ocurrió así. De ninguna de las dos maneras. Sucedió en el campus universitario, en la fiesta en la que se daba la bienvenida a los alumnos de la nueva promoción. La noche había caído sobre decenas de estudiantes agrupados en torno a la sangría o tirados, cuerpo sobre cuerpo, sobre el césped. En el aire se cruzaban músicas de distintos corrillos y Óscar le propuso dar un paseo para buscar un lugar tranquilo.

Para recordar lo que pasó después tuvo que solicitar ayuda psicológica y, poco a poco, como si se fueran descubriendo las teselas de un mosaico sumergido, fue recuperando fragmentos de imágenes y ecos de sonidos.

La de su cuerpo apretado contra el tronco del árbol —la ropa interior bajada— y el de la voz de él preguntándole si le había gustado. La de ella bajándose la camisa, el de los jadeos de él al ritmo de una cadencia violenta que le parecía insoportable.

Evocó también su sensación de irrealidad al principio, de duda después. ¿Lo había inducido ella a comportarse de esa forma?

—Tardé mucho tiempo en ser consciente de que había sido violada bajo los efectos del alcohol. Mucho tiempo.

Interrumpió el relato al sentir en el hombro la mano de Joaquín. La giró y se abrazaron. Berta escondió su cabeza en el pecho de él y así permanecieron hasta que ella se marchó de la casa. Esa noche, le había dicho a Joaquín, prefería estar sola.

26

En La Cañada, los últimos estudiantes del turno de tarde dejaban atrás asignaturas, probetas, tablones de anuncios y apuntes. Pasaban las ocho y media de la tarde y la facultad se preparaba para el descanso. Los alumnos que caminaban hacia la boca del metro y los que compartían un cigarro en los jardines antes de salir volverían al día siguiente y todo comenzaría de nuevo.

En los pasillos, una legión de bedeles abría puertas, comprobaba que todo estaba en orden en las aulas y volvía a cerrarlas.

Desde la ventana del despacho del decano, Nuria escuchaba el tintineo de sus llaves, acercándose y alejándose. Bajo el foco de las farolas se distinguían las siluetas de los rezagados. Al fondo, otras luces, las de los coches, cruzaban la carretera que dividía en dos el pueblo. Se preguntó cuántas veces volvería a contemplar esa escena. «Sí, sí, hablaré con De Olmedo. No veo ético, y veremos si es legal que esta persona forme parte del entorno de dirección de la facultad». Las palabras de Berta volvían una y otra vez a su mente, aumentando sus dudas, azuzando sus temores.

El despacho estaba en orden. El decano no había regresado tras su reunión con los abogados y tampoco había contactado con ella en todo el día. Quería verlo o, al menos, escucharlo. Lo conocía bien y sabía interpretar el tono de su voz y sus silencios y detectar en ellos la preocupación y el enfado. Había esperado en vano una llamada

suya con tanta ansiedad como ahora aguardaba a que todos se marchasen.

Cuando llegó, por fin, el silencio total, Nuria salió del despacho y caminó bajo las luces de situación del edificio. Entró en secretaría con su propia llave y salió llevándose otra: la del despacho del departamento de Legal. Se dirigió hacia allí y, tras comprobar, mirando a un lado y otro del pasillo, que nadie la veía, entró.

Buscaba alguna pista, algún indicio que confirmara sus sospechas: que Berta conocía su relación con Óscar y que el asunto había llegado también a oídos del decano.

Ya en la mesa de la abogada, tiró de los cajones del escritorio sin éxito. Golpeó varias veces la tecla espaciadora de su ordenador, pero nada. Ni siquiera estaba encendido. En la oscuridad, ayudada tan solo de la linterna del teléfono móvil, distinguió varias carpetas. Las abrió, con cuidado de que ningún documento se traspapelase. No contenían nada importante o, al menos, nada que ella pudiese entender.

Comenzaba a tranquilizarse —eres tonta, Nuria, a nadie le importa lo que hagas— cuando se percató de que una de las puertas del armario común del departamento estaba abierta.

Dentro, repartidos en distintas baldas etiquetadas con el nombre de cada uno de los profesores, se amontonaban tacos y tacos de exámenes. Los de Berta estaban archivados en carpetas de colores. Cogió una de ellas al azar. Era roja. En su portada podía leerse «Segundo. Primer trimestre. Parcial 1». Guiada por un instinto desconocido comenzó a pasar los folios por su margen superior. Álvarez, Amor, Asunción, Berdión, Bahamonde, Cortés, Díaz, Fernández, Gallego, Informe. Leyó de nuevo: Informe Los Zarzales.

Confederación de Ecologistas de Madrid. ¿Qué hacía allí ese documento, mezclado con los ejercicios de los alumnos? Se disponía a averiguarlo cuando el teléfono móvil resbaló de su mano, dejándola a oscuras. Ayudada por la escasa claridad que le llegaba a través del ventanal logró encender el flexo de una de las mesas. Lo bajó hasta el suelo para que nadie pudiera ver la luz desde fuera y se apresuró a leer. El documento tenía tres páginas, pero no pudo pasar de la mitad de la primera. No podía creer lo que veía.

Cerró bruscamente la carpeta roja. La devolvió a su sitio y, comprobando que todo estaba como lo había encontrado, volvió sobre sus pasos.

Cuando se desplomó en el asiento de su coche, minutos después, sudaba. Realizó varios intentos de arrancar hasta que consiguió controlar el ligero temblor que le sacudía las manos y salir a la oscura carretera de vuelta a casa.

27

—¿Qué vino van a tomar?

—Un blanco joven de Barón de Chirel estaría bien, gracias —contestó Ignacio Corrales, levantando la mirada de la carta.

Compartía mesa con su exmujer, Isabel Sanjurjo, en el Arrastre, una de las mejores marisquerías de Madrid y uno de los locales favoritos de políticos, empresarios, directivos de fútbol y algún que otro periodista consagrado —al poder—. Decorado en el clásico estilo marinero, en madera blanca y azul, dos anclas gigantes de cartón piedra marcaban el acceso al reservado en el que se encontraban. Sobre la mesa, dos platillos de aceitunas y camarones y una pequeña planta con la que el restaurante tenía la costumbre de obsequiar a las damas. La Ferrari apretaba una de las hojas moradas del cóleo, como tratando de impregnarse del verde eléctrico del borde de sus hojas o del púrpura de su interior.

Ambos guardaban silencio mientras se retiraba un tercer cubierto que no iba a utilizarse. El decano De Olmedo había excusado su presencia a última hora. Corrales aguardó a que el camarero saliese para iniciar la conversación.

—¿Por qué no ha venido?

—Pues no lo sé. Como no sea por lo de la Guardia Civil —la voz de ella sonó dubitativa.

—¿Pero ha habido algún otro problema?

—No, que yo sepa. Lo que te he contado: han venido a preguntar por Joaquín. Les he dicho que los efectos del fuego en el campo son devastadores y que es obligación del profesorado que los alumnos los conozcan, y se han marchado.

—¿Cómo va lo de su mujer?

—Igual. Nada nuevo. Vete tú a saber. Estoy segura de que él tiene algo que ver. Está liado con la abogadita.

—¿Y tú eso cómo lo sabes?

—Lo sé.

—Sí, como sabías que yo estaba liado con media empresa —Ignacio esbozó una mueca de sarcasmo.

—No empieces. No hemos venido a hablar de eso —le respondió ella cortante y dirigiendo la mirada hacia la puerta.

El camarero regresaba con una cubitera con hielo y la botella de vino. Ambos volvieron a guardar silencio y así se mantuvieron hasta que el joven abrió el Barón de Chirel y envinó la copa del empresario. Tras probar, este asintió con la cabeza y esperó a estar servidos para indicar que no deseaban ser molestados.

—Tomamos el aperitivo mientras vamos mirando la carta y ya le avisamos —le explicó ella con amabilidad.

De nuevo solos, y sin poder ya disimular su impaciencia, se lanzó sin ambages:

—Cuéntame lo de Berta.

Entre oliva y oliva, ella le relató la conversación que ambas habían mantenido hacía un par de días en el despacho.

28

Berta no estaba en casa cuando Joaquín subió a recogerla con el coche al día siguiente para ir a la facultad. Mientras sintonizaba la radio para escuchar las noticias de la mañana, el profesor tocó el claxon varias veces sin éxito. Nada se movía en la vivienda de la abogada ni puertas ni luces ni persianas. Esperó unos minutos de cortesía para mandarle un mensaje primero, para llamarla después y, algo extrañado, se dispuso a tocar al timbre. Definitivamente, allí no había nadie.

Le vino a la mente la conversación de la tarde anterior en su casa. Quizá ella lo estaba evitando por pudor, aunque si alguien tenía que sentir vergüenza y esconderse era ese mierda de Andrade. Tendría que disimular y contenerse para no partirle las putas gafas.

Le entró una notificación en el móvil: «Bájate solo, he salido a hacer unas gestiones». Era Berta. Suspiró aliviado. Al menos parecía que el pasado no se interponía entre ellos. O no todavía. Hacía ya ocho días de lo de Elisa. ¿Se podría obtener el divorcio de alguien desaparecido? Se lo preguntaría a Berta en cuanto la viera, pensó mientras buscaba sus gafas de conducir en la guantera. Tocó algo blando al fondo del receptáculo. Era una bolsa de plástico con la muestra de suelo quemado. Al menos, sonrió, los alumnos no habían perdido la práctica.

A la misma hora entraba en su despacho de la facultad Enrique de Olmedo. En ausencia de su secretaria, lo recibieron la oscuridad y el

frío. Nuria se encargaba de encender varios calefactores de aire caliente para caldear la habitación. Pero la madrugada anterior le había puesto un mensaje para decirle que se encontraba mal, con fiebre alta y que pensaba acudir a Urgencias. De Olmedo se preguntó si le darían la baja laboral y, ante una posible respuesta afirmativa, descubrió que le producía cierto alivio descansar de la presencia de su secretaria. Era perfecta, sí, pero demasiado invasiva a veces, y él necesitaba tiempo para gestionar algunos asuntos que no eran de su incumbencia. Además, últimamente se comportaba de manera algo extraña.

Óscar había notado también la conducta errática de la ayudante del decano en las últimas horas y se preguntaba si Berta le había contado algo sobre él y sobre lo que pasó. Si no era así —y esperaba poder confirmarlo lo antes posible—, debía evitarlo a toda costa. Intentaría hablar de nuevo con la abogada.

No se trataba solo de lograr acceder al círculo íntimo del decano. Ponerle presencia, voz, gesto, movimiento a la mujer que lo había mirado tantas veces desde el muro de Matchlove había despertado en él algunos sentimientos que tendría que analizar en su debido momento.

En el Torreón, Isabel Sanjurjo desayunaba sola frente al ruidoso televisor. Miraba sin ver el frenético movimiento de cadera de una estrella latina en un canal de videos musicales. Apenas podía disimular su enojo. El decano acababa de darle plantón (y ya iban dos en las últimas veinticuatro horas). La había dejado con los churros en la mesa, con la excusa de que sin Nuria tardaría más en repasar la agenda y poner en orden los primeros asuntos de la jornada. Decidió entonces invitar a desayunar a Joaquín.

Aprovecharía para sonsacarle sobre lo ocurrido en la carretera. Quería conocer detalles que no se había atrevido a preguntar a la Guardia Civil. Le escribió al móvil y aguardó su respuesta mientras se tomaba el café. Al cabo de unos minutos recibió la tercera negativa de las últimas horas. En un mensaje de audio, el profesor le comentaba que tenía cita con el decano. Lo que no decía el mensaje era el motivo de dicha reunión: De Olmedo le solicitaba una explicación por lo ocurrido en la carretera.

29

Eran las ocho y cuarenta y cinco minutos de la mañana de un 12 de septiembre húmedo y recién amanecido en Los Zarzales. Había llovido con fuerza durante la tarde y casi toda la noche del día anterior. Las carreteras estaban atascadas y los campos, encharcados. La furgoneta de Manuel se bamboleaba por el barro con los limpiaparabrisas encendidos en dirección a la planta de reciclaje de la que era encargado. Traspasó la verja metálica del recinto y aparcó. Era sábado y le esperaba una jornada tranquila, de apenas un par de horas, en la que solo tendría que comprobar los procesos de automatización y dejar lista la planificación de recogidas para la próxima semana. Sin embargo, el azar había preparado a este trabajador anónimo un escenario bien distinto.

Por lo pronto, nada más bajarse del vehículo vio que los portones metálicos de carga y descarga estaban abiertos. Más curioso que alarmado, su cerebro trató de encontrar, rápido, una explicación. La primera lo condujo hacia el posible robo, pero la descartó enseguida. Quién iba a interesarse por un sitio así, tan poco atractivo a simple vista y en mitad de la nada. Podría tratarse de una visita inesperada. Quizá el dueño, algún comercial…

Se acercó a la entrada con cautela y se dispuso a escuchar. Reconoció varios sonidos habituales: el de las ratas paseándose por vigas y tejados y el crujir del hormigón en las paredes. Las máquinas dormían. Enseguida se dio cuenta de que la cerradura había sido

forzada. Sintió miedo y, al darse la vuelta para cerciorarse de que no había nadie en el exterior de la nave, lo vio: un casco blanco permanecía tirado a apenas unos cinco metros de la entrada. No le hizo falta fijarse en exceso, no era un casco homologado para el tratamiento de residuos y, por lo tanto, no pertenecía a ninguno de sus compañeros.

Por fin se decidió a entrar. Debía entrar. Si algo extraño había pasado debía ser él quien lo comunicara. Era su turno. Era su obligación. Sin detenerse a mirar, cruzó rápido hacia el vestuario, donde se encerró para cambiar su ropa por el traje de alta protección. No se arriesgaría. Un fallo en la cadena, un boicot, cualquier cambio mínimo podía poner en peligro su salud.

Enfundado en su epi blanco y sintiendo su propio latido bajo el poliéster, inició el recorrido por la nave. Los cubos de plástico estaban limpios y apilados en horizontal y por colores en su gradilla, como dispuestos para iniciar una partida de tres en raya. Las vagonetas aguardaban, desinfectadas y colocadas en fila, para trasladar las bolsas con los residuos por las cintas transportadoras. Desde lo alto de la galería metálica sobresalía la tolva de la incineradora, erguida como la chimenea de un ferrocarril a vapor. Se acercó al autoclave. La puerta del gran cilindro de esterilización de residuos estaba cerrada, pero se percató de que alguien había tratado de ponerlo en marcha, sin éxito, manipulando los parámetros de agua, presión y temperatura.

Abrió con manos temblorosas la boca del gran tiburón metálico y se dio de bruces con la solución al misterio. Como una momia egipcia en su sarcófago secreto, una mujer yacía tumbada boca

arriba con los brazos cruzados sobre el pecho. El olor de su perfume se mezclaba con el del primer estadio de la muerte.

Una violenta arcada lo zarandeó y la confusión dio paso al espanto.

30

A los pies de la gran mole de aluminio y hormigón, la ambulancia que atendía a Manuel esperaba la llegada del juez y de los cuerpos de seguridad para proceder al levantamiento del cadáver. Su amarillo rabioso destacaba en un panorama sucio y gris, solo roto al fondo por un campo de olivos en fuga.

Los operarios arropaban a Manuel, aún conmocionado por el descubrimiento del cuerpo, cuando comenzaron a acercarse las sirenas.

A la de la Policía Nacional sucedió la de la Guardia Civil y a esta un vehículo del que se bajó, adusto y diligente, su señoría. Como un ejército en el frente de guerra, unos y otros fueron tomando posiciones en la escena del crimen.

La inspectora Susana Robles, implicada también en la búsqueda de Elisa, dirigía la operación. Se acercó a Manuel.

—¿Ha sido usted quien ha encontrado el cuerpo?

—Sí.

Pálido y cubierto por la manta isotérmica, el encargado de la planta parecía un fantasma.

—¿Recuerda exactamente qué hora era?

—Debían ser las nueve o algo menos. El portón estaba abierto y al principio pensé que habían entrado a robar.

—¿Ha notado que falte algo?

—No, la verdad es que de aquí poco se pueden llevar.

—¿A qué se dedican ustedes?

—Al reciclaje de residuos.

—¿De qué tipo?

—Sanitarios, de hospitales, clínicas y eso.

—De acuerdo. Le vamos a tomar las huellas, pero no se preocupe. Es para descartarlo —lo tranquilizó, dándose la vuelta y encaminándose hacia el interior de la planta.

Manuel asintió. Había visto que lo hacían así en las series de televisión.

El juez la esperaba en la boca del autoclave junto al forense. Nada más acercarse, este le suministró unas calzas. También una mascarilla que ella, sin embargo, se dejó colgando sobre la mandíbula. El médico estaba agachado, fotografiando el cadáver. La inspectora adoptó la misma postura para realizar el examen preliminar.

La mujer estaba vestida con un traje de chaqueta y llevaba el pelo recogido. Sin maquillaje alguno y sin anillos, collares o pendientes, libre de complementos, parecía dar el perfil de una joven y austera profesional liberal, correcta y sobria en su presentación exterior.

—¿Qué sabemos? —preguntó Robles al forense.

—De momento, poco, como siempre. La manía que tenéis de quererlo todo tan pronto —respondió el médico, mirándola de reojo, pero en tono cordial.

Sin darse por aludida, la inspectora aguardó la respuesta a su lado, de pie y con los brazos en jarra.

—La rigidez es faraónica —añadió el forense, señalando divertido los brazos en cruz sobre el pecho al estilo de los reyes del Antiguo Egipto.

Robles ignoró la gracieta.

—¿Qué más?

—Hematoma en la base del cráneo —señaló mientras giraba de medio lado el cuerpo—. La lesión es propia de un impacto contundente por detrás.

La hinchazón amoratada destacaba sobre la lividez de la muerta.

—¿Algún rastro de sangre?

—Ninguno. Hematoma subdural.

—¿Crees que estar dentro de la máquina puede haber modificado el proceso de descomposición?

—No parece. Ni debería, si este trasto ha estado apagado desde que la metieron dentro.

Ella asintió con la cabeza.

—No hay síntomas de putrefacción —continuó el forense—, por lo que calculo que llevará aquí más de doce horas, pero menos de veinticuatro. Os confirmo en cuanto le tome la temperatura.

Robles rodeó el gran cilindro mientras uno de sus hombres lo espolvoreaba en busca de huellas.

Habría que descartar, pensó, a todos los trabajadores de la planta. La asepsia del lugar era total. Se trataba de un escenario criminal extraño, a tenor sobre todo de las enormes diferencias entre el interior y el exterior del edificio.

Fuera, rodeando los muros, se amontonaban, tiradas una sobre otra, jaulas metálicas de distintos tamaños. Era un panorama pseudoapocalíptico, de cochambre y mugre.

Otro de sus hombres le hizo una seña para que se apartara de la entrada donde, pincel en mano, buscaba huellas de pisadas.

—¿Algún arma del crimen posible? —le preguntó.

—No una, sino muchas. Estas jaulas —respondió señalando el vertedero de cajas enrejadas—. Estas jaulas se usan para transportar residuos peligrosos. Y hay muchísimas rotas. Hay barras de acero inoxidable por todos los lados.

—Ponte con ellas en cuanto acabes aquí, a ver si hay rastros.

Robles regresó al interior de la nave. El último miembro del equipo, una mujer, rebuscaba entre los bolsillos del cadáver.

—¿Identificación, objetos personales?

—Nada en la cámara mortuoria —respondió divertida—. Solo el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta.

La inspectora le dirigió una mirada condescendiente. Entendía que la inusual postura en la que descansaba el cadáver hubiera salvado la mañana al equipo, hastiado ya de las rutinas de la muerte.

—¿Está bloqueado?

—Sí, por contraseña; habrá que mandarlo a los de Tecnológica.

Robles cogió el terminal. Una bolsa de plástico lo preservaba de posibles contaminaciones. Desde fuera, apretó el botón de encendido varias veces. En efecto, el aparato solicitaba un código numérico. Pensaba en cuánto tardarían los compañeros en *crackearlo* cuando este, de repente, comenzó a sonar. En la pantalla iluminada apareció un nombre: Joaquín.

—¿Sí?, ¿diga? —respondió la policía con intención.

—Hola, ¿quién es? —contestó la voz al otro lado del teléfono.

—Buenos días. Le habla la Policía. Hemos encontrado este teléfono junto a una persona fallecida. ¿Me podría decir a quién pertenece?

—¿Cóóómo?

El hombre parecía no entender o no querer entender la información.

—Cálmese, por favor. Se lo voy a repetir. Escuche: este teléfono ha aparecido junto a una mujer muerta. Entiendo que usted la conoce o la puede conocer. ¿Me podría decir de quién se trata?

Tras unos segundos de silencio, la inspectora le escuchó decir: es el móvil de Berta. De Berta Morales, una compañera de trabajo.

31

En ese momento, y a unos ochenta kilómetros, el inspector Fernández Navarro traspasaba el portón de entrada de Las Salinas, un pequeño hotel rural en Imón, Guadalajara. Recorrió el pasillo y, al llegar a la recepción, el encargado le hizo un gesto con la cabeza, indicándole la primera estancia a la derecha.

De perfil, girada hacia la ventana, una mujer de pelo canoso y ondulado desayunaba plácidamente. Estaba sola en el comedor, acompañada por los ruidos intermitentes de ollas y sartenes que se colaban a través de las puertas batientes de la cocina.

Fernández Navarro permaneció en silencio contemplándola durante unos instantes. Se trataba, sin duda, de una mujer distinguida. No solo por su ropa, sobre la que destacaba un chal de cachemira gris perla, sino por sus modales, por la forma exquisita de llevarse la taza a la boca y por la manera delicada de dejar el cubierto sobre el plato de la mantequilla.

La estampa, propia de una pintura costumbrista decimonónica, contrastaba con el arte moderno que decoraba las paredes: grabados, litografías y óleos que delataban la pasión del propietario por la pintura contemporánea. Había sido él quien había respondido al llamamiento que la Policía había extendido a todos los hoteles situados a unas tres horas de Villena para dar con Elisa. Se había distribuido su fotografía y una descripción de su indumentaria. Poco más añadía el aviso: la mujer podía acompañarse o no de equipaje,

estaría, preferentemente, sola y es posible que llevara libros o papeles junto a ella.

En cuanto a su identidad, se barajaban dos posibilidades para el nombre y tres para el apellido: Elisa y Agatha, de un lado. Morán, Morales, Christie, del otro. Se buscaba, en definitiva, a Elisa Morán, que podría haberse registrado con el apellido de la amante de su marido, Morales, tal como hiciera Agatha Christie en su ya legendaria desaparición. También con el de la propia escritora.

Aquella excentricidad llamó la atención del dueño del hotel. A su regreso de un viaje de trabajo, el gerente le comentó que en la habitación Almirante Nelson estaba alojada una señora que, a pesar de llamarse Elisa Morán, había pedido registrarse bajo el seudónimo de Elisa Morales.

Sin llegar a dedicar ni un minuto a desentrañar aquel galimatías de identidades falsas y reales, el inspector concluyó que era ella, la traductora desaparecida, tratando de replicar lo sucedido hacía casi un siglo, exactamente noventa y ocho años.

Se acercó hasta la mesa.

—¿Elisa?

Ella se giró y, sin levantarse, le dirigió una mirada inquisitiva.

—¿A quién tengo el honor de dirigirme?

—Buenos días —respondió él sacando la placa de su bolsillo y poniéndola a la altura de los ojos de la mujer.

—Policía, ¿eh? En mis libros no salen ustedes muy bien parados —contestó divertida.

—¿Es usted Elisa Morán?

—Lo que yo decía. No es usted muy perspicaz. ¿No me ha reconocido? ¿O es que no es asiduo a la lectura?

—¿Le importa si me uno a usted?

El policía se acomodó en la mesa donde Agatha/Elisa continuaba su particular representación. Tras confirmar al camarero que desayunaría junto a la señora, prosiguió con su interrogatorio.

—Señora Morán, ¿desde cuándo lleva usted alojada en el hotel?

—Llámeme Agatha, por favor.

Fernández Navarro levantó la cabeza de la taza en la que se servía un café bien cargado. Estaba claro que aquello no iba a resultar fácil. ¿Qué le ocurría a aquella mujer? ¿Había perdido la memoria como dicen que le sucedió a la escritora británica?

—Estoy al tanto de sus conversiones profesionales. Sé —se detuvo unos segundos para buscar palabras que no pareciesen muy invasivas—. Sé que hace once días dejó usted su casa después de un problema con su marido. ¿Recuerda haber dejado su coche en el pantano del Alcázar hace cinco días?

Ella se tomó su tiempo antes de responder. Él aprovechó para untar la mermelada de arándanos en un panecillo. Estaba a punto de darle el primer bocado cuando, por fin, la escuchó decir:

—No, no lo recuerdo. Conduje hasta aquí en mi Morris Cowley. A la salida, a la derecha, bajo el terrazo, lo encontrará a resguardo del sol.

Por supuesto, no existía tal coche. O aquella mujer era una farsante de tomo y lomo o había perdido la noción de la realidad. En cualquiera de los casos, tenía que convencerla de que lo mejor era que lo acompañase a comisaría. Allí, en presencia de su marido, y con ayuda del psiquiatra, se determinaría su estado mental.

—¿Sabe que su esposo está muy preocupado? La ha denunciado como desaparecida.

—Permítame que lo dude. Mi marido tiene cosas importantes de las que ocuparse.

El inspector sacó su teléfono móvil del bolsillo interior de la chaqueta para mostrarle la fotografía del mapa que habían encontrado en la guantera del Twingo.

—¿Reconoce este dibujo? ¿Lo ha hecho usted?

—¿Por quién me toma? ¿Por un escolar?

—¿Sabe lo que creo, señora Morán? Creo que este dibujo lo hizo usted, que este edificio en primer término —señaló con el dedo la pantalla— es la oficina de las antiguas salinas que hay a la entrada del pueblo. Que justo estas parcelas son las propias salinas, y que el segundo edificio es este hotel. Creo que usted, a su manera, nos dejó una pequeña pista para encontrarla.

La mujer había comenzado a abanicarse con un paipái y parecía hacer caso omiso a las disquisiciones del investigador.

—Creo también, y disculpe si le estoy incomodando, que este abrigo —y amplió de nuevo una imagen del teléfono— es suyo, y creo que lo dejó abandonado a propósito en el coche para forzar las similitudes con la desaparición de la señora Christie.

—Veo que cree muchas cosas. Yo, lo único que le puedo decir es que, como usted, no solo me dedico a la realidad, sino también a las apariencias. No se preocupe —le sonrió indulgente—, lo acompañaré a comisaría si así lo desea.

32

Elisa y Joaquín miraban a su interlocutor. Ella, entre curiosa y divertida; él, en estado de *shock*. Cada uno en una sala de interrogatorios de la misma comisaría, trataban de responder a los inspectores Fernández y Robles, respectivamente.

Elisa desconocía la muerte de Berta, Joaquín el regreso de su mujer a la vida, y ambos ignoraban encontrarse pared con pared.

—Señor Serrano, ¿entiende usted por qué va a ser interrogado?

Joaquín asintió sin levantar la mirada. Encorvado sobre la mesa de formica, entrecruzaba las manos, nervioso.

—Veo que no lleva usted el anillo de casado. ¿Por algún motivo en especial?

—No.

Robles aguardó unos segundos hasta que se produjo la continuación a la escueta respuesta.

—No lo llevo porque se me estropea con los líquidos del laboratorio.

La policía realizó una nueva pausa.

—¿Es cierto que mantenía usted una relación sentimental con Berta Morales?

Joaquín movió la cabeza afirmativamente.

La voz del agente de policía sentado junto a la inspectora se dirigió hacia el aparato de grabación: «Para que quede constancia, el interrogado ha realizado un gesto de asentimiento».

—¿Desde cuándo eran ustedes pareja, si puedo decirlo así?

El profesor se removió en su silla. Parecía tomar conciencia, por primera vez desde que apareciese el cadáver de Berta, de su delicada situación.

—Desde hace poco.

Esa vez sí, sus ojos se fijaron en los de su interlocutora. Prosiguió.

—Una semana, quizá poco más.

—¿Podrían ser ese «poco más» unos cuatro días?

—Sí.

—Es decir, que su relación comenzó hace unos once días. Y su esposa desapareció justo hace once días. ¿Sabe usted que ya ha aparecido? —le comunicó de repente, inclinándose hacia delante y ganando terreno en la mesa.

Joaquín se llevó las manos a la cabeza, en un gesto que, para la interrogadora, no solo denotaba confusión, sino también dificultad para procesar lo que estaba ocurriendo.

—¿Dónde se encontraba ayer por la noche?

—Estuve en mi casa. Fui directo allí tras salir del trabajo.

—¿Sobre qué hora llegó?

—A eso de las ocho.

—¿Estuvo solo toda la noche?

Él asintió.

Ella desanduvo lo andado.

—Volvamos al pasado día 2. Su esposa desaparece y usted inicia un romance, si me permite decirlo así, con Berta. Once días después, su esposa reaparece y la señora Morales es encontrada muerta. ¿Cómo lo explicamos? ¿Cree usted en las casualidades?

En la sala contigua, Elisa se encogió de hombros ante la misma pregunta.

—Dígamelo usted, ¿estoy aquí por azar o por alguna razón que desconozco? ¿Acaso es un delito pasar unos días fuera de casa?

—Es a mí, señora Morán, a quien corresponde hacer las preguntas.

Aunque no lo iba a reconocer, Javier Fernández se estaba divirtiendo con el caso. A pesar de tenerla delante, no daba crédito ante la puesta en escena de aquella estrafalaria mujer. Lamentó que la conversación fuese a girar por otros derroteros mucho más serios.

—Elisa, tengo que trasladarle una información que hemos conocido hace unas horas. —El policía realizó en este punto una pausa dramática—: Berta Morales, compañera de trabajo de su marido, ha sido hallada muerta en extrañas circunstancias. En principio, todo parece indicar que nos encontramos ante un asesinato.

—¿Cómo dice?

La cara de la traductora se desencajó.

—¿La conocía usted, verdad? Tengo entendido que, además de vecinas, eran ustedes amigas.

—No, ya no lo éramos.

El inspector la observaba. La noticia parecía haberla despojado de su actitud teatral. Seria, casi apesadumbrada, insistía, eso sí, en tomar las riendas del interrogatorio.

—¿Qué ha pasado?

El inspector ignoró su reacción.

—¿Sabía usted que su marido mantenía relaciones sexuales con la fallecida?

Lo sabía, pero no parecía dispuesta a dar más datos de los que recibía.

—¿Dónde estaba usted ayer por la noche? —el inspector atacó de nuevo.

—En el hotel donde usted mismo me ha sorprendido esta mañana.

—¿No salió en ningún momento? A pasear, a cenar en algún bar del pueblo…

Fernández Navarro comprobó que el sistema de grabación funcionaba correctamente mientras dejaba pensar a la interrogada. Ella negó moviendo la cabeza hacia ambos lados. La piel de su rostro comenzaba a teñirse de rosa púrpura. Se acercó el vaso de agua a la boca, indicándole al inspector con la mano que esperara. Una vez se hubo refrescado la garganta, y cuando parecía que iba a contestar, le soltó:

—¿Acaso estoy detenida? Si es así, quiero un abogado.

Al otro lado de la pared, pero con menos firmeza, Joaquín realizó la misma petición.

—Lo tendrá. Está usted en su derecho —la tranquilizó Fernández Navarro mientras se disponía a abandonar la habitación.

Fuera, en el pasillo, lo aguardaba su compañera de la científica.

—¿Qué hacemos?

—Que se vayan —respondió él sin dudar—. Vamos a ver qué dicen las pruebas.

Y dirigiéndose al compañero que salía en ese momento de la sala de interrogatorios, añadió: «Vigilancia las veinticuatro horas. Voy a pedir al juez que les retire el pasaporte. Veamos qué tal se lleva ahora este matrimonio».

33

Llamar matrimonio a ese hombre y esa mujer habría sido excesivo a los ojos de alguien que se encontrara en ese momento en el salón de la casa de los Serrano-Morán. Cuando Joaquín irrumpió en la estancia, Elisa parecía acariciar en un tecleo suave, rítmico y sonoro, la máquina de escribir. Llevaba puesto un batín azul ribeteado en blanco a juego con unas pantuflas aterciopeladas con motivos orientales. En la cabeza, una redecilla protegía su peinado de posibles incidencias domésticas.

Más que devolverlo a la época victoriana, la imagen de su mujer de tal guisa le recordó a Joaquín la fiesta con la que cada año se celebraba el carnaval en la facultad. En otras circunstancias se lo habría recriminado, pero no en aquellas, desde luego, y, la verdad, él tampoco estaba para fotos. Era la viva imagen de la descomposición. Pálido, despeinado, con la ropa arrugada, permaneció de pie frente a ella, esperando una reacción, un pequeño saludo, una indicación, al menos, de que había notado su presencia.

—¿Ni siquiera vas a mirarme?

Ella continuó ignorándolo, sin levantar la vista del folio. Mientras leía sujetaba un lápiz entre los dientes, casi mordiéndolo, como hacen los perros con los huesos cuando se disponen a darse un festín. «*So, after the illness came sadness, despair and anguish.*

There is no reason to dwell too much on it. And that's how my first marriage ended».

«Así pues —la escuchó decir para sí—, después de la enfermedad vinieron la tristeza, la desesperación y la angustia. No hay por qué detenerse mucho en ello. Y así terminó mi primer matrimonio».

—Elisa —insistió él, que parecía a punto de echarse a llorar.

Había estado conduciendo sin motivo aparente desde que saliera de comisaría, en un intento de sortear el reencuentro con su mujer; pero solo había conseguido retrasar lo inevitable.

—¿No vas a preguntarme por Berta? —se escuchó decir mientras se dejaba caer en el sofá, colocando su rostro a la altura del de ella.

La palabra mágica, Berta, surtió el efecto deseado. Ella abandonó la traducción.

—¿Qué debería saber de Berta?

Más que una pregunta, aquello era una declaración indirecta de guerra. Las hostilidades habían dado comienzo y, de momento, solo Joaquín parecía herido.

Él se revolvió con el impacto.

—No sé, dímelo tú.

—¿Cómo te atreves? Quiero que te marches de la casa. Lo antes posible. Hoy mejor que mañana. Ahora mejor que luego.

La traductora fue encadenando frases mientras su voz subía y subía de volumen hasta llegar al techo, tan alta y tan fuerte que este podría haberse resquebrajado sobre sus cabezas a causa de la tensión.

Ella se levantó y se dirigió, tambaleante, hacia la puerta de la estancia.

Fue entonces Joaquín quien gritó:

—¿Pero en qué coño de mundo vives? ¿Pero es que no te das cuenta de la gravedad de la situación? Berta ha sido asesinada. Berta, nuestra Berta.

—¡¡Tu Berta!! —la escuchó gritar con rabia desde el dormitorio.

Después, el silencio. Tumbada boca abajo en la cama, Elisa ahogaba sus sollozos en la almohada. Joaquín, mientras, tirado en el sofá, miraba hacia arriba y se distraía con las pequeñas humedades que asomaban por las esquinas del techo.

Fuera, la tarde se despedía de Villena, donde no se hablaba de otra cosa que del asesinato de «la abogada de Los Chalés». Algunos curiosos habían subido hasta la entrada de la urbanización, donde, para su regocijo, se apostaba un coche patrulla de vigilancia.

El espectáculo no había hecho más que empezar.

34

Ni los chillidos de los niños que salían de casa con la mochila colgando para ir a clase ni el sonido de un motor lejano ni, como sucedía cada fin de semana, la voz cantarina del afilador prometiendo devolverle la juventud a cuchillos, tijeras y navajas; nada enturbiaba la placidez de aquella mañana de domingo en Los Chalés de Villena. Cuando Elisa atravesó de puntillas el salón para no despertar a Joaquín, que seguía dormido en el sofá —ahora roncando y en posición fetal—, la sorprendió la paz que envolvía el entorno. Olía como huelen los finales de verano, a sol húmedo entrando en las casas y perfumando la madera del piso y de los muebles.

Un par de nubes algodonosas, inmaculadas, como pintadas por un ilustrador infantil, parecían esperarla sobre el tejado para acompañarla en su paseo. Se sintió bien. Había echado tanto de menos su casa, sus libros. Hasta había añorado el trabajo. Era hora de volver a la biografía de la señora Christie. ¿Y a…? ¿Debía volver a Joaquín ahora que Berta había desaparecido? Se volvió para contemplar el porche de su examiga, ahora también exvecina y, bueno, extodo. La sorprendió un arrebato de pena repentina. Suspiró. Todo era tan triste.

El ruido de un coche acercándose a la colonia interrumpió sus pensamientos. Había pedido un taxi para bajar a Madrid y parece que este se había adelantado. Efectivamente, ya estaba esperándola

cuando alcanzó la verja de salida. A la derecha de la garita, dos policías cabeceaban en el interior de su vehículo. Iban de incógnito, pero ella sabía reconocer a la legua a un agente de paisano.

Ellos también la identificaron con facilidad. Su conjunto de traje de falda y chaqueta negras, con la blusa a juego, aunque de estilo algo rancio, era más discreto que sus otros disfraces, pero el pelo la delataba. Nadie en este siglo llevaría un peinado así.

Elisa los saludó cortés al pasar a su lado y se subió al taxi.

—A Gran Vía, por favor.

—¿A qué número?

—A La Casa del Libro, gracias.

Con esa indicación no se necesitaba número. Todos dentro y fuera de Madrid y, cómo no, los taxistas, conocían la librería con más solera de la capital. En sus estantes se podían encontrar desde joyas descatalogadas de la literatura y el arte hasta la última y subversiva portada del manga más actual.

La traductora miró a través de la ventanilla trasera. Por supuesto, los policías los seguían. No esperaba menos y, por eso, a mitad de camino, volvió a girarse para saludarlos, primero con la mano derecha, luego con la izquierda.

—¿Los conoce usted?

—Podría decirse que sí. Visto uno, vistos todos —y apostilló—: Me refiero a los hombres.

El conductor se encogió de hombros y echó una mirada de reojo al retrovisor. Ella le sonreía e incluso lo saludó también levantando la mano con timidez impostada.

En la librería la recibieron, como siempre, con toda la simpatía de la que los dependientes eran capaces, teniendo en cuenta que era

festivo y allí estaban, con su mandil verde, catalogando, cobrando y colocando montañas y montañas de libros. Elisa era una de sus clientes favoritas, no solo por sus peculiares cambios de estilo, sino por su gran conocimiento de escritores, obras y tendencias. Todo le interesaba. De todo sabía y por eso, además de por su particular encanto, la atendían gustosos en todo lo que necesitara.

Entró en La Casa del Libro seguida de un hombre trajeado que no le quitaba ojo. Ella hacía lo propio con la sección de novela policiaca. Cogió un volumen del primer estante de la primera letra, la A, y luego un segundo y después un tercero. Así hasta que quedó sepultada bajo una torre de libros, con la que, sin apenas visión y tambaleándose, se dirigía hacia la caja.

Tip, tip, tip. Nueve noventa. Nueve noventa. Nueve noventa. El dependiente iba leyendo los títulos en voz alta mientras le cobraba. *El tren de las 4:50*, *Muerte en la Vicaría*, *Se anuncia un asesinato*. Tip. Nueve noventa. *Un cadáver en la biblioteca*.

—¿Quiere que se los enviemos a casa, señora Morán? —le preguntó el joven mientras seguía pasando por el lector los títulos escogidos.

—Pues ahora que lo dices… —dudó por un instante—. Pero no, este caballero tan amable me va a echar una mano. ¿Verdad que sí?

—Claro que sí —respondió irónico el agente—. Si quiere, la llevamos también a casa.

—Será un placer —aceptó ella, rápida.

Cuando salió de la tienda, él la seguía, anonadado y cargando la pila de libros de misterio.

35

En comisaría, un nutrido grupo de agentes, de paisano unos y uniformados otros, se concentraban alrededor de un gran tablón en el que, foto a foto, diagrama a diagrama y flecha a flecha, habían comenzado a esbozarse las primeras líneas de la investigación. Fernández Navarro llevaba la voz cantante. A su lado, aguardaba para intervenir su compañera de la científica.

En el ambiente, el aroma a café, a loción de afeitar y perfume se mezclaba con la sensación de letargo de cuerpos y mentes, aún laxos a aquella hora de la mañana de un lunes. Desde las últimas filas llegaban carraspeos y toses de los fumadores habituales.

—Berta Morales, soltera, treinta y cinco años. Vivía sola en la urbanización Los Chalés de Villena. Fue encontrada muerta el sábado a las nueve de la mañana dentro de una de las máquinas de una planta de reciclaje en Los Zarzales.

El inspector escudriñaba los rostros de sus hombres y mujeres mientras exponía las líneas generales del caso. Bajo la imagen de Berta, y a rotulador rojo, se leían las dos ocupaciones profesionales de la fallecida: profesora de la Facultad de Ciencias del Clima y abogada en el despacho Blanc i Oriol. Fernández Navarro prosiguió:

—Era profesora de Derecho del Medioambiente y se dedicaba a ese tipo de casos relacionados con la ecología en este prestigioso despacho de Madrid. Sin registros previos ni antecedentes penales, fue vista por última vez la tarde-noche del jueves 10 de septiembre

—el policía deslizó su dedo por el tablón desde la foto de la fallecida a la de Joaquín— en casa de su vecino, compañero de la facultad y amante, Joaquín Serrano.

En la primera fila se alzó una mano. Una de las agentes quería realizar una pregunta. Su jefe le indicó que aguardase. Tomó la palabra entonces la inspectora Robles.

—Joaquín Serrano. Sospechoso número uno. No tiene coartada para la hora en la que, de momento y hasta que tengamos los resultados de la autopsia, se cometió el crimen; calculamos que a eso de las nueve de la noche del viernes. Fue suya la llamada que nos permitió identificar a la fallecida. Hablaron por última vez a través de un mensaje de WhatsApp en el que Berta le decía, siempre suponiendo que fuera ella quien lo escribió, que tenía que hacer unas gestiones y que no la esperase para ir juntos a la facultad. Después, él la llamó sin éxito hasta quince veces, según el registro de llamadas perdidas.

La notificación de un mensaje en el móvil de la científica interrumpió su exposición. En él se le indicaba que, tras el interrogatorio, Joaquín se había refugiado en su casa, de donde no había salido hasta la tarde del domingo, cuando, según distintos testigos, había visitado varios pisos en Madrid.

—Bien —continuó—. Aunque no tiene antecedentes de ninguna clase, el señor Serrano es conocido ya en esta comisaría, como sabéis quienes habéis llevado el caso de la desaparición de su esposa, Elisa Morán.

Robles señaló con la mano izquierda la fotografía de Elisa pegada en el tablón. Sin disfraz, con el pelo suelto y sonriendo, también con

la mirada, en su imagen del Documento Nacional de Identidad, la sospechosa número dos parecía de todo menos una asesina.

—Fue él —prosiguió— quien denunció su desaparición y quien identificó su coche en el Pantano del Alcázar. Tampoco tiene coartada para la noche de autos.

La inspectora hizo un gesto a su compañero para que retomara el discurso. Fernández Navarro realizó entonces un recordatorio, en líneas generales, de los detalles de la extraña desaparición de la traductora y de cómo, según sus conclusiones, ella misma se había dejado encontrar la mañana de la aparición del cadáver.

—Creo —y concluyó, dándose toquecitos en la sien con el dedo— que la señora Morán no está tan loca como dan a entender sus *performances.* Es más, parece tenerlo todo calculado y controlado.

Se giró hacia la concurrencia, posando su mirada en la agente que había tratado de preguntar al principio.

—Ahora sí, adelante.

—¿Se sabe qué relación tenía la fallecida con el lugar en el que la encontraron? No es un escenario habitual.

El policía asintió.

—Es por ahí por donde vamos a empezar. Gómez —se dirigió a un agente de piel aceituna sentado a su derecha—, documentación de la planta y todo lo relativo a su actividad. Vuelve sobre el trabajador que encontró el cadáver. Investígale. A él y al resto de la plantilla.

Miró a su compañera. Esta retomó el hilo, dirigiéndose a dos policías sentadas en la esquina derecha de la última fila.

—Inspección ya en la vivienda de la víctima. Yo me ocupo de la facultad, compañeros, relaciones de jerarquía, etcétera.

—Yo la acompaño. —Fernández Navarro se sumó a esta línea de investigación—. Hablad con la Guardia Civil de Sigüenza, a ver si nos pueden echar una mano con el hotel donde Elisa Morán estuvo alojada: entradas, salidas, llamadas telefónicas, visitas al pueblo… todo.

Ambos inspectores repartieron, finalmente, el resto del trabajo. Había que pedir registros bancarios de Berta Morales, hablar con los de tecnológica para investigar su móvil y, por supuesto, preguntar a los vecinos de la víctima y de los sospechosos. La «Operación Momia» acababa de comenzar.

36

—Vamos a empezar sin él. Imagino que estará al caer.

La voz del decano sonó a impaciencia, pero también a hastío y enojo. Sí, desde luego, el curso acababa de comenzar y no podía estar ya más cansado de Joaquín Serrano. Todo lo que rodeaba al titular de la cátedra de Edafología, tanto actitudes como circunstancias, era extraño. Cuando menos, poco profesional.

A petición de la coordinadora de estudios, había citado a los profesores de primero junto a varios técnicos ajenos al centro para reorganizar un seminario sobre el efecto de la sequía en la población autóctona de aves de la península ibérica. Aunque estaba previsto para el mes de noviembre, la inminente salida al mercado de su nuevo libro lo obligaba a posponer la actividad hasta diciembre.

Estaba a punto de preguntar la disponibilidad de los asistentes en los días previos a la Navidad, cuando se dio cuenta de que también faltaba Berta. Recordó al instante que Joaquín y Berta bajaban juntos en coche hasta el campus. Pensó en el tráfico de las salidas y entradas a la capital, incluso a aquella hora de la mañana, y se tranquilizó. Les daría algunos minutos más de cortesía.

Pidió entonces a su secretaria que encargase al Torreón unas botellas de agua, zumos, cafés y unas pastas. Nunca consumía en la cafetería de la facultad, por no verse asaltado por hordas de estudiantes con reclamaciones y preguntas y, también, como solía decir en *petit comité*, porque al frente de aquella cocina solo podía

encontrarse un batallón de monos rabiosos con delantal y espumadera en alto.

Anunció al resto de asistentes que esperarían la llegada del desayuno y que, si para entonces no estaban todos, comenzarían de igual manera.

Óscar se había levantado ya de la silla cuando en el umbral de la puerta apareció Joaquín. Parecía venir de otro mundo. Con la mirada perdida, los ojos hinchados y sin afeitar —algo insólito en él—, se quedó mirando al grupo durante unos segundos hasta que por fin lo soltó:

—Han matado a Berta.

En ese momento, y sin que nadie tuviese tiempo de reaccionar, dos figuras aparecieron tras él. Los inspectores Fernández Navarro y Robles se habían cruzado en el pasillo con Nuria, que, al ser preguntada por el paradero del decano, les había señalado la puerta roja del fondo. La secretaria había tratado sin éxito de adelantarlos para anunciar su llegada y hacía cola ahora en el umbral de la puerta.

La confusión rompió el silencio y pronto se alzó en la sala un murmullo colectivo. La inspectora Robles se adelantó y agarró a Joaquín, que parecía a punto de desvanecerse. Fernández Navarro se acercó entonces al decano, con quien cruzó en privado unas palabras. Momentos después fue el propio Enrique de Olmedo quien se dirigió a sus profesores y a los técnicos invitados.

—Ha ocurrido una tragedia. Lamento informaros de que… —comenzó, y luego bajó la cabeza para confirmar lo anunciado por Joaquín—: Berta, nuestra compañera, ha sido encontrada muerta.

El chillido ahogado de Isabel Sanjurjo se alzó entre los sonidos de la sorpresa y el estupor. Los inspectores aguardaron entonces a que se hiciera el silencio para intervenir.

—Tengo entendido que algunos de los aquí presentes apenas habían cruzado un par de palabras con la señora Morales —comenzó hablando Susana Robles—. En ese caso, les rogaría que abandonen la sala. Cuento con su discreción hasta que sea el propio decano quien haga pública la noticia al cuerpo docente y, sobre todo, al alumnado. Los primeros pasos de la investigación han de ser meticulosos y tranquilos. Muy tranquilos.

—Pero —se escuchó decir a la Ferrari desde la otra punta de la mesa— ¿qué tiene que ver la facultad con lo que ha pasado?

—De momento, nada —se adelantó así la inspectora a posibles nuevas preguntas en este sentido—. Estamos aquí para descartar esa posibilidad. Y por eso necesitamos hablar con las personas más cercanas a la víctima aquí en el centro, y entiendo que esas son ustedes. ¿No es así? ¿Le importaría sentarse, por favor?

El decano hizo una seña a su secretaria para que se incorporase a la reunión. Pálida como una virgen doliente, Nuria seguía en la puerta. Parecía no atreverse a entrar. Se sentó junto a su jefe, dejando la cabecera de la reunión a los inspectores.

Ambos policías explicaron, a grandes rasgos, el macabro descubrimiento en la planta de reciclaje, guardándose, por supuesto, los detalles que pudieran ser susceptibles de señalar a alguno de los presentes. Sí, porque aunque las primeras pistas del caso conducían al triángulo amoroso Elisa-Joaquín-Berta, a esa hora no se descartaban otras vías.

—Les adelantamos que les tomaremos declaración individualmente. —La mirada del inspector recorrió la de los presentes.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la escena. Nuria se levantó diligente para ver de quién se trataba y enseguida dejó paso a una bandeja repleta de vasos, tazas y bollos, a la que seguía el brazo de un camarero del Torreón. En ese momento, Joaquín se levantó con una energía inesperada y se dirigió hacia el lugar que Óscar Andrade ocupaba en la mesa, derribando sin querer al joven, a punto de servir zumos y cafés. Sin reparar en el estropicio, Joaquín agarró a su compañero por el cuello y, antes de que nadie pudiera detenerle, hizo un amago de estrangulamiento mientras gritaba:

—Ha sido él. Este puto violador ha matado a Berta.

El alboroto que siguió a la agresión coincidió con el cambio de clases. Hasta las aulas abiertas y los pasillos, donde algunos estudiantes se despejaban entre materia y materia, llegaban los gritos y el ruido de sillas y de vasos estrellándose por el suelo.

La noticia de la muerte de Berta saltó así de clase en clase y despacho en despacho, bajó y subió por los ascensores y recorrió los jardines del campus. Unas horas después se hacía eco de ella *El Verde*, el periódico de la facultad, y después la radio local. *Sierra de Gredos* contó con pelos y señales la aparición de un cadáver en una planta de reciclaje de Los Zarzales. Aunque a falta de confirmación oficial el locutor no se atrevió a dar el nombre de la víctima, sí se avanzó una posible relación con la Facultad de Ciencias del Clima, el centro que lidera —apostilló la voz—, el prestigioso Enrique de Olmedo, profesor, conferenciante, escritor, y líder del ecologismo madrileño.

37

La mujer se cubrió la cara con ambas manos. Cuando el forense levantó la sábana que cubría el cadáver de su hija, el frío metálico de la habitación le perforó la piel hasta llegar a los vasos sanguíneos y fue invadiendo después cada uno de los órganos de su cuerpo.

Mercedes había recorrido más de mil kilómetros desde Berlín, donde residía, agarrada a la esperanza de que la Policía se equivocase, aferrada a la idea de que no fuese su hija la persona que le habían pedido identificar. Ahora, ante el cuerpo sin vida de Berta, los ojos cerrados y el pelo negro, como el de Medusa, esparcido sobre la mesa de necropsias, deseó ser ella la muerta.

Javier Fernández Navarro, a su lado, trataba de transmitirle un soplo de aliento.

—Sí, es ella —se la oyó susurrar.

Al otro lado del cristal, Susana Robles esperaba el final del reconocimiento. Ante el gesto afirmativo de su compañero, volvió a cubrir el rostro de la fallecida.

Una vez solos, los inspectores se reunieron con el patólogo para la exposición de los resultados de la autopsia. Esta confirmó que la víctima había sido asesinada mediante un golpe en la nuca.

—Rotura de la C1 y la C2, y daño fatal en la médula.

El doctor Asensio, como podía leerse en la tarjeta que colgaba del bolsillo superior de su bata, apoyaba sus palabras en las imágenes del negatoscopio. Sobre la luz del aparato, la radiografía no dejaba

lugar a dudas: ambas vértebras habían sido desplazadas. El movimiento, originado por un impacto trasero, había producido en ellas una fractura y la acumulación de pequeños restos óseos.

—Un solo golpe, pero fatídico —Asensio continuó su exposición mientras se acercaba a la mesa.

—¿Se confirma la hora?

—Pudo suceder entre las nueve y las doce horas antes del hallazgo.

La inspectora calculó que el crimen se cometió entre las nueve y las doce de la noche del viernes.

El forense levantó la sábana con su mano derecha mientras con la izquierda adelantaba una de las luces de la mesa hasta el cuello del cadáver. El rostro durmiente de Berta se dejó ver de nuevo.

—La coloración del tejido blando —señaló con un dedo un gran hematoma virado a azul en la zona cervical— nos permite confirmar este dato. También las petequias en cuello, hombros y espalda.

—¿Qué nos puedes decir de la contundencia del impacto?

Asensio movió la cabeza y los hombros a la par en señal de duda.

—El golpe es limpio. No hizo falta más. Según como se vea, es la típica mala suerte para la víctima y la gran suerte para el agresor. La contusión no obedece tanto a la fuerza como a la técnica. Dio donde había que dar.

—¿Alguna otra lesión?

—No, un pequeño hematoma —acercó ahora la luz hacia la parte derecha de la cabeza— que concuerda con una caída hacia delante posterior al impacto trasero.

—¿Signos de agresión sexual?

Era Robles quien preguntaba. El protocolo establecía que, en caso de violación, fuera una agente de la científica quien examinara a la víctima y se encargara de trasladar lo sucedido, siempre con su consentimiento, a los allegados. Lo mismo ocurría si la agresión había terminado en deceso. La inspectora odiaba estos casos. Era como rematar a los familiares, aún noqueados por haber perdido a un ser querido.

Para su alivio, Asensio descartó esta posibilidad, además de confirmar que Berta no había tenido relaciones sexuales en las últimas veinticuatro horas antes del crimen.

—¿Algo más?

Fernández Navarro conocía bien al forense y sabía cómo le gustaban los giros inesperados. Le encantaba guardarse algo de información relevante para el final.

—Sí. —El patólogo amagó una mueca de sonrisa—. El cabello y parte de la ropa tenían restos de barro.

—¿Alguien la arrastró?

—En efecto. Desde donde recibió el golpe hasta donde fue encontrada.

38

El morro de la berlina negra atravesó el gran portón de entrada y enfiló cuesta abajo en dirección a la parcela 139B, lugar en el que el cuerpo de Berta se disponía a descansar durante toda la eternidad. Así rezaba, precisamente, la esquela encargada al periódico abc por doña Mercedes: «Berta Morales Carrión/Descansa en paz para toda la eternidad/Tu familia y amigos no te olvidan».

Una pequeña representación de unos y de otros, así como de compañeros de la facultad y del despacho, esperaban alrededor de la tumba vacía al coche fúnebre, que, lento, solemne, parecía mostrar sus respetos a los insignes huéspedes del camposanto. Próceres del franquismo, aristócratas ilustres y ministros de la democracia compartirían la tierra, por deseo de Mercedes Carrión, con la anónima abogada. En lo más profundo de esa tumba la aguardaba su padre, diplomático y amante del Monte de El Pardo, que, al ser diagnosticado de una dolencia mortal, había comprado «el terrenito» en esos campos por los que le encantaba pasear.

La madre de Berta le había contado la anécdota a todo aquel que había tratado de consolarla en ese tiempo previo al entierro. Muy pocos de los allí congregados la conocían, apenas media docena de personas entre las que se encontraban Lluís Oriol, socio principal del despacho, el decano De Olmedo y Joaquín.

En los tiempos de amistad entre Elisa y Berta era habitual recibir las visitas de la señora Carrión en Navidad y algunas veces también

en el verano. Sin embargo, a pesar de tratarla desde niña, la traductora no había hecho acto de presencia. Sí estaban Nuria, Isabel Sanjurjo y hasta el mismísimo Óscar, a quien Joaquín regalaba furiosas miradas de reojo de vez en cuando.

Cubiertos ambos con una gabardina negra, los agentes Fernández Navarro y Robles habían acudido también a mostrar sus respetos y lo hacían discretamente, alejados del grupo, junto a un panteón cercano.

Cuando el coche fúnebre aparcó frente a la tumba, se escucharon los primeros sollozos. Después, las cuerdas rodeando al féretro y sosteniéndolo en su descenso anunciaron el fin del fin. De Olmedo pasó un brazo por el hombro de Mercedes, y Nuria y la Ferrari se abrazaron inesperadamente.

El ataúd tocó tierra en mitad de un denso silencio solo quebrado por la voz del sacerdote: «*pulvis es et in pulverem reverteris*».

Los policías observaban la escena, tomando nota de gestos, actitudes y miradas. Los ojos de Joaquín no se elevaban del suelo y sus piernas parecían flaquear. Portaba el primer puñado de la tierra que acompañaría por los siglos de los siglos a Berta, y se disponía a arrojarlo al fondo cuando un enorme estornudo sorprendió a los presentes.

Todos se giraron hacia la valla del cementerio, de donde parecía proceder, pero el constipado o alérgico no estaba por ninguna parte. Robles y Fernández Navarro se dirigieron hacia allí. Tras el mausoleo de una ilustre familia madrileña se hallaba de espaldas, haciendo no se sabía qué, una mujer mayor. Vestía una larga falda de flores que le sobresalía de un abrigo de paño marrón a juego con un gorro de fieltro. Lo primero que llamó la atención de los inspectores fue su

aspecto de señora antigua, de otro tiempo, por no decir de otro siglo. Al escuchar sus pasos sobre la gravilla, la desconocida giró levemente la cabeza y, nada más identificar a los agentes, comenzó a caminar de forma rápida hacia la salida. En la mano llevaba un pequeño ramo de crisantemos en verde y crema.

39

—Eso es una patada celestial —susurró Fernández Navarro al oído de la inspectora Robles.

Ambos miraban, agachados, a través de una ventana semiabierta, las imágenes que se reproducían en una gran pantalla en el salón de un sótano. Un gigantón rubio en pijama rojo giraba una y otra vez sobre su cintura, levantando la pierna a la altura del rostro de su contrincante; un japonés de ojos rasgados como el canto de una hoja, dientes cuadrados y rabiosamente blancos y que cubría su frente con una cinta deportiva. Un fondo de música electrónica amenizaba los huecos sonoros entre puñetazos y patadas.

—No me digas.

Robles, divertida, miraba de reojo a su compañero, que parecía disfrutar e incluso encajar alguno de aquellos golpes que en el videojuego se acompañaban de explosiones, bams, auchs, booms y otros sonidos ininteligibles.

—Vamos —se levantó él.

Atravesaron el portal abierto y bajaron un pequeño tramo de escaleras. Bajo A. Era allí. Tras llamar al timbre varias veces sin éxito, aguardaron al final de la partida. Un timbrazo más y la puerta se abrió.

Allí, en camiseta blanca de tirantes, bermudas y sin su gorra característica, estaba Óscar Andrade. El profesor, que lucía una

prominente calvicie, se sorprendió notablemente al ver a los policías en el rellano de su casa.

—Buenas tardes, señor Andrade. Estamos investigando la muerte de Berta Morales y nos gustaría hacerle unas preguntas.

Andrade dudó unos instantes, hasta que, haciendo un gesto con el brazo hacia el interior de la vivienda, les permitió el paso.

Aquello era, desde luego, un piso de soltero, pero —pensó Susana Robles—, más aún el piso de soltero de alguien que recién superaba la adolescencia. El salón lucía tan escaso de muebles como su inquilino de pelo. Un sofá al que todavía no se había retirado el plástico de la tienda, y una gran pantalla rodeada de cables y mandos multibotón y multicolor eran los únicos habitantes de la estancia. A su lado, también en el suelo, se fijó la inspectora, se apilaban cuatro botellines vacíos. Los cascos de cerveza podían suponer dos cosas, dedujo la policía: o que llevaran allí tirados varios días —lo que delataba vaguería e indolencia, algo que ella detestaba —, o que el sospechoso se los hubiese tomado esa misma mañana, antes o después del entierro. La facultad estaba cerrada por luto y Berta casi de cuerpo presente. No eran ni el día ni la hora para celebraciones.

—¿Lleva poco tiempo viviendo aquí? —Javier Fernández Navarro hizo la primera pregunta mientras realizaba una panorámica visual al resto de la casa. Desde su pieza central, en la que se encontraban, se accedía al resto de habitaciones, igualmente semivacías.

—Sí, apenas unas semanas —le respondió Óscar en un tono pretendidamente neutro, pero que denotaba inquietud y molestia ante el aire inquisitivo con el que se había iniciado la conversación.

—Porque usted no vivía antes en Madrid, ¿no es así?

—¿Antes de cuándo?

—Antes de comenzar el curso —respondió Fernández Navarro—. O eso es lo que nos ha dicho el decano.

—Sí, me vine cuando gané la plaza.

—Microbiología, ¿no? Lo de los virus —preguntó Robles mientras se dejaba caer sobre el ruidoso y arrugado plástico del sofá.

Desde su posición podía ver otro cuarto en el que se almacenaban cajas de cartón, en apariencia sin desembalar y que hacían las veces de improvisada mesa. Sobre ella, un microscopio, cuadernos y botes de diferentes tamaños.

—¿Hay algún problema? —respondió el dueño de la casa, ahora ya sin disimular su nerviosismo.

—Bueno, queríamos, lo primero, presentarle nuestras condolencias por la muerte de Berta. Porque ustedes ya se conocían, ¿verdad?

Fernández Navarro ocupó un sitio al lado de su compañera mientras introducía el espinoso asunto. Atacó de nuevo sin darle tiempo a Óscar a responder.

—¿Qué sucedió entre ustedes para que su compañero, Joaquín, le agrediera el otro día? Creo recordar que también lo llamó violador.

El profesor, de pie frente a ambos policías acomodados en el sofá, parecía un candidato ante el jurado de un *reality show*.

—¿Me están ustedes acusando de algo?

—No, en principio.

El rostro de la inspectora no dejaba lugar a dudas. La cosa iba en serio, así que Óscar comenzó a hablar. Habló y les contó lo sucedido hacía ya varias décadas, cuando Berta y él eran jóvenes. Que se habían hecho novios y que, como era natural, y a pesar de su juventud, habían tenido relaciones sexuales en un parque, pero que

ahora, con la moda esta del feminismo y el «no es no», ella había revisado lo ocurrido llegando a conclusiones erróneas. Él jamás forzaría a una mujer. Y para rematar su relato, confesó.

—¿Creen ustedes que si fuera un violador o algo parecido tendría una relación ahora con una compañera de Berta? Me refiero a Nuria —aclaró ante el silencio de sus interlocutores.

Ni Robles ni Fernández Navarro parecieron inmutarse a pesar de ser la primera vez que tenían noticia de aquello.

—¿Desde cuándo son ustedes pareja?

—Hace unos meses nos conocimos a través de Internet, y con la suerte del traslado…

Andrade dejó la frase en suspenso, como si estuviera a punto de continuar, pero no lo hizo. De pronto, fijó su mirada en la ventana entreabierta. Alguien, no supo distinguir si hombre o mujer, parecía husmear desde la calle. El rostro se retiró de inmediato al ser sorprendido. Fue un movimiento rápido, seguido de los pasos de una sombra que se alejaba ya por la acera.

—¿Dónde estaba usted el viernes 11 de septiembre entre las nueve y las doce de la noche?

40

Óscar Andrade no tenía coartada. Había pasado la tarde-noche del día del crimen jugando en casa al *Street Fighter* y se había acostado pronto.

—¿No te parece raro que, teniendo pareja, se pase uno un viernes por la noche enganchado a la consola?

—Sí, claro, pero es que él es raro.

Una llamada al móvil de Robles interrumpió la conversación que los agentes mantenían en el coche mientras se disponían a abandonar el barrio de Ciudad Lineal. La inspectora puso el manos libres. Desde comisaría informaban de que había sido imposible extraer información dactilar alguna, ni de la puerta de entrada a la nave de Los Zarzales ni del autoclave donde habían encontrado a Berta. Todo rastro de huellas había sido borrado, según el informe pericial dactiloscópico. Y se había hecho de manera profesional: empleando alcohol isopropílico.

—¿Algo más? ¿Alguna novedad sobre pisadas en el camino o huellas de neumáticos?

—No todavía —se escuchó decir al otro lado de la línea telefónica.

—Perfecto —respondió Robles, poniendo fin a la conversación y abrochándose el cinturón de seguridad.

El siguiente destino era la vivienda de la víctima, donde varios agentes de su equipo trabajaban desde hacía varias horas. Después preguntarían a los vecinos y, por supuesto, visitarían al matrimonio

Elisa-Joaquín. El trabajo se amontonaba para aquella pareja de agentes de la ley, que, por otra parte, parecía compenetrarse a la perfección, tanto en lo profesional como en lo personal.

En apenas sesenta minutos, y mientras pensaban y se relajaban escuchando a Coldplay, se plantaron en Villena, donde les esperaba una sorpresa poco agradable: la entrada a la casa de Berta estaba literalmente tomada por reporteros de diferentes cadenas de televisión y otros medios en busca de una imagen, un testimonio o algún despojo de vísceras que entregarles a sus jefes.

Con la placa en alto y tratando de mantener una actitud positiva entre canutazo y canutazo, se abrieron camino entre los plumillas.

La vivienda de Berta Morales estaba impecable, ordenada y limpia. Nada parecía fuera de su sitio y, por la decoración minimalista y los colores entre crema y beige de las paredes, parecía claro que aquel era el hogar de alguien metódico, amante del orden y los entornos serenos. La cama estaba hecha y sobre el fregadero reposaban, limpios y boca abajo, una taza y un plato de desayuno, lo que indicaba, en apariencia, que Berta había pasado la noche del jueves 10 de septiembre sola y que había salido de su vivienda el viernes 11 por la mañana con toda normalidad, sin prisas y con tiempo de dejarlo todo recogido. Eso eliminaba de la ecuación la presencia de un extraño que la hubiera sacado de allí bajo coacción o por la fuerza.

—Bueno, las tías sois capaces de poneros a recoger aunque alguien os esté apuntando con una pistola. Por si vienen visitas después, más que nada.

El chascarrillo procedía del fondo del dormitorio, donde varios agentes de la científica se esmeraban sobre la alfombra y las

superficies. Robles los ignoró y se dirigió al porche de la primera planta.

Sentada en una mecedora y cubierta con una rebeca y con gruesas gafas de sol, la madre de Berta esperaba a que terminara el registro.

Había comentado a los agentes su intención de quedarse en la casa un tiempo, hasta que la pudiera alquilar o vender. Luego volvería a Berlín. Nada, les dijo, la retenía ya en España.

La cuestión se decidiría, le explicó Susana, cuando finalizase el examen pericial y siempre con la autorización del juez.

Hablaban del tema cuando la policía se fijó en el porche de Elisa. Una mujer parecía vigilarlos desde el chalé una manzana más abajo. Agarrándose a la valla, y sin decir una sola palabra a Mercedes Carrión, la inspectora le devolvió la mirada, y así se mantuvo hasta que la desconocida, sin intimidarse, la saludó levantando la mano. Robles la reconoció, a pesar del abrigo demodé o, sobre todo por eso.

Era ella, la traductora.

41

—Adelante, están ustedes en su casa.

Minutos después, y muy sonriente, Elisa abría la puerta a los inspectores. Ambos atravesaron el pasillo de entrada hasta el salón, seguidos de aquella señora que ahora a Fernández Navarro le parecía diferente, y no solo por lucir un peinado distinto a la representación de Agatha Christie a la que ya se había acostumbrado. Tenía que reconocerlo, lo de Elisa Morán era pura comedia, y por menos otros compañeros la habrían detenido, aunque solo fuese para darle un pequeño susto y reconducir aquellas teatralidades hacia la normalidad. ¿Con qué excusa? Pues era bien fácil: resistencia a la autoridad y obstrucción a la investigación. Pero él no consideraba que hubiera que llegar, de momento, a tales extremos.

—Siéntense, por favor. Voy a prepararles un té.

El inspector escudriñó la estancia. Aquel no era, desde luego, el despacho de la Christie. Tapetes y pañitos de croché cubrían mesas, mesitas, los brazos del sofá y las butacas. Pequeños cuadros de estuco, con representaciones bucólicas de molinos, puentes y ríos, adornaban la pared. Sobre el sofá, una cesta de mimbre con agujas de tejer y ovillos de lana de todos los colores y grosores.

Sí, allí vivía una señora mayor aficionada a tricotar. Lo que no tenía claro aún el inspector era su identidad. Nada de aquello le sonó a la gran escritora de misterio, a la que no imaginaba

cubriendo los muebles de sus varias casas y mansiones con aquellas abominaciones de ganchillo.

Robles, a su lado y en silencio, no daba crédito a lo que veía.

Largos minutos después, Elisa regresó con un juego de té estilo Tudor y varias cajas de *cookies* sobre una bandeja amarfilada. Lo dispuso todo de forma coqueta en la mesita auxiliar y se sentó frente a los policías exhibiendo la mejor de sus sonrisas.

—Elisa o Agatha, ¿cómo debo llamarla ahora?

Fernández Navarro mostró una sonrisa de complicidad.

—Llámeme Jane, o Juana, si no se le dan bien los idiomas.

—¿Jane, qué? ¿Jane Fonda, Jane Eyre?

La traductora ni se inmutó ante la broma del inspector.

—Jane Marple, si no le importa.

—¿Miss Marple? ¿La de la serie esa que ve mi madre después de comer?

—Bueno, si lo quiere decir así. Soy la primera mujer detective de la literatura, nacida de la gran pluma de Agatha Christie —respondió Elisa mientras hacía sitio en la mesa, retirando un jarrón con flores verdes y blancas.

Las pupilas de Fernández Navarro se dilataron en un intento de captar esa realidad bizarra. Robles se tapaba la boca con una mano mientras se sujetaba el codo con la otra. Ni él ni ella se habían visto en otra igual. Nada, ni los crímenes ni los asesinos más insospechados les habían parecido nunca tan inauditos como aquello. Esa mujer y sus disfraces sobrepasaban los límites de lo normal. También de lo anormal.

—Es usted todo un camaleón, señora Morán. —El inspector sonreía de nuevo—. ¿Y a qué debemos este nuevo personaje?

—Estoy aquí para resolver asesinatos, ¿no es eso lo que le ha sucedido a Berta? ¿No ha sido, acaso, asesinada?

—Escuche, señora Morán…

Susana Robles estaba a punto de pedirle a la traductora que terminara con aquella farsa cuando la interrumpió su compañero.

—¿Ha acabado ya de traducir las memorias de la escritora?

—Nooo, ¿cómo podría, con tanto jaleo? Me encuentro justo en el momento en el que surjo de la imaginación de ac.

Fue ahora el policía quien se llevó las manos a la boca.

—Bueno, Elisa —dijo él asiendo la taza de té y acercándosela a los labios—, nos va a permitir que interrumpamos su actuación durante unos minutos. Tenemos que hacerle unas preguntas sobre la muerte de Berta.

—¿Se refiere a la finada?

—Señora Morán, por favor…

El tono de Susana Robles era más que cortante. Ni tenía la paciencia de su compañero ni le gustaba que este le permitiera semejantes pantomimas.

—Sí, nos referimos a la finada —tomó las riendas ahora la policía —. ¿Dónde estaba usted el viernes 11 de septiembre entre las ocho de la tarde y la una de la mañana?

—Su compañero ya lo sabe. Estaba en Guadalajara, en un hotelito encantador en Imón. Las Salinas se llama, por si quieren ir juntos alguna vez. Muy muy recomendable.

Robles se llevó a la boca una galleta para evitar responder a aquella señora que cada vez le parecía más insolente.

—¿Lo puede corroborar alguien?

—¿No estuvo usted hablando con el dueño, inspector?

—¿Alguien la vio durante las horas que le comento?

—No lo creo. Pedí la cena en mi habitación.

—¿Y el camarero?

—No llegamos a vernos. Me dejó la bandeja en la puerta, tal y como solicité.

—¿Por qué no bajó al comedor, como hubiera sido más normal?

—Estaba trabajando en las memorias de Agatha Christie. ¿A qué cree que me he dedicado durante todo el tiempo que estuve allí alojada?

—De acuerdo. Le voy a pedir, sintiéndolo mucho, que no abandone el país. Tendrá más noticias nuestras. —Terminó la conversación Fernández Navarro, levantándose del sofá.

—Ah, ¿pero no van ustedes a terminarse el té? De ninguna manera —les espetó Elisa, adoptando un aire maternal—, que el día es muy largo y tienen ustedes mucho trabajo por delante.

Dicho y hecho. La señorita Marple se levantó y, cogiéndose su sayón de flores con una mano, procedió a servirles otra humeante taza de té. La inspectora Robles masticaba con fruición y sin disimulo. Cualquier cosa con tal de contener sus ganas de levantarse y ponerle las esposas a la señora. O señorita. O lo que fuera.

42

—¿Sintiéndolo mucho? «Le voy a pedir, sintiéndolo mucho, que no abandone el país». —Robles reprochaba así a su colega, repitiendo sus palabras, la permisividad con la que trataba a Elisa, que, al fin y al cabo, le recordó, era sospechosa—. ¿Pero qué te pasa con esa mujer? Es absolutamente intolerable la chorrada esa de los personajes.

—No puedo evitarlo, me cae bien —le contestó él mientras abría la puerta del coche.

El grupo de reporteros se giró hacia ellos como una bandada de estorninos en invierno.

—¿Sabes que eso que estás diciendo es lo menos profesional que he oído desde hace tiempo?

—No ha sido ella. Simplemente lo sé.

El amasijo de cámaras, cables y micrófonos echó a andar hacia ellos.

—No hacer caso a esos «lo sé» es de primero de escuela de policía, Javier —le llamó por su nombre por primera vez.

—¿Te apetece comer en el bar de al lado de la facultad, Susana?

Él le devolvió la confianza, poniendo toda la intención al final de la frase y sin quitar ojo a la nutrida representación del periodismo de sucesos que se les acercaba. Cuando, ambos a la par, cerraron las puertas del coche, las capuchas de varios micrófonos golpeaban sin piedad las ventanillas.

Comer al lado de la facultad significaba comer en el Torreón. Allí, sola, en una mesita cerca de la puerta, se encontraba Nuria. De espaldas a la barra, se distraía mirando a los transeúntes pasar por delante de la cristalera del bar. Era la postura ideal para que los detectives pudieran observarla durante un rato sin ser vistos. Pidieron dos refrescos y se acodaron en la barra. Enseguida se percataron de la actitud de encogimiento de la secretaria, que más que inclinarse sobre el plato, se agachaba, llevándose una y otra cucharada sopera a la boca. Cuando esperaba a que le retiraran el primer plato, vio en el cristal el reflejo de los policías que se acercaban a su mesa. Quieta, sin mover un músculo, aguardó a que llegaran hasta ella para simular un pequeño sobresalto.

—Me han asustado ustedes; no los esperaba.

Hizo ademán de levantarse, pero el inspector la interrumpió poniéndole una mano sobre el hombro.

—No, no, no se preocupe, no se levante. Si le parece bien —añadió—, nos sentamos nosotros. Serán solo unos minutos.

La cara de Nuria Águeda estaba desencajada e incluso se podía percibir un pequeño temblor en su mano derecha, con la que retiraba el cubierto para hacer sitio en la mesa.

—¿Trabaja usted hoy? ¿No está cerrada la facultad?

—Sí, sí. Hasta el viernes no vuelven las clases —e hizo una pausa entrecerrando los ojos—. Por lo de Berta, ya saben.

—¿Y entonces? —Robles interrumpió el tono amistoso de la conversación.

—Con lo que ha pasado, el decano quiere retrasar algunas citas de su agenda. He venido a ayudarle.

—Claro, debe estar muy apenado.

—Todos lo estamos.

—¿Eran ustedes amigas? —retomó la inspectora.

Nuria dejó pasar unos segundos antes de contestar.

—Amigas no, compañeras.

—¿Se llevaban bien? —se introdujo de nuevo en la conversación Fernández Navarro.

—Sí, sí. —La secretaria dudó por un instante antes de continuar—. Lo normal.

—¿Sabe usted si tenía enemigos o algún problema con alguien en la facultad?

El camarero los interrumpió un momento para servir el segundo plato.

—Aquí están las albóndigas.

Nuria las miró con extrañeza, como si la comida no tuviera nada que ver con ella, como si estuviera presenciando una situación ajena. Se concentró de nuevo en las pequeñas pelotas rugosas flotando en la salsa, y el olor a carne picada le revolvió el estómago. El inspector iba a indicarle, de nuevo, que no se preocupase por ellos, que siguiese comiendo mientras charlaban, pero no fue necesario. Ella retiró el plato, apartándolo de su vista.

El camarero, muy atento, se acercó.

—¿No le gustan, señorita Águeda?

—No es eso, no se preocupe. No tengo apetito. Gracias.

—Le decíamos —continuó Robles— si tenía constancia de que Berta Morales tuviera problemas.

Nuria negó con la cabeza.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio?

Hizo memoria. Había sido el jueves pasado. La vio atravesar la galería de la primera planta con unas carpetas bajo el brazo, pero no habían vuelto a cruzar palabra desde que la oyera hablar de ella y de Óscar a través de la puerta de su despacho.

—¿Y el viernes? ¿No la vio en ningún momento?

—No. Es que el viernes no vine al trabajo —y recalcó—. Estaba enferma.

—¿Qué le pasaba? —El policía alzó la voz para hacerse oír entre el ruido del bar.

—No sabría decirle, tenía fiebre. Me encontraba mal.

—¿No fue al médico?

—No, me quedé en casa. Tomé ibuprofeno y se me pasó.

—¿Acudió alguien a visitarla durante el día o por la noche?

Nuria negó de nuevo con la cabeza.

—¿No es Óscar Andrade pareja suya?

La pregunta pareció clavársele como el aguijón de un insecto. Mirando fijamente a los ojos a la inspectora, devolvió la pregunta.

—¿Quién les ha dicho eso? ¿Ha sido él? —Y ante el silencio de sus interlocutores, prosiguió—. Tuvimos una relación a distancia, pero ahora no somos nada. Nada de nada.

Y recalcó la última frase como si en ello le fuera la vida.

43

«*To have enough*», «*to be fed up*», «*can't take it anymore*» o el sencillo «*to be exhausted*». Elisa dudaba entre las distintas expresiones con las que los angloparlantes expresan su hartazgo ante determinadas situaciones. Tras ver marcharse a los inspectores, había retomado la traducción de las memorias de Agatha Christie, que ahora compaginaba con la lectura de *Muerte en la Vicaría*, la primera novela de la autora protagonizada por la entrañable Jane Marple.

Como la buena señora, ella tampoco podía más con sus circunstancias; había tenido bastante y estaba más que agotada. Estaba harta de recrear en su mente la traición de Joaquín y cansada de protagonizar aventuras detectivescas. A esas alturas, no le quedaba más remedio que admitir que estaba yendo demasiado lejos con su método. Escenificar la desaparición de Agatha Christie, solo para poner en evidencia a Joaquín y, sí, para fastidiarle por lo de Berta, había consumido gran parte de su energía. También, como le había recordado la tal Robles, los recursos de los contribuyentes. ¿Usted se cree que la policía está para tirar el dinero contratando buzos para buscarla en el pantano? Eso le había dicho, pero, claro, cómo iba a entender aquella mujer que ella era como una actriz a la que costaba desprenderse del personaje cuando se apagaban los focos del rodaje. En fin.

Estaba sofocada. Los mediodías de septiembre eran aún calurosos. No tenía hambre y decidió darse una ducha.

Ya sentada sobre la banqueta de su tocador y observándose en el espejo ovalado, comenzó a retirarse las horquillas con las que aseguraba el peinado de su nuevo personaje. La melena rizada fue deslizándose desde la nuca a los hombros y desde ellos por el resto de la espalda hasta casi llegar a la cintura.

Se retiró el maquillaje, que le daba una apariencia envejecida y que ocultaba las marcadas ojeras. A pesar de lo que pudiera pensar Joaquín —y también, estaba segura, la policía— no estaba disfrutando ni con la ficción que le había tocado interpretar ni con la realidad que le había tocado vivir en las últimas semanas. No es que no le gustase el *cozy crime* —que le gustaba—, ni que no admirase a ac —a quien admiraba de veras, con su humor inteligente y su escritura ligera pero elegante—; tampoco se trataba de que no estuviera satisfecha con el fin de la relación entre Berta y Joaquín —que lo estaba—; el problema es que sentía que su sistema nervioso se acercaba al límite. ¿Por qué no podían encargarle a ella buscar el tiempo perdido de Proust? Se imaginó en su jardín de Combray, rodeada de ancianos pertenecientes a la frívola aristocracia, soñando con el amor, con el teatro y paladeando la famosa magdalena. ¿Por qué? Se preguntó mientras se aplicaba la loción hidratante, fresca, ligera y blanca, sobre el rostro.

Se sacó el sayón de flores por la cabeza. Se quitó las medias tupidas y se descalzó. De cualquier manera, se resignó, no era momento de abandonar, ni la traducción de las memorias de Agatha Christie ni el personaje de Jane Marple. Por mucho que le pesara, necesitaba a ambas para poder finalizar lo comenzado. No era

propio de ella dejar las cosas a medias. Así que se levantó y, aunque había pensado ser Elisa por unas horas, vestirse con su ropa y entregarse a sus propios pensamientos, se decidió a trabajar un rato más.

Se pondría una batita de estar por casa como la que hubiera llevado Jane, decidió mientras se dirigía al vestidor. Sin embargo, al abrir la puerta y ver vacío todo el lado derecho de la pequeña estancia, las circunstancias, como sucedía a veces con sus sombrereras, se le vinieron encima. Joaquín se había llevado toda su ropa. Aquello significaba una cosa: se había ido definitivamente de casa. Su separación, como la de Agatha Christie, había tardado en materializarse, pero ahora iba en serio.

44

Elisa abría la puerta de su vestidor y Joaquín, mientras, cerraba la ventana de la cocina de su nueva casa. Tras recorrer sin éxito durante varios días las poblaciones más cercanas a La Cañada, un cambio de estrategia marcado por el desorbitante precio del alquiler había conducido su búsqueda hacia barrios más alejados pero «con pulmón». Saconia, en el norte de Madrid, era uno de ellos. Y, tras llegar a un acuerdo relámpago con el propietario, allí estaba, sobrevolando desde un séptimo piso las copas de los pinos de la Dehesa de la Villa, una gran alfombra verde a la que los bloques de viviendas habían ido robando terreno de forma discreta, royéndoselo como hacen las termitas con las cómodas antiguas de las abuelas.

Desde allí podía coger primero la M-30, después la A-6 y plantarse en media hora en la facultad. Tenía cerca también la Ciudad Universitaria, y en ello pensaba mientras veía la pantalla de su móvil vibrar e iluminarse sobre la encimera. No iba a cogerlo. No tenía ni fuerzas ni interés en hablar con Elisa. Retiró el protector al envase de lasaña precocinada y se dispuso a estrenar el microondas. Después descansaría un rato y haría la llamada.

Aunque hacía tiempo que no se veían, bueno, en realidad mucho tiempo, Federico de Marcos era la persona indicada para ayudarlo a salir de dudas. Ambos se habían hecho amigos cuando eran estudiantes en Agrónomos y, debido a una extraña intuición, Joaquín

estaba seguro de que, a pesar de los años, su antiguo compañero seguía siendo un hombre serio y discreto.

Federico había sido, de hecho, la primera persona que le había venido a la cabeza esa mañana al cerrar la bolsa que contenía la muestra de tierra. Las clases seguían paradas, y había pensado en adelantar algo de trabajo y preparar la muestra de suelo que había recogido en la carretera de Los Zarzales, cuando fue detenido por la Guardia Civil. Necesitaba parar de pensar, ponerse la bata y concentrarse en la tarea. Pesar, moler, tamizar y secar las muestras le bajaba el cortisol y las catecolaminas tanto como a otros pelar, cortar, escalfar o emplatar. Todo estaba relacionado. Era pura química.

Sin embargo, no había podido realizar el análisis o, más bien, no había querido. Nada más retirar el precinto hermético de la bolsa se vio invadido por un extraño olor, más bien un hedor, que le bajó de la nariz a la garganta en segundos. Aguantando la respiración, introdujo los dedos para desmenuzar la tierra y enseguida percibió la suavidad de la ceniza mezclada con el barro, además de pequeños elementos que le parecieron algunos de plástico, otros de cristal. Aquello no parecía, desde luego, el sustrato típico de aquella parte de la sierra, en realidad de ninguna.

Recordó al guarda jurado sacándolo del terreno precintado y la intervención de la Guardia Civil, que, aunque muy raros, habían pasado sin pena ni gloria por su atención tras lo ocurrido con Berta. De Marcos trabajaba en un laboratorio especializado en análisis agrícolas y ganaderos, donde en pocos días darían respuesta a sus dudas.

Aparcó, de momento, el asunto, para echar otro vistazo al piso que acababa de alquilar. Siempre había pensado que la vida consistía en ir abandonando hogares, dejando atrás escenarios, pero nunca se imaginó que en uno de ellos estaría solo y sin proyecto de vida ni objetivos. Descorrió la cortina del dormitorio. La panadería de enfrente levantaba de nuevo el cierre tras el descanso del mediodía, y se percató de que el ruido de la verja metálica despertaba a un hombre que cabeceaba desde el interior de un coche aparcado en la puerta del local.

Era un policía, estaba seguro. Confirmó sus sospechas: lo vigilaban. Lo que no sabía es que, además, ocupaba el primer puesto en la lista de «personas de interés».

45

Cuando Robles y Fernández Navarro llegaron al despacho del decano, Nuria ya le había avisado de su inminente visita. Los inspectores se percataron enseguida de la actitud un tanto artificiosa de De Olmedo, la viva estampa de la corrección que requiere el luto.

Con corbata y chaqueta negras y gesto serio, parecía protegerse del mundo tras la mesa de su escritorio, en la que, al contrario de lo que solía suceder, todo ocupaba su lugar.

De la montañita habitual de papeles, siempre a punto del derrumbe, apenas sobresalía la esquina de un folio. Bolígrafos, plumas y subrayadores asomaban la cabeza desde el portalápices. En la bandeja organizadora, colocados por tamaño: el teléfono móvil, las llaves, los recambios del vapeador y el gel de manos. El zumbido de fondo del ordenador era el único detalle discordante de aquella estampa de escaparate.

De Olmedo les invitó a sentarse.

—¿En qué puedo ayudarlos?

—Como se imagina, hemos venido por Berta Morales.

—Claro, ya les dije el otro día: estoy a su disposición para lo que necesiten.

—De momento, solo queremos hacerle unas preguntas —le anunció Robles mientras cruzaba las piernas tratando de acomodarse.

—Díganme.

—¿Desde cuándo conocía a Berta Morales?

—Desde hace al menos seis años. Seis o siete años, tendría que mirarlo para decírselo con exactitud. Es el tiempo que llevo con el despacho de abogados en el que ella trabaja. Perdón, trabajaba. —Bajó la cabeza—. Es difícil acostumbrarse a una pérdida.

La inspectora ignoró el comentario y prosiguió.

—¿Era Berta quien le llevaba los asuntos?

—No todos. Ella se dedicaba al tema editorial, de protección de mi imagen en Internet, los derechos de mis obras… Y, luego, de los temas económicos se encargaba otro equipo.

—¿Y cómo llegó hasta el departamento de Medioambiente de la facultad?

—Yo mismo decidí su contratación. Me parecía el perfil idóneo. Muy capaz, muy buena comunicadora. Y buena gente. Buena gente —repitió apesadumbrado—. ¿Les molesta que fume? Bueno, es un decir.

Y, sin esperar respuesta, el decano se llevó el vapeador a la boca y comenzó a inhalar y a exhalar el aerosol, que desprendía un olor a fresa casi infantil.

La inspectora se tapó la nariz con disimulo.

—¿Cuánto tiempo llevaba Berta dando clases?

—Los tres últimos cursos.

—¿Sabía usted que tenía una relación con Joaquín Serrano?

—¿Están ustedes seguros de eso? Creo que solo eran buenos amigos.

—¿Y tampoco conocía la antigua relación de la fallecida con Óscar Andrade?

—Lo llamé tras el suceso de la sala de reuniones para preguntarle. Me gusta saber de primera mano lo que sucede, siempre que afecte al centro. Lo demás es cosa de cada uno. Pero sí, le pregunté por el lamentable incidente.

—¿Y? —le interrumpió Fernández Navarro.

—Me comentó que era mentira y que prefería aclarármelo en persona cuando se reiniciasen las clases.

Se escuchó la puerta de entrada al despacho y, segundos después, Nuria le recordaba por el intercomunicador la reunión que tenían prevista.

—Los voy a tener que dejar en breve. ¿Hay algo más en lo que pueda ayudarlos?

Sin atender a las exigencias de la agenda, los policías continuaron con su guion. Le preguntaron por posibles enemistades de Berta con alguna persona del profesorado o del alumnado, a lo que él contestó con un escueto «lo desconozco» y, por supuesto, le pidieron que ubicara su presencia en las horas críticas del día en que ocurrieron los hechos.

Enrique de Olmedo les contó que estuvo con su esposa en casa desde que saliera a las siete de la tarde del trabajo hasta las ocho y media, cuando ella se marchó para ir a la ópera. Se representaba *Otelo* en el Teatro Real. Su mujer volvió a eso de las once y pico, calculó. Él no se movió de casa. Estuvo trabajando, les informó, en ideas para los próximos seminarios.

46

—Tres horas me parecen suficientes para ir hasta Los Zarzales y volver. Un poco justo, pero podría ser.

Fernández Navarro esperó en silencio la respuesta de su compañera, que parecía realizar cálculos mentales. Ambos se dirigían hacia el aparcamiento de la facultad, semivacío por la suspensión de las clases.

—No sé qué decirte. La verdad es que no me imagino a este señor, en traje y repeinado, arrastrando un cadáver por una planta de reciclaje y metiéndolo en una máquina, para volver después a casa y comentar con su señora la función del Real —dijo Robles.

—Cosas verás que harán hablar a las piedras.

Ella le sonrió mientras se detenía al lado de la fila de vehículos aparcados bajo la techumbre. El cartel de «Reservado» anunciaba que eran plazas exclusivas para los administrativos del centro. Justo enfrente y debajo de otro letrero colgante que indicaba que solo podían aparcar los miembros del decanato se cobijaban dos coches: el de De Olmedo y el de su secretaria.

La inspectora anotó las matrículas. El del decano era, cómo no, un automóvil eléctrico de alta gama que parecía recién salido del concesionario. Fernández Navarro se inclinó para mirar dentro del bmw ix, reluciente, en gris plateado.

—¿Crees que se lo paga la universidad? —preguntó a su compañera.

—Ni idea.

Era ella quien se asomaba ahora al también limpísimo coche de Nuria, un modesto Dacia Logan marrón. Con las manos, haciendo embudo entre la cara y el cristal, logró comprobar que la asistente del decano era también una persona pulcra y ordenada. La parte trasera estaba vacía y tampoco había paquetes de clínex, fundas de gafas ni mantas de cuadros, residentes habituales de la tapicería, pero pudo fijarse en que del compartimento de la puerta del conductor sobresalían varios paquetes de guantes de plástico. Se giró para dar la vuelta al coche y mirar por la ventanilla cuando el silencio del *parking* fue interrumpido por un sonido intenso.

Fernández Navarro se dio la vuelta también tratando de detectar su procedencia, pero el aparcamiento seguía desierto. Se miraron unos segundos y él negó con la cabeza. Un gesto que a ambos les bastó para descartar cualquier indicio o peligro.

Ella reanudaba la inspección ocular en el interior del Dacia y él atendía a los pitidos de su móvil cuando un basurero municipal, con su uniforme verde con chaleco amarillo, irrumpió en la escena empujando ruidosamente una montaña de hojarasca, colillas y papeles. Las cerdas del escobón arañaban el suelo, reproduciendo, ahora en primer plano, el sonido que antes los había alarmado. Los inspectores intercambiaron de nuevo sus miradas y sonrieron, como burlándose de su anterior actitud de alerta.

—Los tiene de todos los colores.

—¿El qué?

—Los guantes —respondió Robles retirando las manos del cristal. Él volvió a consultar la pantalla del móvil.

—Es Gómez desde Los Zarzales. Tres coches bajaron el viernes del crimen por el camino embarrado hasta la entrada de la planta. Uno es el del operario que encontró el cadáver, está claro, otro es el del asesino. La incógnita está en el tercero.

—Pudieron ser dos asesinos.

—¿Y van en dos coches distintos? No sé. Lo lógico es que hubieran llegado juntos.

—Hay que confirmar que ningún otro trabajador o alguien de limpieza de la planta se acercara hasta allí ese mismo día —comentó ella mirando su propio móvil.

Eran las seis de la tarde y aún les faltaba interrogar al último miembro del círculo cercano de contactos de Berta en la facultad: la coordinadora de estudios.

Próximo destino, el barrio de Salamanca.

47

Cuarenta y cinco minutos más tarde, los inspectores se identificaban ante el portero de un edificio señorial en la calle Claudio Coello. De piedra blanca, líneas simétricas y con grandes ventanales esquineros, Fernández Navarro se pirraba por esa arquitectura de imitación parisina. El portal, en materiales nobles y columnas simples, era una muestra de poder adquisitivo, pero también de buen gusto. Nada que ver, pensaba el policía, con los ostentosos chalés con piscina y pista de tenis decorados al estilo americano, desde los que los nuevos ricos se exhibían en revistas y programas de televisión.

Isabel Sanjurjo, alias la Ferrari, vivía en un cuarto derecha al que se llegaba atravesando un vestíbulo alfombrado y adornado con cuadros y plantas. Susana Robles trataba de comprobar mediante el tacto si eran naturales —lo eran—, cuando su compañero llamó al timbre. Una joven con el pelo azul y un *piercing* en la nariz abrió la puerta, rauda y sorprendida. La seguía un infernal sonido metalero procedente del interior de la vivienda. La inspectora le sonrió. Compartían gustos musicales.

Su madre, les dijo la chica, no estaba en casa, pero —miró primero hacia el reloj de pared que adornaba el recibidor— seguro que a aquella hora la encontraban en la peluquería de enfrente.

Giovanni's estaba lleno. Melenas de distintos largos y tonos escurrían en los lavacabezas, a la espera de pasar del champú a las

tijeras y de estas al secador, bajo cuyos cascos dormitaban unas cuantas señoras. Apenas se distinguían sus rostros, ocultos tras el metacrilato gris de aquel artefacto casi galáctico.

—Buscamos a Isabel Sanjurjo —anunció el inspector mientras se dirigía a un señor con tirabuzones a lo Bisbal y marcado acento extremeño que se acercaba hacia ellos. Se trataba del mismísimo Giovanni.

—La señora Sanjurjo es la tercera por la derecha. Si me permiten, yo mismo la aviso. ¿Quieren ustedes tomar un café? —Y, sin esperar respuesta, levantó la voz mirando hacia un chico que barría—. Sergio, por favor, acomoda a estos señores en la *boutique*.

Después se agachó, poniéndose a la altura del oído de la Ferrari, a la que anunció la inesperada visita. La profesora levantó la tapa del casco y se quedó mirando a los agentes. Su cara era pura contrariedad.

—Señores, debe de ser muy urgente lo que tienen ustedes que comentarme para interrumpir de esta manera.

Isabel Sanjurjo miraba a uno y otro lado para, en efecto, comprobar que muchas de sus vecinas y amigas del barrio estaban siendo testigos de la incómoda escena.

—¿Le parece poco el asesinato de una compañera? —Robles cortó en seco a la coordinadora, que a punto estaba de responderle una impertinencia cuando fue interrumpida por la voz de otro de los peluqueros del local

—Juana Marpel. Juana Marpel —repitió la llamada, acentuando con fuerza en la «e». Su voz trataba de imponerse sobre el zumbido de los secadores, el ruido del teléfono y las conversaciones.

Las cabezas de Robles y Fernández Navarro se giraron al unísono hacia el peluquero, también con uniforme negro y una gran «g» dorada con apóstrofo en la camiseta. A sus espaldas, Juana Marpel levantaba la mano sin salir de debajo del secador. Ocupaba el asiento contiguo al que hacía unos segundos acababa de abandonar la Ferrari y en el que ahora se acomodaba Fernández Navarro.

El inspector esperó sonriente a que su ya vieja conocida, Elisa Morán, saliera de su escondite. Robles contemplaba la escena con una mueca de desagrado.

—Juana Marpel, Juana Marpel. Pase a peinarse, por favor.

La misteriosa clienta volvió a levantar el brazo, como tratando de que el peluquero se acercase a ella y evitar así exponerse. Pero no tuvo opción. El inspector golpeó varias veces con los nudillos sobre el cascarón de plástico y, ante la ausencia de respuesta, apagó el temporizador, levantó la tapa del secador e, inclinándose hacia Elisa/Juana, le espetó:

—El mundo es un pañuelo.

Isabel Sanjurjo se fijó en la tal señora Marpel. ¡Pero si era la mujer de Joaquín! ¡La traductora!

—Elisa, qué casualidad —la saludó, olvidándose por unos segundos de la policía.

—Sí, sí, la verdad, qué casualidad —repitió ella azorada.

La joven vestía un traje de flores sin medias y lucía melena rizada recién perfilada.

—Elisa —interrumpió el inspector señalándole la puerta de salida —, ¿me dedicaría unos minutos?

Su colega se dirigió entonces hacia la *boutique* acompañada de la Ferrari y dirigidas ambas por el peluquero.

La *boutique* no era otra cosa que una sala en la que se vendían cremas, champús y sérums capilares, y donde las clientas leían revistas, charlaban y tomaban zumos y cafés, además de algún que otro vino, alguna copita de whisky o champán, según la hora y las apetencias de cada una. Se hacían también la pedicura o la manicura mientras esperaban para ponerse en las manos de aquel equipo de hombres de negro. Las de Giovanni quedaban reservadas para las amigas de toda la vida, que solían ser las más adineradas.

—Imagino que vienen a hablarme de la muerte de Berta Morales —inició la conversación.

Era irrefrenable su intención de llevar siempre las riendas de todo, de reconducir las situaciones a su voluntad y, sobre todo, de entrar y salir de ellas como un bólido. Pocos motes eran tan adecuados como el que le habían puesto sus compañeros de Ciencias del Clima.

—Imagina bien.

Robles sentía una profunda antipatía por la mujer, aunque si lo pensaba era difícil que le cayera peor que Elisa Morán. Decidió darle una oportunidad, así que rebajó el tono.

—Imagino que la muerte de su compañera ha sido algo inesperado y duro para usted.

—Sí, sí. Desde que me enteré estoy en *shock*.

—¿Eran ustedes amigas?

—No, no, amigas íntimas no. Nos llevábamos bien —contestó Sanjurjo con una mentira.

Bien sabía la coordinadora que Berta la despreciaba, que nunca la incluía en las conversaciones cuando estaban en grupo y que se resistía por sistema a cualquiera de sus intentos de ordenarle las clases o las actividades fuera del centro. Pero no lo dijo. Tampoco

comentó nada sobre sus sospechas de que detrás del apodo de la Ferrari se encontraba la mordacidad de la fallecida.

—¿No han tenido ustedes ningún encontronazo, ningún problema?

—No, para nada. Algunos desacuerdos profesionales, pero poca cosa. —Soltó una risita estridente—. Por muy poco matan ustedes.

—Nosotros no, pero algunas personas lo hacen incluso sin motivo ni necesidad. Se ve que les gusta.

La tensión se había vuelto a instalar en el centro del diálogo y avanzaba y reculaba al ritmo del malestar de ambas mujeres.

—¿Cuándo fue la última vez que la vio? —quiso saber la inspectora.

La interpelada hizo memoria.

—El jueves pasado. Me reuní con ella durante unos minutos en su despacho. Teníamos varios temas pendientes de cerrar.

—¿Qué temas?

—Uff —resopló mientras trataba de recordar—. Sí, era sobre una idea que ella había presentado al decano: abordar en un seminario de fin de semana grandes casos del derecho del medioambiente, como lo de Erin Brockovich. ¿Ha visto la película?

Robles negó con la cabeza.

—Tres treses lleva la broma. Trescientos treinta y tres millones de dólares tuvo que pagarle la Pacific Gas Electric a los habitantes de un pueblo de California por contaminar el agua.

Antes de que la conversación se dirigiera por otros derroteros, Robles retomó las preguntas relativas al caso.

—¿Había alguien más en aquella reunión?

—No, solo yo.

—¿La vio con otra persona después o antes de ese encuentro?

—Había quedado con Nuria después, también en el despacho, pero creo que al final no llegaron a reunirse.

—De acuerdo, veo que conoce usted a la señora Morán, la mujer de Joaquín Serrano.

La Ferrari puso cara de circunstancias.

—Pobrecilla —soltó como único comentario y con intención condescendiente.

—Pobrecilla, ¿por qué?

—Bueno, está un poco desequilibrada la mujer. Pero, claro, no me extraña, cómo vas a estar si tu marido te pone los cuernos.

—¿Habla por experiencia propia?

—¿Por qué me pregunta eso? Mi separación no tuvo nada que ver con ninguna infidelidad de mi marido —contestó con evidente resquemor.

—¿Dónde se encontraba usted la noche del viernes 11 de septiembre?

—Precisamente, mire. Estaba cenando con mi exmarido aquí cerca, en El Arrastre, la marisquería.

—¿Hasta qué hora?

—¡Uy!, no le sabría decir. Serían como las once y media cuando subí a casa.

—¿La vio alguien?

—Sí, mi hija Lorena estaba arriba. Mayte, la pequeña, había salido.

Robles anotó los últimos datos en su libreta. La Sanjurjo, mientras, guardaba silencio mirándose las uñas de las manos, recién pintadas en rojo bermellón.

—¿Algo más? —preguntó a la inspectora.

Y al recibir una respuesta negativa se levantó y, sin mediar palabra, se dirigió de vuelta al secador.

Mientras ocupaba de nuevo su antiguo lugar, y antes de protegerse bajo el chorro de aire caliente, tuvo tiempo de ver cómo, tras el cristal, el inspector Fernández Navarro charlaba con la mujer de Joaquín. Y por los aspavientos y los gestos que exhibía, no parecía que el tono fuera muy cordial.

48

Cinco días después de la muerte de Berta, las mochilas, los ordenadores, los bostezos, los profesores y los alumnos volvieron a los pasillos de Ciencias del Clima. Pero ese miércoles de septiembre se escucharon más murmullos que chillidos y se vieron más gestos serios que sonrisas en las caras de unos y otros. El suceso iba a condicionar el curso recién iniciado, y también, eso era más seguro, el futuro inmediato del abanico de sospechosos.

El primero de ellos, Joaquín, llegó tarde a su clase de primera hora. Irrumpió en un aula más silenciosa de lo normal y en la que setenta pares de ojos lo contemplaban desde el respeto, la incredulidad, la sospecha e incluso el temor. En un par de semanas había mudado de presunto responsable de la desaparición de su mujer a presunto autor del asesinato de su amante. Un currículum meteórico en la carrera criminal.

Antes de enfrentarse a sus alumnos se había chocado con Nuria en el vestíbulo y, tras cruzar un tímido saludo, esta se había acercado para preguntarle por Berta. Y por Óscar. Quería saber si se conocían de antes y por qué Joaquín lo había agredido en la última reunión del claustro.

Sin obtener respuesta, Nuria se había dirigido al despacho del decano, donde, como ya venía siendo costumbre, De Olmedo y la Ferrari se encontraban reunidos. Intuía sus siluetas gesticulantes a través del cristal de la puerta, pero no era capaz de captar el

contenido de la conversación. Sus voces eran quedas. Se agarró al respaldo de la silla y así permaneció hasta que, largos minutos después, el pitido de la máquina le recordó que su café ya estaba listo.

En Los Chalés de Villena, Elisa se tomaba el suyo sentada en el jardín, reflexionando sobre una frase de miss Marple: «Uno debe aprender a vivir sin resentimiento». Se acercaba al final de la traducción de las memorias de Christie y, tenía que reconocerlo, había aprendido mucho de ella, pero también de esa investigadora casual que había salido de la mente calenturienta de la autora. La pequeña, discreta y astuta Jane Marple era, además, una gran conocedora del alma humana y un ejemplo de pragmatismo.

Aprender a vivir sin resentimiento era todo un reto, pero también un nuevo inicio, a la vez que un posible final. El de su desdicha. ¿O debería decir de su desventura? ¿Qué hubiera escrito ac? Infortunio. La palabra era, sin duda, infortunio.

49

«Así es, Rosa Mari, nos encontramos delante de la vivienda de la fallecida, la abogada Berta Morales, donde en la actualidad reside su madre, que no ha querido hacer ninguna declaración. Recordemos que el registro en la residencia de la víctima se llevó a cabo ayer miércoles por la mañana sin que haya trascendido información del mismo. Como podéis ver a mis espaldas —el reportero giró la cabeza hacia atrás—, las persianas de la casa permanecen echadas, imaginamos que por nuestra presencia y la de otros compañeros».

El joven periodista, agarrado a su «alcachofa» azul, se asomaba a la pantalla de la televisión de la cocina de la Comisaría Sur, donde Robles y Fernández Navarro daban cuenta de su segundo café del día. Rosa Mari, la veterana líder de los magazines mañaneros, abordaba el «crimen del reciclaje», como había sido bautizado por los medios de comunicación.

—Pero esta señora, ¿cuántos años tiene? —preguntó Robles mientras escrutaba el rostro de la diva de la tele.

—Indeterminada —contestó el policía—. Tanto como su expresión.

—¿Cómo crees que está? ¿Expectante? ¿Aburrida? ¿Alarmada?

—Hinchada, yo la veo hinchada. Y estirada también.

—¿Has interrogado alguna vez a algún adicto al bótox? Imposible detectar alguna emoción o sentimiento.

Dejando la pregunta en el aire, y tras apagar el televisor, los inspectores volvieron a la tarea. Una vez descartados nuevos datos

que hubiesen llegado antes a las redacciones que a la comisaría, repasaron juntos lo recopilado hasta el momento.

Solo uno de los sospechosos, la coordinadora de estudios, parecía tener coartada, si es que era cierto que tras cenar con su marido había vuelto a casa, donde se encontraba una de sus hijas. El resto había pasado en soledad las horas críticas en las que, según el forense, había podido cometerse el crimen.

—No tengo muy claro lo del decano. Vamos a ver si su mujer confirma que estaba en casa cuando ella salió para el Real y cuando volvió después de la función.

Óscar, Nuria, Joaquín y Elisa carecían de coartada. No habían estado con nadie en la franja horaria en la que Berta había sido asesinada. Ninguna persona los había visto entrar o salir de sus domicilios, donde aseguraron encontrarse en el momento en el que Berta sufrió el mortal ataque. En cuanto a Elisa, aún no habían podido localizar al camarero que le subió la bandeja con la cena la noche de autos, un trabajador rumano que apenas habla español, y que tiene libre hasta el final de la semana. «Imposible hablar con él; cuando no trabaja se olvida del teléfono», había explicado el director de Las Salinas de Imón.

Otro callejón sin salida era, de momento, el escenario del crimen. Esperaban aún el análisis de las huellas de los neumáticos, mientras que el arma homicida seguía sin aparecer entre el enjambre de hierros que rodeaban el perímetro de la planta.

Por ahora, el único dato relevante llegaba de la concentración de alcohol isopropílico con el que se habían limpiado las superficies cercanas al cadáver. Tanto para el tirador de la puerta de entrada como para la del autoclave y para toda la superficie del conocido ya

como «el sarcófago» se había empleado una concentración del 99,8% de esta sustancia.

Este fue el primer asunto que discutieron una hora más tarde, en una nueva reunión de equipo alrededor del tablero de investigación, desde el que ahora miraban también a los agentes el decano, su secretaria, la coordinadora de estudios y el nuevo titular de Microbiología. Las flechas que unían sus fotografías entre sí y a las de los principales sospechosos, Elisa y Joaquín, se complementaban con nuevos datos y cifras.

Bajo ese 99,8% de alcohol isopropílico se habían anotado tres conclusiones: que esta cantidad es la empleada para desinfecciones exhaustivas en centros de trabajo y producción asociados a actividades contaminantes, o, simplemente, químicas, que se usa también para la limpieza de dispositivos electrónicos y, la peor de todas por lo que respecta a la investigación, que se podía comprar por Internet.

—Es decir —se lamentó el agente encargado de rastros—, que cualquiera pudo haberlo adquirido de un día para otro. Además, claro, de que se usa para el mantenimiento de la planta de reciclaje. Estamos esperando el análisis del resto de superficies.

—Entiendo que, bien para la limpieza del laboratorio, bien para los experimentos y pruebas, también se emplea en la facultad de Ciencias del Clima —añadió Fernández Navarro mientras varios agentes asentían con la cabeza—. ¿Qué más?

—El casco que se encontró en la puerta de la nave —respondió una voz femenina desde la fotocopiadora—. Tanto las huellas como el análisis del cabello confirman que pertenece a Berta Morales.

—Atienza, lo tuyo —le pidió Fernández Navarro a otro de los agentes.

—Nada raro en las cuentas de Berta. Tiene una de ahorro y otra para la nómina y los gastos. La casa y el coche están a su nombre. ¡Ah! —añadió antes de ceder la palabra a otro compañero—. Su padre, fallecido en 2014, le dejó varias propiedades en la costa. Berta es ahora la dueña y las tiene en alquiler. Sin embargo, es la madre, Mercedes Carrión, la que viene cobrando esas rentas.

Robles apuntó el dato bajo la cara de la víctima y subió un par de líneas con el dedo.

—Blanc i Oriol, ¿qué tenemos?

—Poco o casi nada. De momento, el despacho no ha contestado a nuestros requerimientos de documentación. Hemos solicitado todos los casos que Berta estuviera llevando.

—¿Y sobre el decano? —repreguntó la inspectora.

—Nada, tampoco me han contestado en relación a los asuntos legales de De Olmedo en el despacho.

—Vamos a esperar, como mucho, cuarenta y ocho horas. Si no, a por los socios directamente, y, si no, orden judicial.

—¿Algo en el pc de Berta?

—Nada. ¿Pido los del resto de sospechosos?

—Esperamos también —respondió el inspector—. Venga, que terminamos. ¿Qué pasa con el teléfono de Berta?

—Me dicen que mañana se sabrá algo. Si os lo creéis vosotros…

No se lo creyeron, ni los inspectores ni ninguno de los compañeros presentes. La investigación de los terminales de personas implicadas en delitos se alargaba y alargaba siempre entre mutuas acusaciones de los departamentos implicados. Los de criminalística achacaban

inoperatividad e ineficacia a los de tecnológica, y estos, a su vez, respondían con acusaciones de desconocimiento de los procesos y expectativas poco realistas. Y, mientras tanto, le gustaba decir a Fernández Navarro, el escenario del crimen sin barrer.

50

—Señora, haga el favor. El jardín es de la universidad.

Cuando el grueso y bigotudo jardinero logró interponerse entre Jane/Elisa y la planta de salvia, la traductora ya había «interactuado», al menos que se viera, con las dalias. Sus pétalos naranjas asomaban por los bordes de la gran bolsa de tela que colgaba de su hombro.

—Vamos, usted y yo sabemos que a estas pobres les quedan apenas unos días. En mi jarrón tendrán una nueva vida. Van a durar más que si las dejamos aquí.

—Señora, no puede hacer eso. No puede cortar lo que a usted le apetezca. Ni usted ni nadie. Para eso estoy yo aquí.

—Déjeme, al menos, llevarme una pequeña muestra de esta *divinorum.* —Elisa señaló la gran planta de salvia, en la que habían brotado unas llamativas espirales de color violeta.

—Estas no necesitan una nueva vida, están en pleno florecimiento —le advirtió el encargado del jardín con una intención ya menos amonestadora.

Los conocimientos botánicos de la ladrona le habían suavizado. Los amantes de las flores constituían un género aparte. Una vez que se reconocían, cualquier tema o cuestión, incluso las más trascendentales, se desvanecían ante la noticia de una desconocida variedad exótica o del descubrimiento de una nueva propiedad medicinal de hojas, tallos o pétalos.

—Se ve a simple vista. Lo que no se percibe a los ojos de los neófitos, categoría en la que, faltaría más, no entramos ni usted ni yo, son los efectos alucinógenos de sus hojas. —Bajó el tono y añadió—: esperemos que no se enteren los jóvenes alumnos. Ya se sabe que a estas edades les gusta cualquier cosa que se pueda fumar. Y, claro, se ponen locos y luego no saben lo que hacen. Imagínese. Si ya de por sí se enteran poco…

El jardinero le sonrió y, guiñándole un ojo, le permitió cortar una ramita con flor.

Elisa había estado merodeando por los jardines del campus. Confiaba en que, si la veía allí, esperando, a Joaquín no le quedaría más remedio que hablar con ella, lo que había sido imposible desde que se fuera de casa sin despedirse. No respondía a sus llamadas ni a sus mensajes. Tenía que reconocer, con algún atisbo de remordimiento, que la idea de que abandonase el hogar conyugal había sido suya, pero no podía —eso sí que no, de ninguna manera — aceptar que él había salido de los límites de su vida y que nunca volvería. ¡Qué menos que coger el teléfono a una persona a la que has visto despertarse a tu lado! Y no una vez ni dos, sino muchas, muchísimas, a lo largo de los años.

«Cómo cambia la vida», se dijo mientras subía las escaleras de entrada de la facultad mirando a un lado y a otro. Le agradaba la universidad, con su coro de voces y su mirada abierta al mundo. No es que le gustara tanto como las escuelas infantiles, con ese olor a ombligo tierno y esos colores primarios saltando de los murales de las paredes, pero le gustaba. Recordó cuando les notificaron que Joaquín había ganado la plaza de profesor. Salieron a cenar, radiantes, a ese restaurante francés de Huertas frente al que

siempre se paraban. Leían la carta, comentaban los platos, se lamentaban de los precios y se juraban que el Marie-Antoinette sería el lugar elegido para festejar ese momento esperado en que las cosas comenzasen a ir mejor. Celebraron ese día y también la firma de la escritura de compra del chalé. ¿Seguiría abierto? Hacía años que no bajaban a Madrid a cenar, ni a Huertas ni a ningún otro barrio. Tantos como ella llevaba enfrascada en otras vidas, las de los personajes en los que se encarnaba durante sus traducciones. De nuevo se sintió culpable y se prometió dedicar más tiempo a reflexionar, a meditar sobre lo sucedido en el pasado y sobre sus deseos para el futuro. Pero ahora carecía de tiempo. Tenía que acabar las memorias de la Christie y salir del embrollo de la muerte de Berta.

Buscó el despacho de su antigua amiga. Un chico le señaló la puerta con el letrero Derecho del Medioambiente. Con total naturalidad, como si lo hiciese a diario, empujó la puerta y entró. Reconoció el escritorio de la fallecida gracias a una fotografía de los Morales Carrión en la playa. Berta, en medio de sus padres, sostenía una enorme pelota de playa azul. Era ya feíta de pequeña, pensó mientras abría los cajones, ahora sin llave de seguridad y vacíos. Faltaba el ordenador, en poder de la policía. Aquella era ya la mesa de otra persona, de quien estuviera por llegar y ocupar el puesto de trabajo de la abogada. Suspiró mientras se dirigía a abrir el armario común de los titulares de la asignatura, desde donde la saludaron montones y montones de carpetas. No es que ella fuera precisamente alguien que se asustase ante un elevado número de páginas, pero no tenía tiempo para sumergirse en aquella bacanal de papel.

Salió del departamento con la misma normalidad con la que había entrado. Se dirigía hacia el ascensor cuando se fijó en un tipo con gorra y gafas que cruzaba hacia las escaleras. Aquel era nuevo. Si era un profesor, que tenía toda la pinta, desde luego a ella no se lo habían presentado. Decidió bajar tras él.

En el rellano de la segunda planta se detuvo a mirar por el hueco de la escalera. No veía a nadie ni tampoco se escuchaban pasos. El de la gorra se había quedado en ese piso. Se asomó. Allí estaba, frente a una mujer que se zafaba de sus intentos de agarrarle el brazo. Era la secretaria del decano, a esa boba sí la reconocía. No había cambiado nada. Era la mujer desactualizada, la encarnación de lo pasado de moda. ¡Si hasta llevaba un calzado parecido al de Jane Marple! Se ocultó de nuevo en la escalera de acceso, tratando de captar algún sonido procedente de la escena.

Allí la sorprendió la avanzadilla de bedeles, prestos a avisar del final de la última clase del turno de mañana. Mezclada entre los primeros grupos de alumnos que abandonaban los pupitres, bajó los pisos que restaban hasta la puerta de entrada y, pegada a una de sus hojas de cristal, aguardó hasta que vio acercarse a Joaquín. Lo reconoció por el maletín. ¡Pero bueno! Así de primeras, ese individuo desaliñado y ojeroso, con la mirada perdida, no parecía su Joaquín. Desde luego que no. ¿En serio era él?

51

Nuria echó el seguro a las cuatro puertas del coche. Pegado a la ventanilla del conductor, Óscar le imploraba unos minutos de su tiempo.

—¡Déjame explicarte, por favor! ¡No soy como dicen!

El cristal amortiguaba la angustia de su voz. Ella arrancó y él se interpuso en su camino, dando manotazos en la luna delantera. La secretaria paró el motor del vehículo, se agarró la cabeza y se tapó los oídos con las manos, más por detener el estallido de tensión en sus sienes que para evitar escuchar las palabras de la persona que más la había decepcionado en la vida. Sintió que se ahogaba. Le faltaba el aire. Y aunque era lo último que deseaba, salió del vehículo. Óscar la abrazó, alarmado.

—Tranquila, tranquila, siéntate.

La condujo hasta el poyete que daba a los parterres traseros de la facultad. Sentados, sin mediar palabra, permanecieron largos minutos hasta que él volvió a romper el silencio.

—Pensé que nos conocíamos mejor. ¿Cómo puedes creer que le hice algo malo a Berta?

Con la mirada perdida en el vacío, Nuria parecía ignorar sus explicaciones. Por fin respondió.

—No soy yo quien lo cree. Es Joaquín.

—Esa mierda de los abusos es producto del resentimiento de Berta. Ella no quería dejarlo y ya sabes cómo son las desilusiones a

esas edades.

—¿Eso es lo que le has dicho a la policía? Porque te habrán preguntado, ¿no?

—Sí, ¿y a ti?

La secretaria obvió el tema y respondió con una nueva pregunta.

—¿Qué quieres de mí, Óscar?

—Quiero estar contigo. No me importa nada más —le susurró ahora, agarrándole la mano.

Parecía sincero. Ella lo miró de reojo. Él volvió a la carga. Que había llegado el momento, que habían logrado eliminar la distancia y que, ahora que estaban juntos, piel con piel, nada les podría detener, ni siquiera el fantasma de Berta y el halo de rencor que su mentira había dejado. Le pidió, le insistió, hasta le rogó que lo considerase. «No pongas obstáculos a la felicidad, Nuria», le suplicó.

«Felicidad». Al escuchar esa palabra, la secretaria se vio a sí misma como tantas veces lo había hecho antes, como alguien sin brillo, una mujer anodina, sin estilo, sin nada que ofrecer salvo soledad. Aunque le había creído antes, cuando se hablaban a través de las pantallas, ahora no le creía. Imposible. Ni siquiera le hacía falta ya valorar si la relación podía perjudicarla en su trabajo, si la haría parecer menos a los ojos del decano. Después de la acusación de Joaquín, salir con Óscar era una idea suicida.

Se levantó tratando de aparentar firmeza y seguridad, aunque lo cierto es que ni una ni otra la acompañaban. Lo que sí había hecho acto de aparición era el miedo. A perder lo único que le mantenía anclada al mundo, el trabajo, y —aquello era tan nuevo como alarmante— a la cercanía de Óscar. ¿Y si estaba frente a un agresor?

Frente a alguien que oculta su verdadera naturaleza, un embustero patológico, un embaucador. Notó que sudaba.

Él se le acercó.

—¿No estás mejor? Estás pálida. ¿Respiras bien ahora?

—Sí, sí—le contestó mientras echaba a andar hacia el coche.

Él la siguió y ella sintió que aquello rozaba el acoso. No podía quitárselo de encima. Recordó entonces la última noche que salió tarde de trabajar y el sonido de unas pisadas acechándola en aquel mismo aparcamiento. Y lo supo. Había sido él quien la espiaba. Conteniendo el aliento, fingió una sonrisa de disculpa.

—Lo siento, me he dejado unos papeles en el despacho. Hablamos otro día.

Y, dando la vuelta sobre sus pasos, se dirigió de nuevo a la facultad. No quería correr el riesgo de que la siguiera con el coche. Si es que no la había seguido ya antes.

52

Seguir a Joaquín era justo lo que hacía en ese mismo momento Elisa, que, al ver a su exmarido tan falto de vida, tan apagado, había desistido de encarársele y se disponía a tratar de averiguar si había algo más que la ausencia de Berta en su aparente tristeza. Quizá, reflexionó, también la echara de menos a ella. Algo, aunque fuera un poquito, debía de quererla después de todo lo vivido juntos, aunque, a lo mejor —se corrigió al poco—, se trataba solo de la falta de comodidades de su nuevo hogar, dondequiera que este estuviese. Era probable que justo en ese momento él se dirigiese hacia allí.

Pisó el acelerador del pequeño Smart que había alquilado en ausencia de su querido Twingo amarillo, aún en poder de la Policía Científica, y se pegó al Passat de Joaquín.

En dirección contraria, también por la M-503 y en ese mismo instante, circulaba el coche de policía en el que los inspectores Fernández Navarro y Robles se dirigían a la planta de reciclaje de Los Zarzales. El agente Gómez los había avisado de la aparición de una posible arma del crimen camuflada entre la montaña metálica de cajas y rejas del perímetro. Era una barra de hierro con bordes cuadrados en cuya superficie de color blanco podía apreciarse una mancha ocre. La cosa pintaba difícil, sin embargo, porque, a simple vista, y tras la aplicación del cianocrilato, en esa barra —había dicho el policía—, había más huellas que en el manto del apóstol Santiago.

Y así era, la vaporización realizada en la cámara portátil del equipo mostraba líneas y líneas onduladas, superpuestas, pegadas, con surcos de distintas intensidades, y que se cruzaban en todas las direcciones. Muchas personas habían agarrado ese trozo de metal en el que claramente se podía apreciar una pequeña marca de color oscuro. La prueba con el luminol había confirmado la sospecha inicial de Gómez: la tonalidad ocre del rastro correspondía a la presencia de hemoglobina.

Tendrían que esperar a la confirmación del laboratorio, así que los inspectores se dirigieron junto a su subordinado a hablar con el encargado de la planta. Se trataba más bien de una especie de capataz sin capacidad ejecutiva y con la tarea de supervisar la eficacia de los procesos y asignar los turnos. El hombre, de aspecto anodino, uniformado con su epi y protegido con un casco, los esperaba en un cuartucho sin ventanas, únicamente amueblado con una silla y una mesa viejas. Sobre esta, varias bandejas, una con las hojas de fichaje y otra con los registros de entrada y salida de los residuos.

Lo primero que llamó la atención de los policías fue la ausencia de un ordenador desde el que se pudieran coordinar los parámetros de las máquinas. El encargado resolvió pronto sus dudas: aquello no era cosa suya, él solo se ocupaba de que todo funcionara bien. La programación se llevaba a cabo desde otro sitio, no sabía dónde.

—O sea, en remoto— le interrumpió Fernández Navarro.

—Sí, eso.

—¿Y no sabe desde dónde?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Y qué pasa cuando algo se estropea o no funciona como debería?

—Tengo un teléfono al que llamar, aunque eso no es muy probable. En el tiempo que llevo aquí… —levantó las cejas y la mirada como si estuviera calculando— diría que no ha pasado más de una vez.

—¿Y cuánto lleva usted de encargado?

—Seis meses.

Robles lo miró sorprendida. ¿Era posible gente así?

—Vamos a ver, señor…

—Costa.

—Señor Costa, que yo me aclare… —Comenzaba a aparecer su predisposición a la inflexibilidad—, solo lleva usted aquí seis meses, y solo ha tenido problemas con las máquinas en una ocasión. ¿No es así?

El encargado elevó las cejas mientras echaba cuentas de nuevo.

—Sí, sí, una vez se estropeó la incineradora… —Realizó una pausa —. Y luego ha habido cosillas…

—¿Cosillas?

Manuel, el trabajador de la planta que había descubierto el cadáver de Berta, escuchaba la conversación en la entrada del cuartucho.

Sus manos, agarradas en la espalda, y su cabeza agachada, con la mirada fija en el suelo, denotaban cierto embarazo. Había sido él quien había explicado al agente Gómez que la planta se había abierto hacía medio año, que él había sido contratado a través de una empresa de trabajo temporal y que no conocía a los dueños. Es más, ni sabía quién o quiénes eran. Durante las primeras jornadas

habían sido formados en el funcionamiento de las máquinas por un compañero al que no había vuelto a ver. El resto de la plantilla compartía las mismas circunstancias.

Acompañados de Gómez, los inspectores realizaron una nueva inspección por el edificio. Todo estaba limpio, recogido, en silencio, las máquinas apagadas, tal como se las había encontrado Manuel el sábado 12. Hacía ya cinco días de aquello y sabían que no podrían mantener suspendida la actividad. Los hospitales y clínicas tenían una capacidad limitada de almacenamiento de desechos, por lo que, si no se abría de nuevo la planta, aquello podría suponer un problema de salud pública.

—¿Has averiguado algo más de la propiedad? — preguntó el inspector a Gómez.

—Según la Dirección General de Medioambiente, la del negocio figura a cargo de resam, una sociedad anónima. Tiene licencia de apertura, pero no constan inspecciones del Gobierno de la región.

—¿No has profundizado más? Vamos ya tarde para saber quiénes son y descartar cualquier relación con el caso.

Fernández Navarro pareció contagiarse de pronto de la impaciencia habitual de su compañera. ¿Había que decirlo todo? Era consciente de que aquel caso era particular. Concurrían en él muchos escenarios, muchos sospechosos y, desde luego, la aparición de un cadáver en el autoclave de una planta de reciclaje en mitad de la nada en Madrid era algo insólito en su carrera. Tanto como Elisa Morán. Aquella mujer era pura fantasía.

53

Como Superman en la cabina de teléfono, Elisa volvió a ser ella misma tras cambiarse de ropa y quitarse el disfraz de miss Marple en el cuarto de baño de una cafetería de Saconia. Así que era allí donde vivía Joaquín. Aunque la primera impresión fue de rechazo, ahora, tras un rato deambulando por el barrio, comenzaba a percibir el encanto de aquellos edificios naranjas con entoldados verdes y cocinas acristaladas. Se sintió cómoda y recogida en aquel decorado de ropa tendida y comercios, entre sus bloques de pisos unidos entre sí por plazoletas interiores a distintas alturas, bajando y subiendo sus pequeños tramos de escalera, calvos a veces de vegetación y adornados otras con árboles y plantas urbanas.

No tenía prisa. Había dejado su vehículo aparcado estratégicamente de tal manera que Joaquín tendría imposible sacar el suyo. Volvería cuando el alboroto de pitidos la sacara de su ensimismamiento. Se sentía libre, una vez que la policía parecía haber desistido de seguirle los pasos mañana, tarde y noche, tal como le había pedido al inspector Fernández Navarro el día en el que se encontraron en la peluquería. Era un hombre razonable y nada tonto. Si se profundizaba algo más podría decirse que era sensible e intuitivo. Podría ser su particular inspector Craddock. Aunque Craddock, detective oficial en los misterios de miss Marple, era, desde luego, más tradicional en sus métodos y planteamientos. Pensaba también en lo buena pareja que hacía el inspector con su

compañera, tan seca y distante, pero mejor, así se compenetraban. ¿Estaría casado Dermot Craddock? No le cabía la menor duda. En las novelas del siglo xx, si alguien no lo estaba aparecía inmediatamente descrito como solterón o solterona, casi siempre lo segundo. Si ellos no se casaban eran, más bien, vividores o aventureros —*bon vivant* para los finos—, a los que no faltaban encanto personal ni atractivo físico. Si, en cambio, eran ellas quienes carecían de pareja, se las representaba feas, amargadas y algo chifladas.

Ahora sí, la orquesta de bocinas y cláxones la sacó de sus reflexiones y se dirigió hacia la calle donde había aparcado, justo frente al que suponía el nuevo portal de su ex. De pie junto al coche, con la ventanilla bajada y la mano en el interior, apretando sin parar el claxon, estaba Joaquín. A su lado, la dependienta de la panadería, que se había asomado a ver qué estaba pasando.

Se quedó lívido al ver venir a Elisa. Ella se acercó, impasible.

—Hola, he venido a hablar contigo.

—Vamos a ver. ¿No querías que me fuera? Ya me he ido. ¿Qué coño pasa ahora?

—Solo quería saber si estás bien y qué planes tienes.

La panadera seguía en la puerta con los brazos cruzados sobre su delantal. Había comenzado a formarse un pequeño atasco. El Smart, en doble fila, obstaculizaba el tráfico en la calle, estrecha, corta y de una única dirección.

—Si quieres, damos un paseo —le propuso Elisa señalándole el minicoche.

—Sí, mejor será.

Joaquín se introdujo en el vehículo de alquiler, en el que le costaba estirar las piernas. Ella arrancó, y juntos buscaron

aparcamiento. Uno de verdad, le había pedido él.

Unos minutos después se encontraban sentados en un merendero de la Dehesa de la Villa.

—¿Cómo estás?

—¿Cómo quieres que esté? Ocupado, comprando cosas para la casa.

—Si quieres, puedes llevarte la vajilla de *Anna Karenina* —le ofreció ella, refiriéndose a un carísimo servicio de porcelana en azul cobalto, de inspiración florentina.

—Elisa, no me jodas.

Ella se arrepintió al instante. Debía ser más prudente. Nada de libros.

—¿Sigues queriendo el divorcio?

—Sí —le respondió él—. ¿O es que ha cambiado algo?

—Hombre, Berta ya no está.

La miró con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

—¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que te atrevas siquiera a hablar de Berta?

Estaba rojo. Se levantó y, retirando la silla con brusquedad, se dirigió al quiosco con intención de pagar las consumiciones. En ese momento, su teléfono móvil, aún sobre la mesa, comenzó a vibrar. Lo tenía en silencio y solo ella pudo darse cuenta de la llamada. Se giró con discreción para ver quién estaba al otro lado. Federico de Marcos. Hizo memoria y enseguida recordó a aquel antiguo compañero de Joaquín. Había asistido a su boda. Qué raro. No le constaba que se hubieran vuelto a ver en los últimos años.

Joaquín se acercaba ya desde el quiosco. Recuperó la postura y esperó, pero él ni siquiera volvió a sentarse.

—Búscate un abogado —le soltó mientras recogía su teléfono de la mesa—. Quiero solucionar lo antes posible el tema del divorcio.

Se dio entonces la vuelta, dejándola allí agarrada a su refresco rojo escarlata. Las burbujas le cosquillearon la nariz mientras sentía en el paladar su regusto, tan dulce como amargo. La vida misma, se dijo la traductora mientras veía alejarse su matrimonio en dirección a su nuevo piso de soltero.

54

—No te cabrees, ya sabes que las cosas son así.

Fernández Navarro trataba de apaciguar los ánimos de su compañera, que estaba molesta por la falta de iniciativa de Gómez, al que consideraba un agente lento, que siempre iba por detrás de lo que sus superiores le exigían.

—No me cabreo —contestó ella—. Es que no me acostumbro a que la gente no piense por sí misma. A que se le tenga que decir todo. ¿Crees que hubiera indagado por su cuenta sobre la propiedad de la fábrica si no se lo hubiéramos pedido? No —remarcó—, hay que decírselo todo.

—Bueno, ha estado en el terreno desde el minuto uno. Déjalo que aterrice en su mesa.

El inspector ponía paños calientes sobre el tema mientras se dirigían al vehículo para regresar a comisaría. Sabía que ella tenía razón, pero también conocía a los equipos, sus dinámicas, a veces muy lentas, en las que pesaban no solo los condicionantes de cada caso y el difícil equilibrio entre los cometidos y los protagonismos, sino también las circunstancias personales de cada uno de sus miembros. La placa, siempre se lo recordaba a sí mismo, no te da un máster en psicología, tampoco en gestión de grupos.

Estaba a punto de compartir con ella la reflexión cuando lo vio. El objeto se encontraba al lado de la rueda delantera. Fernández Navarro se metió la mano en el bolsillo y sacó un guante de látex.

Sin llegar a ponérselo, lo usó para cogerlo y llevárselo a la nariz. Fresa. Aquel pequeño adminículo negro de plástico olía a fresa. Lo levantó entre sus dedos y lo sostuvo a los ojos de su colega. Después se lo acercó a la nariz. Ella inspiró con fruición.

—¿Vamos a por él?

—¿No esperamos a analizarlo?

—No, vamos a ver cómo respira este señor.

El señor en cuestión se encontraba en el estudio central de la *Cadena SER* en Gran Vía, sentado junto a su admirado Iñaki Gabilondo. El comunicador avanzaba, un minuto antes de las señales horarias de las tres, la entrevista con uno de los grandes exponentes de la nueva sensibilidad verde, Enrique de Olmedo.

No lo escucharía tanta gente como cuando su admirado Iñaki tenía el programa por las mañanas, pero, de igual manera, el respaldo de uno de los grandes del periodismo español dispararía las ventas de su libro. Eso pensaba el mediático decano de Ciencias del Clima cuando los vio a través del cristal. Robles y Fernández Navarro lo observaban desde el control de sonido. En el mismo momento en que Gabilondo daba paso al boletín de noticias, el inspector sacó su placa y la mostró a través de la pecera.

Nuria escuchó el avance desde el despacho. Al terminarse las noticias y ver que no daba comienzo la entrevista pensó que se pospondría unos minutos, pero al instante escuchó al presentador, que se excusaba: «Razones ajenas a nuestra voluntad nos obligan a suspender la entrevista que habíamos preparado con el autor de *Corazón esperanza*, Enrique de Olmedo». ¿Qué razones podían ser esas? Seguro que, fuesen cuales fuesen, a su jefe no le parecerían válidas. Había invertido mucho tiempo y esfuerzo para llegar hasta

Gran Vía 32. Él y su editora habían llamado, escrito, insistido, vuelto a llamar y a escribir a la producción del programa para conseguir esos minutos de oro en antena. Se disponía a enviarle un mensaje por WhatsApp cuando oyó los tacones de la Ferrari. La reconocía al instante por su andar nervioso y algo desacompasado. Isabel Sanjurjo entró sin llamar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó obviando el saludo—. Estaba oyendo lo de Iñaki.

—No lo sé aún.

Nuria se preguntó por qué tenía que darle explicaciones a aquella mujer. Verdaderamente se comportaba como si fuera su jefa. Y no lo era. No lo era, se repitió con resentimiento.

—Llama, a ver si nos enteramos.

Llama tú, pensó Nuria. Pero, como siempre, no se atrevió a responder. Se mordió los labios para que las palabras se le atascaran entre los dientes antes de emprender un camino de no retorno.

55

Iracundo, soberbio y condescendiente. De esas tres maneras sucesivas se fue mostrando Enrique de Olmedo a medida que transcurrían las horas desde que recibiera la inesperada visita de la Policía. Una ola de ira le sobrevino cuando, en el mismo control central, delante del técnico de sonido, se le había solicitado acudir de forma voluntaria a declarar por cuestiones relacionadas con el asesinato de Berta Morales. El rubor de su rostro y la modulación forzada de su voz revelaban la lucha que libraba para contenerse. Aunque permaneció callado durante todo el trayecto, nada más llegar a comisaría se le despertó la soberbia, como si esa actitud hubiera ido madurando mientras sorteaban el eterno atasco del centro.

En la sala de interrogatorios mantuvo una actitud altanera, máxime intuyéndose observado tras el espejo, que, como todos los amantes de lo policíaco saben, oculta un cristal tras el que se esconden más policías.

—Quiero un abogado.

—No lo necesita, señor De Olmedo. No está usted detenido.

La inspectora Robles se había hecho cargo del interrogatorio mientras Fernández Navarro se reunía de nuevo con el equipo. Había que repasar, reconducir, buscar nuevos hilos de los que tirar y, aunque las regañinas no iban con él, dar un tirón de orejas suave a Gómez.

La planta de reciclaje no era un escenario casual. Una abogada no acude a las nueve de la noche a entrevistarse con alguien en una nave industrial del extrarradio.

La intuición llevaba al inspector hacia Los Zarzales y la contención conducía a su compañera en el interrogatorio al decano. Habían perdido ya diez largos minutos esperando un café y una botella de agua para el sospechoso e intentando convencerlo de que su situación no era definitiva. Que solo trataban, le había dicho, de descartarlo.

—No me dé más explicaciones ahora. Guárdeselas para mis abogados. No tenga la menor duda de que voy a denunciar este atropello.

La inspectora hizo caso omiso a la amenaza y esperó a que el decano se refrescase la garganta para comenzar el interrogatorio. Lo primero que hizo fue depositar en la mesa una bolsita de plástico. Dentro estaba el objeto encontrado cerca de la puerta de la planta de reciclaje.

—¿Me puede decir qué es esto?

De Olmedo hizo amago de inclinarse sobre la mesa, pero no llegó a hacerlo. Enseguida supo qué era.

—El recambio de un vapeador.

—Efectivamente, el recambio de un vapeador.

La policía realizó una de las pausas de manual de los interrogatorios.

—¿Fuma usted mediante este sistema?

—Así es —contestó él con una media sonrisa de sorna.

Parecía haberse liberado de la necesidad imperiosa de contar con la asistencia de un letrado, y había entrado en juego la

condescendencia. Robles no se amilanó. Estaba más que acostumbrada a todo tipo de trampantojos, de simulaciones, hasta de transformaciones. Aquella sala era como el escenario de un teatro. Pero ella, se reafirmó, era la directora de escena.

—¿Qué sabores prefiere?

—No tengo predilección alguna. Los que me compre mi mujer.

—¿El de fresa puede ser uno de esos sabores?

—Fresa, menta, sandía, hasta calabacín si usted quiere.

Ella ignoró la sorna y disparó:

—Este objeto ha sido encontrado en la planta de Los Zarzales, donde, como usted sabe, fue hallada muerta la profesora de la facultad que usted dirige. Me refiero, naturalmente, a Berta Morales.

Estirar las explicaciones era otro de los aspectos del manual del buen interrogador. Permitía a los policías observar las reacciones y gestos de los sospechosos mientras los escuchaban.

A Robles le pareció que el decano seguía aligerándose a sus ojos, que la gravedad con la que había llegado se iba diluyendo por minutos.

—Nunca he estado en ese lugar. ¿Cree acaso la policía que soy el único vapeador del mundo?

—Quizá el único relacionado con este asesinato.

—¿Cómo es eso que dicen ustedes? Que las pruebas hablan, ¿no? Pues yo no las escucho. No tienen nada contra mí.

—Quisiera saber, ya que lo comenta, por qué sus abogados en Blanc i Oriol se niegan a facilitarnos información sobre los asuntos legales en los que lo asesoran.

—¿Porque son abogados? ¿Sabe usted lo que es el secreto profesional? En cualquier caso —recalcó—, nada me vincula al triste,

no, al tristísimo suceso de Berta. Insisto: ¿tienen ustedes alguna prueba? De no ser así, me gustaría marcharme ahora mismo. Me reclaman numerosas tareas.

—No hay problema, señor De Olmedo —respondió Robles, solícita. Tanto que él se dispuso a levantarse, momento que ella aprovechó para pedirle «un pequeño favor».

—¿Nos daría usted, ya que no tiene nada que ver con el crimen, una muestra de saliva?

56

«Es una verdad universalmente reconocida que un hombre soltero, poseedor de una gran fortuna, debe estar necesitado de esposa». A Elisa se le vino a la mente el maravilloso comienzo de *Orgullo y prejuicio* de Jane Austen al ver al que, esperaba, fuese su nuevo abogado. Pelirrojo, con el pelo rizado, alto, delgado, de labios carnosos, lo vio cruzar la antesala del bufete derrochando simpatía y vistiendo un traje de diseño. Ya que iba a dejar atrás su pasado sentimental, por qué no valorar nuevos horizontes. Lo había meditado y, sí, le daría a Joaquín la libertad que, por otra parte, ya se había tomado con Berta.

Qué podía hacer, si él quería el divorcio. Solo tomar la iniciativa. De ninguna manera ni por ningún motivo quería verse envuelta en esas luchas cruentas en las que se habían enfrascado algunos conocidos, y que tan bien habían reflejado algunas novelas. ¿Al final qué quedaba, sino destrucción y la misma soledad que se había tratado de burlar? Nada.

Así pues, al llegar a casa, después del malogrado «encuentro» en el nuevo barrio de su futuro exmarido, se había decidido: se informaría sobre el proceso de divorcio, iniciaría los trámites y lo sorprendería con su determinación. Quizá así, por psicología inversa, él se arrepintiera. Pero ¿por dónde empezar? La verdad es que no conocía a ningún abogado. Su vida había sido tranquila, y los únicos trámites que había necesitado el matrimonio eran los

administrativos, propios de la gestoría. Multas, recibos y otras pequeñeces. Pensó en buscar por Internet, pero se acordó, de pronto, de que Berta trabajaba en un despacho. En uno muy famoso, en el centro de Madrid. Sabía que ella le había dado una tarjeta tiempo atrás, así que se dirigió a la vitrina, extrajo la cajita de las tarjetas y la vació sobre la mesa. Distinguió la que buscaba por el logo azul y gris con las iniciales de la firma. «Qué creativos», ironizó. Leyó en voz alta: Berta Morales, abogada. Blanc i Oriol. Y debajo, en letra minúscula, la dirección, Hermosilla 31.

Y allí estaba, sentada, esperando a ser recibida, casi deseando ponerse en manos del guaperas que acababa de impresionarla, cuando otro individuo trajeado cruzó la sala de espera hacia los despachos. Este era más bajito y sin melena. Bueno, casi sin pelo, a tenor del peinado que lucía y en el que los mechones centrales de su cabello se habían visto obligados a ocupar la frente. El traje, vulgar, sin más. El semicalvo se dirigió hacia el pasillo, pero tuvo que volverse a la llamada de la secretaria, que había abandonado su puesto para comentarle algún asunto.

—Disculpe, señor Corrales, un momento, por favor.

¿Corrales? Él se giró y ella lo reconoció. ¡Pero si era el marido de la Ferrari! ¿Era abogado?

—Señor Corrales —la secretaria se dirigió de nuevo a él—. Nuestros letrados lo recibirán en unos minutos. Si desea un café o salir un rato, yo le aviso al móvil sin problema.

Claro que no era abogado. Se acordó de que Joaquín le había hablado de su divorcio con la Ferrari y le había contado que estaba podrido de pasta, que era empresario, uno de esos que se relaciona

con la alta sociedad de la ciudad, que juegan al pádel con los políticos y que posan en las gradas del Open de Tenis.

De repente, sin saber muy bien por qué, Elisa agachó la cabeza para hacer como que rebuscaba algo en su bolso. El inesperado encuentro le recordó sus pesquisas. Había sentido el impulso de esconderse, de no saludarlo, de evitar que él la viera. Es lo que habría hecho la señorita Marple: observar y esperar.

Aguardó a que saliera para seguirlo una vez se hubo excusado con la recepcionista. Un imprevisto la obligaba a cancelar la cita, se justificó. Una vez en la calle, lo buscó hasta que lo descubrió mirando el escaparate de una tienda de decoración. Ella se dispuso a hacer lo propio en el de otro comercio en la acera de enfrente, en este caso de ropa vaquera. Él llamó por teléfono y ella se lanzó, algo imprudente, a cruzar la calle sin esperar al cambio del semáforo a verde. No estaba segura de si él la reconocería, pero, por si acaso, extremó las precauciones. Sacó del bolso el gorro de fieltro de su personaje y se lo encasquetó. Bajó la cabeza y se colocó a su lado.

—He venido al despacho. Sí. No. A lo me… —parecía como si alguien lo estuviese interrumpiendo.

Qué maleducada es la gente, pensó Elisa, y afinó un poco más el oído.

—Es que no me fío. Ya… —De nuevo las interrupciones.

El ruido de los coches y las voces de los chiquillos del colegio cercano en su hora de recreo le estaban dificultando la escucha. Podría no tener importancia alguna, pero era mucha casualidad, ¿no?, que el marido de la Ferrari acudiese al despacho en el que trabajaba Berta. Claro que igual había sido su antigua amiga quien se lo había recomendado a la pareja. De uno u otro modo,

necesitaba enterarse, pero Berta ya no estaba. A Sanjurjo no podía preguntárselo y nadie de la facultad debía saber que ella investigaba. Ni siquiera Joaquín, pero si le decía que se había encontrado al tal Corrales en el despacho cuando había ido para lo del divorcio, él no sospecharía nada. Seguro.

Aunque no quisiera saber de ella, del tema divorcio tenían que hablar. Y hablarían. Más pronto que tarde.

En mitad de sus disquisiciones, Ignacio Corrales se dio la vuelta. Lo vio volver sobre sus pasos hacia Blanc i Oriol. Ya ni siquiera intentaba meter baza en la conversación. Solo escuchaba y parecía preocupado.

57

Gómez pertenecía a criminalística y, aunque este equipo y el de homicidios colaboraban estrechamente en la resolución de crímenes, lo cierto es que no tenía autoridad alguna, reconocía Fernández, para reprenderlo.

Sin embargo, necesitaba, si no echarle en cara su falta de iniciativa, sí pedirle algo más de celeridad, en la medida en la que eso fuese posible. Naturalmente que los laboratorios, el forense, las delegaciones de la Policía, la Guardia Civil, cualquier eslabón de la cadena, todos estaban hasta arriba de trabajo. Faltaban oficiales y recursos, pero no siempre era excusa. Por otro lado, prefería ser él quien presionase un poco al equipo. Sabía hacerlo con la calma y el tacto necesarios y se adelantaba así a su compañera, que no andaba sobrada de estas habilidades.

Comenzó pues la reunión recordando a todos los presentes —y evitando así dirigirse directamente a Gómez— que se encontraban ante uno de los crímenes más extraños con los que se había topado a lo largo de su carrera. Un asesinato, advirtió, en el que no se estaba avanzando tan rápido como se debería. Debían forzar la máquina, añadió, «porque no podemos descartar la aparición de otro cadáver». Tras esperar a que finalizase el murmullo, mitad de asombro, mitad de incredulidad, expuso los motivos que le llevaban a decir aquello:

—Si Berta Morales ha perdido la vida a causa de algo relacionado con la facultad en la que daba clases, ¿quién nos dice que no podría ser atacado otro de sus miembros?

Una mano se alzó desde la tercera fila de asientos.

—¿Se descarta entonces la infidelidad como motivo principal?

—No, no podemos descartar la infidelidad aún, y por ahí quería empezar. ¿Alguna noticia del camarero que sirvió la cena a Elisa Morán la noche del crimen en su habitación del hotel de Imón?

—Sí, el dueño del establecimiento ha conseguido por fin contactar con él. El empleado asegura que llamó con los nudillos un par de veces antes de dejar la bandeja en el suelo y que había luz dentro, pero que no llegó a hablar con nadie del interior. Como sabemos, es rumano y no maneja bien el castellano.

—¿Has averiguado a qué hora se apagó esa luz o si permaneció, por casualidad, encendida el resto de la noche?

—No. Al parecer, solo ella ocupaba la planta superior del hotel —respondió con celeridad la agente Bastos.

La encargada de confirmar las coartadas concluyó que no se podía descartar la posibilidad de que Elisa no se encontrase en su habitación en el momento en el que alguien golpeaba a Berta con una barra de hierro en la base del cráneo.

—Cierto. No se sostiene —respondió tajante el inspector—. Una luz en el interior de un cuarto no significa que este se encuentre ocupado.

—Nadie la vio salir, ni de la habitación ni del hotel —otro de los agentes participó espontáneamente tratando de inclinar la balanza hacia el otro lado.

Fernández Navarro asintió, pero se mantuvo firme. No se la podía descartar. Pasó entonces a otro de los posibles asesinos y, despegando de la pizarra magnética la fotografía del decano, puso al grupo al corriente de las últimas novedades.

—Enrique de Olmedo. El decano *influencer*. Vapeador habitual. Un recambio de cigarro electrónico, idéntico a los que él fuma y que hemos visto en la mesa de su despacho, ha sido encontrado en la escena.

Se escuchó un nuevo murmullo.

—¿Habéis hablado con su mujer?

Bastos consultó su libreta antes de responder.

—Sí, su testimonio coincide. La señora De Olmedo asegura que, cuando salió hacia la ópera, su marido estaba en casa y que allí lo encontró al volver.

—Tampoco se sostiene. Va justo, pero podría haberle dado tiempo. Ella estuvo fuera de 20:30 a 23:30. La muerte de Berta se produjo entre las 21:00 y las 24:00. Más.

—La hija de Isabel Sanjurjo estaba en casa cuando esta regresó de cenar con su marido. Él también confirma la coartada.

—Bueno, pues si su familia no miente, parece que ella es la única a la que podemos tachar de la lista —reconoció Fernández Navarro mientras escribía la palabra «coartada» bajo la imagen de la Ferrari.

—Óscar y Joaquín, las otras dos personas de interés de la investigación —repasó el inspector—, estuvieron solos en sus domicilios, ambos aquejados de problemas sentimentales con sus respectivas parejas. Óscar tratando de acercarse a una Nuria, que lo rechaza al saberse engañada, y Joaquín preocupado por la confesión de Berta sobre Óscar y pensando en divorciarse de Elisa.

Se disponía a pedir opiniones, a solicitar ideas sobre por dónde continuar cuando fue interrumpido por un par de golpes en la puerta. Otro de sus hombres apareció en el umbral. La señora Carrión, la madre de la víctima, preguntaba por él al otro lado del teléfono y parecía, lo apremió, muy muy nerviosa.

58

También lo estaba Nuria, que no tenía noticias de su jefe desde que el día anterior saliese en dirección a la radio. Había tratado sin éxito de hablar con él. Lo había llamado, le había enviado mensajes, y nada. Aunque aún era pronto, no era propio de él llegar tarde sin avisar, y más con la cantidad de trabajo que tenía pendiente. ¿Se habría puesto malo en la emisora y de ahí que se cancelase la entrevista sin dar una explicación a la audiencia? Era una posibilidad real y, según lo imaginaba, notaba cómo empezaban a temblarle las piernas. Un infarto o un ictus. Don Enrique ya no era joven y aquel ritmo de vida tarde o temprano tenía que pasarle factura. Pensó en llamar a los hospitales, pero decidió tratar de localizar antes a su esposa. No tenía su móvil personal, aunque sabía dónde encontrarla: en las oficinas centrales de una conocida marca de perfumes. Desechó la idea al instante; podrían acusarle de entrometida o de exceso de celo, así que se le ocurrió preguntarle a la Ferrari.

Salió al pasillo en busca de la coordinadora, pero se detuvo al momento. El decano y la agente de policía que investigaba la muerte de Berta salían del ascensor. No la vieron, así que se dio la vuelta y entró de nuevo en el despacho. Ellos hicieron lo propio segundos después.

—No me pases llamadas, Nuria —le ordenó De Olmedo sin ni siquiera saludarla.

—No se marche. Necesito hacerle unas preguntas —añadió en el mismo tono imperativo la inspectora mientras cerraba la puerta tras de sí.

Susana Robles procedió, en primer lugar, a fotografiar la mesa del escritorio, donde, pulcramente colocados y separados por sabores, se encontraban los recambios de su cigarrillo electrónico. Después, protegidos sus dedos con un guante, cogió algunos para comprobar su gusto. Los había de fresa, sí, pero también de plátano, mango y sandía.

Mientras, De Olmedo se paseaba de un lado a otro de la habitación con aire indulgente.

—¿Encuentra lo que busca?

—Dígale, por favor, a su secretaria que entre, si es tan amable —le pidió ella ignorando la pregunta.

Una vez que Nuria estuvo a su lado, la conversación se centró en la actividad del despacho durante las últimas horas.

—¿Me confirma usted que el señor De Olmedo no ha regresado aquí hasta ahora, en mi compañía, desde que saliera ayer en dirección a la radio?

—Sí, sí, lo confirmo.

Nuria estaba roja. Le intimidaba la presencia de la policía, máxime cuando ignoraba el motivo de la inspección.

—¿Ha entrado usted en el despacho desde las tres de la tarde de ayer?

Robles fijaba así la hora en la que el decano era conducido a comisaría.

—Sí…, sí —la secretaria repitió la doble fórmula de afirmación. Continuó ante la actitud impaciente de la inspectora—. Siempre

recojo la mesa del decano antes de marcharme.

—¿Cambió ayer o esta misma mañana algo de lugar en esta bandeja?

—No. No —insistía ahora en la negación—. Cuando el decano se marchó ayer a la entrevista, estaba ya todo colocado.

—¿No ha quitado ni añadido nada? ¿Algún recambio de vapeador, quizá?

—No. No.

Si los resultados de la muestra de saliva, a la que —casi divertido— había accedido De Olmedo, no demostraban lo contrario, aquella pista parecía desvanecerse. Robles trató de disimular su contrariedad. Aunque sus simpatías personales nunca interferían en la investigación, lo cierto es que no podía evitar sufrir de arrebatos viscerales en relación con los sospechosos. Un malestar inesperado le advertía ahora de que el decano, con su petulancia y su aire benefactor, era peor que la locuacidad y los atropellos de la coordinadora de estudios.

Estaba guardando el contenido íntegro del organizador en una bolsa de evidencia forense cuando recibió un mensaje de su compañero. Alguien había entrado en casa de Berta, se había saltado el precinto y había puesto todo patas arriba. En ese momento, Fernández Navarro salía para allá desde comisaría.

Ambos inspectores se plantaron en la vivienda de la víctima con apenas unos minutos de diferencia. En la puerta, tan compungida como avergonzada, se encontraba Mercedes Carrión, que había descubierto la «terrible» escena cuando, obviando las restricciones judiciales, había entrado en el chalé. Necesitaba, explicó a la dotación policial que llegó en primer lugar, estar cerca de su hija. Y

¿qué le quedaba de ella? Solo sus cosas. Quería oler su ropa, tumbarse en su cama, imaginar que en cualquier momento aparecería por la puerta. Pero al meter la llave en la cerradura, no encontró a Berta sino un revoltijo de ropa, libros, papeles y otros objetos que habían sido sacados de armarios, estanterías y cajones, y arrojados sin piedad al suelo.

No había tocado nada, así que Robles y Fernández Navarro se toparon al llegar con el mismo escenario. Recorrieron el resto de habitaciones hasta entrar en el dormitorio, donde los compañeros les informaron de que los objetos de valor, relojes, cuadros y alguna que otra joya, seguían en la casa.

Descartado el robo en una primera impresión, la situación los llevó a pensar qué podría o podrían estar buscando los violadores del precinto.

—Señora Carrión, ¿se le ocurre a usted qué podría interesarle a quien haya hecho esto? —Fernández Navarro señalaba la montaña de ropa que había sido arrojada sobre la cama de Berta.

Mercedes negó con la cabeza. No lograba articular palabra. Las lágrimas asomaban por las cuencas de sus ojos. La mujer parecía a punto de desmoronarse ante aquella crueldad —¿quién iba a querer seguir haciendo daño a su hija después de muerta?—, así que resolvieron llevarla a un centro médico. Fernández Navarro la asió del brazo para conducirla hasta el coche mientras Robles le advertía que, si volvía a romper el precinto policial en una segunda ocasión, habría consecuencias.

59

Desde la aparición del cadáver de Berta, cuando estaba nervioso, Joaquín se frotaba las palmas de las manos hasta hacerlas enrojecer. El tic, que comenzaba siempre con un masaje silencioso, podía desembocar, si no lo controlaba, en una fricción frenética que acababa con enrojecimiento y prurito. Aunque esa mañana no había llegado aún a tal extremo, no eran pocos los alumnos que se habían dado cuenta del trajinar de manos de su profesor.

El desencadenante de ese estado había sido aquel día una sirena de policía. Desde la desaparición de Elisa soñaba con luminosos de coches patrulla encendidos en rojo fuego, con comisarías y agentes uniformados. En algunas pesadillas era esposado, en otras arrojado a una celda sin barrotes de la que, inexplicablemente, no podía salir. Después, con la investigación del asesinato, el estrés no había hecho sino empeorar.

Al abrir los ojos ese viernes ya se había sentido mal. Y no solo por el ruido que hacía la policía al pasar bajo su ventana. Notaba un inquietante malestar que se le agarraba a las tripas y que parecía flotar dentro de su cabeza. Eran los síntomas de la confusión y el desasosiego que, juntos, le daban los buenos días.

Después, al recalentarse el café del día anterior y sentarse a tomarlo en el saloncito vacío, se había dado cuenta: aquella normalidad, la de un hogar amueblado y decorado según las tendencias actuales, le resultaba opresiva. Se había acostumbrado al

sube y baja de bastidores de su casa de la sierra, bueno, de la casa de Elisa, y no sabía si echaba de menos el Japón medieval o el polvo marciano. Sonrió al acordarse de los días que habían pasado juntos mientras ella estaba enfrascada en la traducción de *De la Tierra a la Luna*. Siguiendo su particular método, Elisa había empapelado el cuarto de baño como si fuese la luna, con imágenes que reproducían el suelo del satélite, tal como las había capturado la gloriosa tripulación del Apolo 11 en 1969. Toda una licencia, si tenemos en cuenta que Julio Verne publicó su novela en 1865 y *la lune* solo se podía divisar con los pies anclados por la gravedad al suelo terrícola. También, claro, ayudándose de la imaginación, una habilidad de la que él, la verdad, no podía presumir. Aun así, y también por amor a sus lecturas infantiles y al gran Jules Verne, lo había aceptado.

De regreso a la Tierra, aquella añoranza de lo que tanto había detestado y por tanto tiempo, acentuó su desazón y anduvo recreándose en ella hasta que recordó la cita que había concertado esa misma tarde con Federico de Marcos. Por fin sabría algo de los restos de suelo que guardaba desde el intento de excursión a la sierra de Guadarrama. Su amigo lo había llamado la noche anterior, pero no había querido avanzarle nada. Es mejor que lo hablemos en persona, le había dicho. O de Marcos se había vuelto un hombre de fórmulas antiguas o aquello era realmente misterioso.

60

Al regresar a Los Chalés, Elisa se encontró con el zafarrancho en casa de Berta. La presencia de un coche patrulla en la puerta de la vivienda le sugirió que había novedades en el caso, sospecha que confirmó cuando, como no podía ser de otra manera, decidió acercarse a la valla para husmear. Agachada y oculta por las arizónicas, vio pasar a varios hombres protegidos con un epi y hasta pudo escuchar el clic de varias cámaras fotográficas, de lo que dedujo que alguien trataba de capturar las imágenes de un nuevo escenario criminal.

Solo se le ocurrían dos personas que pudieran haber sido atacadas en ese chalé: la madre y el amante de Berta, es decir, Joaquín. Sintió cómo se le erizaba el vello y, ya sin ocultación alguna, echó a andar hacia la entrada.

El inspector Fernández Navarro se giró al escuchar sus pasos en el recibidor.

—Señora Morán, no puede usted entrar.

Ella se llevó las manos a la boca, temiéndose lo peor.

—¿Ha… Hay… un muerto?

—No, por Dios. Acompáñeme.

Le costó conducirla hasta la calle. Se había quedado rígida de la impresión. La cogió del codo para acompañarla en dirección a su casa.

—¿No va a decirme qué ha pasado?

—No debería. Lo que sí puedo confirmarle es que dentro no hay ningún cadáver.

Ella lo miró de reojo. No terminaba de creerle. Lo escrutaba buscando algún indicio, algún gesto que confirmara sus temores, cuando él se paró en seco en mitad del asfalto.

—¿Venía ahora usted de su casa?

—No, ¿por qué?

—¿De dónde venía?

—De Madrid, de resolver unos temas personales. —Se había puesto a la defensiva.

—¿Cuántas horas lleva fuera?

Ella se llevó ambas manos a la cintura.

—¿Me va usted a decir qué sucede?

—Déjeme sus llaves —le soltó el inspector. No era una petición. Era una orden.

Fernández Navarro abrió con precaución la puerta de la casa de Elisa, la traspasó con cautela, inclinó su cuerpo hacia el recibidor y, tras comprobar que no había ruido alguno, procedió a entrar. Nada más echar un vistazo al salón, se tranquilizó. Todo estaba en su sitio. Falsa alarma. Por un momento se le había ocurrido que alguien podía haber entrado también en la vivienda de la traductora. Sin embargo, subiendo un nuevo peldaño en su proceso de especulación, se le apareció la idea de que podría haber sido la propia Elisa quien pudiera estar tras el asalto a la casa de Berta. Quizá hubiera entrado buscando pruebas de la infidelidad de su marido de cara a un posible juicio de divorcio.

—¿Tiene usted llaves de la casa de su amiga?

La pregunta pilló a Elisa desprevenida.

—¿Yo? No —y añadió, elucubrando—: Alguien ha entrado donde Berta buscando algo.

Fernández Navarro sonrió sin pronunciar palabra, y esa falta de respuesta confirmó las sospechas de Elisa.

Se despidió amablemente del inspector y se puso manos a la obra. Tenía mucho en lo que pensar. Se descalzó, se sentó en la butaca y, mientras contemplaba el jardín, estableció un orden de prioridades. Dejaría macerando unas cuantas horas el reciente suceso. Su cerebro, bien lo sabía, necesitaba reposar los acontecimientos para poder extraer de ellos conclusiones acertadas o, al menos, aproximadas. Empezaría con el guapísimo abogado que había visto por la mañana en Blanc i Oriol. ¿De verdad deseaba que ese señor tan estupendo le llevase el divorcio? Pues sí. Aunque la idea solo hubiese atravesado su mente como un destello fugaz, aquello significaba que, a pesar de sus dolorosas circunstancias, seguía abierta al amor. Elisa se animó, «hay vida más allá de Joaquín».

De un salto, se levantó y se sentó frente al ordenador. Tecleó el nombre del despacho y buscó al pelirrojo. No estaba en derecho de familia, qué raro. Desde el primer momento había dado por supuesto que desempeñaba su labor en esa área. Recorrió la web pestaña a pestaña, hasta que lo vio, todo corbata y exhibiendo una sonrisa cálida desde la pantalla. Vaya. No había tenido suerte. Alberto Osorio —qué nombre tan rimbombante— estaba especializado en derecho mercantil.

Bueno, tampoco había sido para tanto. Apenas un chispazo. En realidad, no estaba interesada, ni en este señor ni en ningún otro. Lo que sucede es que una está casada, se dijo, pero no está ciega.

61

—Tú no me has pedido ayuda porque necesitas saber si se pueden plantar coliflores en Quijano, ¿verdad?

Federico de Marcos no eludía nunca una pregunta ni una respuesta. Tampoco se andaba con chiquitas ni era partidario de suavizar realidades ásperas. Joaquín recordaba perfectamente su carácter firme y asertivo, por lo que no se molestó en disimular.

—Ya sabes que no.

Su antiguo compañero de estudios había elegido la cafetería de la Facultad de Agrónomos para el reencuentro. Sin ser, ni de lejos, la de derecho o la de periodismo, el ruido de fondo les aseguraba poder charlar con la intimidad necesaria.

Por supuesto, no habían empezado la conversación hablando de crucíferas. Antes de ir al grano, habían recordado los buenos tiempos y se habían preguntado por la marcha de sus vidas. De Marcos, felizmente casado y padre de tres hijos, compaginaba la investigación con la docencia, actividad que amaba y en la que esperaba continuar por muchos años. A Joaquín, en cambio, la sola idea de verse toda la vida frente a las caras de desinterés de la mayoría de sus alumnos le aterraba. En cuanto a su estado sentimental, mejor no hablar.

Tras el «cambio de trajes», surgió, por fin, el motivo del encuentro.

—Has hecho muy bien en buscar respuestas. El tema puede ser grave. De hecho —realizó una pausa dramática—, creo que lo es.

Grave. Joaquín elevó las cejas. Qué mierda de palabra. ¿Qué más podía pasar? Aquel septiembre se estaba convirtiendo en el mes más largo de toda su vida.

—Tengo aquí el informe. Pero te resumo. —Acercó su silla todo lo que pudo a la de su interlocutor, a la vez que le entregaba un dosier —. Se confirma, lo primero, que la muestra procede de un terreno que ha ardido. No solo por la ceniza, claro, sino por los elevados niveles de calcio hallados. El pH está alterado por completo y los nutrientes totalmente desequilibrados. Adiós a las coliflores. —Sonrió para relajar la tensión.

Joaquín ensayó una sonrisa forzada y lo invitó, ansioso, a continuar.

—¿Ese es el nivel de gravedad?

—No. El análisis químico ha encontrado restos de sangre, de tejidos humanos y de elementos citoquímicos y citotóxicos, entre otros.

Joaquín abrió la boca al tiempo que se la tapaba con ambas manos.

—¿Quieres decir…?

—Quiero decir que ese camión accidentado que provocó el incendio podría haber transportado residuos altamente contaminantes.

—¿Y los restos anatómicos?

—Pueden proceder de desechos orgánicos de intervenciones quirúrgicas. A no ser que el camión llevase dentro uno o varios cadáveres.

—Pero… —Joaquín aguardó un instante antes de continuar—. No se ha oído nada de eso en televisión, ni cuando volcó el camión ni después.

—De ahí la gravedad.

Joaquín se vio a sí mismo escoltado por aquel maromo rapado de seguridad que le había confiscado, quién sabe con qué permiso y autoridad, la barrena.

—¿Qué podemos hacer?

—¿Podemos? No, querido, yo no estoy dispuesto a meterme en líos. —De Marcos cortó en seco cualquier posibilidad de participar en aquel asunto—. Mi recomendación, y te lo digo en serio, es que te andes con ojo. Ten, por favor, mucho cuidado.

Y, tras reiterarle el consejo, se levantó, dejándolo solo en mitad de la algarabía del bar. Ensimismado y confundido, Joaquín ni siquiera vio al alumno que se había plantado delante de él y que se llevó, sin pedir permiso, la silla que se había quedado libre.

62

Cotilleos, politiqueos y películas malas. Es lo que le hubiera dicho Nuria a alguien que en ese momento le preguntase qué echaban en la tele los viernes, y en eso estaba pensando, tirada en el sofá, mientras zapeaba compulsivamente.

Se había preparado una bandeja con restos de comida que quedaban en la nevera. Odiaba ir al supermercado, lo que la iba obligando, a medida que avanzaba la semana, a ir tirando de sobras y a improvisar platos «de lo que haya». Esa noche había conseguido rescatar del frigorífico una ensalada de lechuga, aceitosa y lacia, una porción de queso manchego y un yogur caducado. Volvió a recorrer con el mando los canales de siempre y al final se decidió por un programa que se decía de investigación. La presentadora interpelaba al espectador desde un polígono industrial del sur. «¿Quiere usted saber quién maneja los hilos del tráfico de estupefacientes en la Península Ibérica?». E insistía: «¿Es el sur de nuestra geografía un coladero para las mafias de la droga?». Ni lo sabía ni le interesaba, pero dejó el programa puesto, más que nada por sentirse algo acompañada.

Vivía encima de un gimnasio, en una casa antigua de dos pisos del barrio de Tetuán. Su experiencia como inquilina se resumía en la ausencia de vecinos y la falta de espacio. La casa era pequeña y se sentía sola, pero el bajísimo precio del alquiler le compensaba. Por otro lado, cuando ella se marchaba hacia la facultad comenzaban a

llegar al gimnasio los socios tempraneros y a última hora del día, cuando regresaba, apenas quedaba actividad. Así que los ruidos de las máquinas, las carreras, la música o las voces no suponían para ella una molestia. Los sábados y domingos eran de lo más tranquilos. La mayoría de los clientes eran mujeres que aprovechaban los rescoldos de la semana para deshacerse —o eso intentaban— de algunas calorías. Por ese motivo, le sorprendió escuchar varios sonidos, como de arrastrar máquinas, que procedían del piso de abajo. Eran cerca de las nueve de la noche, la hora de cierre, y le extrañaba que alguien estuviese en ese momento revisando poleas, cintas de correr o apilando colchonetas. Abrió la ventana del salón y vio salir a un pequeño grupo de chicos que exhibían músculo, todos vestidos con camiseta de tirantes y pantalón corto.

Se quedó unos minutos asomada al balcón mientras los veía bajar la calle y aspiró el aire que ya olía a otoño, cada día más presente, más fresco cada hora. Por la otra acera se acercaba el último turno de limpieza del gimnasio. Conocía de memoria su rutina: daban el repaso final a las distintas salas y, junto a la recepcionista, eran las encargadas de echar el cierre.

La voz de la presentadora de la tele volvió a captar su atención y regresó al tráfico de drogas en las calles deprimidas del sur. Cuarenta y cinco minutos después escuchó a las mujeres charlar, animadas, y el portazo con el que el Muscle quedaba cerrado hasta las nueve de la mañana del día siguiente.

En la pantalla, un hombre con el rostro desenfocado y la voz distorsionada denunciaba la presencia de camellos en los portales y esquinas de su barrio. Su testimonio se complementaba con un

rótulo que iba escupiendo cifras: la de los jóvenes muertos por sustancias ilegales en la última década, la del número de habitantes del lugar y las del desempleo.

A pesar de la trágica realidad que le iba hilvanando una voz en *off*, se quedó traspuesta frente al televisor.

Media hora más tarde, según pudo fijarse en el reloj de la emisión, la despertó otro sonido poco habitual. Procedía de la parte trasera de la casa. Pensó que algo se había caído en la cocina. Se levantó y, cuando se dirigía hacia allí, con el plato de la cena en una mano y los cubiertos y el vaso en la otra, escuchó con nitidez de qué se trataba. Eran los pasos de alguien subiendo por una escalera. Por la escalera de servicio que conectaba el gimnasio con su casa y que tenía el acceso restringido. Solo los propietarios tenían la llave de aquella entrada, que ella jamás había utilizado.

Entonces lo supo. Ella sería la próxima muerta del caso del reciclaje. Sintió la presencia tras la puerta y, cuando escuchó el ruido de una llave que se introducía en la cerradura, perdió pie. Los platos de la cena se estrellaron contra el piso, desatando una pequeña tormenta de cristal.

63

Esa misma noche, aunque horas más tarde, la luz del salón del 4º D de Claudio Coello 42 permanecía encendida. La vecina del bloque de enfrente, que se había levantado al baño en plena madrugada, podía distinguir, escondida tras los cortinones del salón, cuatro siluetas alrededor de la mesa. Eran Isabel Sanjurjo, supuso, y sus dos hijas. Pero ¿quién era la cuarta figura? Le extrañó la actitud estática del conjunto, como si alguien hubiera dispuesto un grupo de maniquíes en una instalación artística. De regreso al dormitorio, miró la hora en el carrillón del pasillo. Eran las dos de la mañana.

A las tres seguía despierta, dándole vueltas a la reunión intempestiva de sus vecinos, a los que conocía desde que llegaran al barrio con la niña mayor recién nacida. ¿Se habría echado pareja Isabel? Podría ser, aunque igual era uno de los novios de las niñas, que ya tenían edad para eso. Quizá era una de esas sobremesas de cenas de celebración que se prolongan hasta altas horas, copa va, copa viene.

Consiguió dormirse, al fin, y cuando despertó la residencia de los Sanjurjo estaba ya a oscuras. El sueño le había impedido darse cuenta de que el cuarto elemento era un viejo conocido, Ignacio Corrales, exmarido de su amiga Isabel. El empresario había abandonado la casa cerca de las tres, al final de una reunión familiar intensa y larga.

Para entonces, hacía rato que los inspectores Robles y Fernández Navarro descansaban en sus respectivos hogares. Habían cenado juntos. La idea era comentar el estado del caso e intercambiar impresiones y sospechas, pero la conversación pronto derivó hacia otros asuntos. Hablaron del divorcio de él y de la resistencia de ella a tener pareja, y degustaron una cena italiana tradicional pero coqueta. Dos botellas de Chianti después y tras haber revisitado las líneas abiertas de la investigación y dado la vuelta como un calcetín, uno a uno, a todos los sospechosos, solo tenían claro un asunto, y no era sobre el caso: se caían bien, congeniaban. Podría decirse, sí, podría decirse… que se gustaban.

64

El encargado del gimnasio llegó, como siempre, media hora antes de la apertura. Cada mañana encendía las luces, abría las puertas, activaba los tornos y repasaba los horarios de las clases y los entrenamientos personales. Después, cedía el testigo a la encargada de recepción y salía a la escalera de servicio a fumarse un cigarro. Al ser sábado, hizo todo aquello una hora más tarde de lo habitual y, como había menos clientes, se lo tomó con calma. Apoyado en la barandilla, sacó un cigarrillo liado y, al girarse hacia la ventana para buscar el cenicero, se dio cuenta de que algo no cuadraba en su paisaje habitual. ¡Claro! Era la puerta de servicio de la vecina de arriba. Estaba abierta de par en par. Subió los escalones de dos en dos y, nada más plantarse en el descansillo, la vio. Estaba tirada en la cocina, rodeada de cristales, y sangraba por el lado derecho de la cabeza. Se acercó a ella sin dudarlo y le tomó el pulso. Estaba viva.

Veinte minutos después, el encargado compartía escenario con la policía y con los operarios de la ambulancia. Nuria Águeda había sobrevivido a lo que, a primera vista, parecía un ataque.

Fernández Navarro y Robles no lo tenían tan claro. El golpe en la cabeza, a la espera de la opinión de los médicos, parecía haber sido producido por la propia caída. El lugar de la contusión coincidía con el saliente de la encimera situada detrás del cuerpo. Era posible, concluyeron, que ella misma hubiera abierto la puerta para que corriese el aire y que resbalara y se golpeara cerca de la sien.

Solo pudieron salir de dudas cuando Nuria, una vez recuperado el conocimiento y repuesta del *shock*, les contó lo sucedido.

—¿Está segura de que bajo la capucha y la máscara se escondía un hombre?

—Sí, lo era. Lo sé por sus manos.

—¿Por sus manos? ¿No nos ha dicho que llevaba guantes?

—Sí —y cerró los ojos en ese punto—, pero eran unas manos muy grandes. Muy grandes.

Se resguardó con el embozo de la cama. La habían ingresado en urgencias para hacerle las pruebas oportunas.

—¿Sospecha usted de alguien? —fue Robles quien lanzó la pregunta.

—Sí, creo que ha si… —Un sollozo interrumpió la frase—. Ha sido Óscar Andrade.

65

¿Era cierta la acusación de Nuria? ¿Era Óscar Andrade un criminal sin empatía ni sentimientos? Él mismo había intentado demostrar lo contrario en varias sesiones maratonianas de interrogatorios. Esa misma mañana, mientras Nuria era trasladada de urgencia al hospital, él había acudido a declarar a la comisaría de forma voluntaria. No podía ser de otra manera: no había pruebas contra él, tan solo el testimonio de la víctima, que se basaba en una intuición, cuando no en una suposición.

Un día después, y a pesar de haberse confirmado que la herida de la cabeza de Nuria se había producido por una caída, Óscar Andrade fue detenido. Una orden judicial había posibilitado el registro de su vivienda, donde se habían encontrado, en palabras de Robles, «elementos sugerentes para el caso».

—¿Sabe usted qué es esto? —Fernández Navarro mostraba al arrestado un pequeño bote de plástico que contenía un producto amarillento.

—Sí, claro. Es cera para fundir, cera perdida —contestó seguro.

—¿Para qué la emplea usted?

—Para mis clases de microbiología.

—¿Hace usted figuritas de los protozoos?

La maldad provenía de la inspectora, que permanecía de pie junto a la puerta mientras su compañero dirigía el interrogatorio sentado frente al profesor.

—No, señor. —Fernández Navarro intervino antes de darle la oportunidad de responder—. Se lo voy a decir yo: esta cera es la que ha usado para sacar un molde de la llave de la puerta de servicio de la casa de Nuria Águeda.

El abogado hizo una seña con la mano a su representado para que no respondiera, momento que el policía aprovechó para atacar de nuevo. Retiró el bote de cera con una mano mientras sacaba otro tarrito del bolsillo del traje.

—A ver si tenemos más suerte con esto —soltó, sonriendo, sin dejar de mirarlo fijamente.

El abogado se giró hacia su cliente.

—Bueno, ahí pone lo que es, ¿no?

—Al-co-hol i-so-pro-pí-li-co —leyó Fernández Navarro, separando las sílabas con evidente intención.

Andrade guardó silencio.

—Ya sé que me va a decir —se adelantó de nuevo el policía—, que lo usa para limpiar en el laboratorio. ¿Por qué lo lleva en la mochila?

—Soy muy maniático con la limpieza.

—Ya.

—Como usted mismo ha podido deducir, esto no son pruebas concluyentes. —El abogado comenzó a levantarse mientras hablaba y hacía un gesto a Andrade para que se incorporara—. Así que damos por concluida la declaración de mi cliente.

Robles se retiró de la puerta, dejando espacio a ambos para que abandonaran la sala. Al salir, Óscar le hizo una breve inclinación con la gorra.

66

Elisa sudaba dentro del Smart esperando, agazapada en su asiento, a que Óscar saliera de comisaría. Se entretenía, mientras, en arrepentirse una y otra vez de haberse puesto una camisa de manga larga. Septiembre había cruzado el ecuador hacia el otoño, pero los termómetros no parecían darse por enterados. Si miss Marple hubiera sido española, la señora, la señora Juana para ser más exactos, a estas alturas del año realizaría sus investigaciones criminales con batita de flores y sandalias negras con rejilla típicas de las abuelas. Desde luego, más fresca que ella estaría, y también menos molesta. Le picaba todo, por la mala calidad del tejido, pero también a causa del sudor. Estaba a punto de tirar la toalla, de arrancar y marcharse, pero recordó que la paciencia era uno de los atributos principales de Jane Marple.

Así que allí estaba, aparcada en la acera de enfrente, respetando la zona de seguridad, unos metros más abajo de la comisaría. Cuando un agente se acercó hasta la ventanilla del coche para preguntarle cuál era el motivo de haber estacionado tan cerca de las instalaciones de la Policía lo despachó con un escueto «estoy esperando a un amigo». No era cierto, por supuesto, y aunque ella era una mujer incapaz de sustraerse al imperio de la ley, no se le ocurrió cómo espiar, en aquella calle tan estrecha y vigilada, al nuevo compañero de su todavía marido sin meterle esa sonora trola al uniformado.

Cuando Óscar salió de comisaría llevaba la gorra en una mano y cambiaba sus gafotas de ver negras por unas de sol. Permaneció unos segundos despidiéndose de su abogado y echó a andar calle abajo. Elisa se bajó de su coche para seguirlo, pero no tuvo que caminar mucho tras él. En la primera bocacalle, Óscar Andrade se introdujo en otro Smart, así que ella echó a correr hacia el suyo. No podía perderle la pista.

Los dos cochecitos atravesaron el centro y salieron a la autovía. Uno tras otro, subiendo y bajando rasantes, esquivando incorporaciones, cambiando de carril, parecían autos de juguete sobre las pistas color asfalto de un Scalextric. En la salida a Avenida de la Ilustración, él redujo la velocidad. ¡Anda!, pero si estaban cerca del nuevo barrio de Joaquín. Pero no, ese no era el destino. Andrade siguió subiendo hasta Francos Rodríguez y, desde esa calle, se introdujo en el corazón del barrio de Tetuán.

Elisa lo vio entonces disminuir la velocidad, poner los intermitentes y dar varias vueltas a la misma manzana. No podía seguirlo tan de cerca sin ser vista, así que se quedó algo rezagada. Detuvo el coche en una esquina y se entretuvo mirando los portales y los negocios, escondida tras el parasol. En una tercera vuelta del Smart de Andrade quedó un hueco libre en la entrada de lo que parecía un gimnasio. Muscle, se llamaba. El tipo iba a estacionar en la misma puerta cuando, de repente, frenó y se agachó como para recoger algo de debajo de los asientos. En ese mismo momento salía del portal de al lado la secretaria del decano.

Nuria Águeda llevaba también un gorro, un discreto gorrito de paja que no le pegaba nada con esa ropa tan poco veraniega, se sorprendió Elisa. Sin levantar la cabeza del suelo —¿le pesaría el

sombrero?—, Nuria introdujo medio cuerpo en un Dacia Logan aparcado justo al lado de la plaza libre y del que salió con una bolsa de plástico que arrojó enseguida a la papelera más cercana. Elisa se fijó en que también llevaba manoplas. Qué tía tan estrafalaria, se repitió un par de veces meneando la cabeza con los ojos cerrados.

El de la gorra, mientras, parecía haberse esfumado, así que decidió ocuparse de «la boba». Aguardó a que esta se montara en el coche y arrancara para dirigirse corriendo a la papelera. No le hizo falta meter la mano. Se asomó mientras simulaba arrojar algo al interior y lo vio. Era un paquete de guantes de plástico. Lo agarró y salió disparada hacia su Smart.

Alcanzó al coche de Nuria en plena M-503. Parecía dirigirse hacia la facultad. En efecto, Nuria giró a la derecha en la señalización de La Cañada y, tras reducir la marcha, enfiló hacia Ciencias del Clima.

67

Si las paredes hablasen, las de Ciencias del Clima contarían a varias generaciones futuras de alumnos que aquel domingo fue uno de los días más divertidos de su historia por el extraño juego del escondite que parecía tener lugar en las instalaciones. Y no, no eran los alumnos, a la sazón todavía unos imberbes, los participantes. Se trataba de figuras destacadas del corpus docente. La primera en saludar al guarda jurado que vigilaba el portón de entrada fue Nuria, ya sin el gorrito de paja pero luciendo un apósito que protegía la contusión producto de su supuesto accidente doméstico. Después de abrir el despacho del decano, dejar su bolso y comprobar que todo estuviera en su sitio, se dirigió a secretaría, de donde salió llevando en su bolsillo un tintineante juego de llaves que trataba de silenciar agarrándolo desde el exterior de su falda. La llave de color azul era la del despacho de Berta. Miró hacia atrás, a su derecha y a su izquierda y, tras comprobar que el pasillo estaba desierto, entró.

Segundos después, al escuchar el ruido de la puerta que se cerraba, Elisa asomó la cabeza por el corredor, guiada por una certera observación de su personaje: «Vean cómo se comportan las personas y no escuchen lo que dicen. La verdad está en los hechos, no en las palabras».

Tres pasos más abajo, Joaquín recorría el vestíbulo y se paraba frente a los ascensores. Había llegado en un taxi. El enrojecimiento de sus manos era tal que conducir le resultaba misión imposible. En

nada se plantó en el piso en el que se escondían Elisa y Nuria. Su objetivo secreto era analizar una pequeña muestra de la tierra incendiada por el camión y chequear, hasta donde llegara la capacidad de los equipos disponibles en la facultad, los valores que contenía el informe que le había entregado Federico de Marcos. Empujó con el codo la puerta del elevador, que permaneció estática. Añadió la fuerza de su hombro, pero nada. La puerta no abría. Era domingo, ¿qué podía pasar si pedía ayuda? Subiría el de seguridad, pero poco más. No había nadie en el edificio y, si la visita llegaba a oídos del decano o de cualquier compañero, pondría alguna excusa. No obstante, al empujar de nuevo sin resultados, empezó a agobiarse. Esperar a que llegaran los bedeles a primera hora del lunes no era una opción. Apenas llevaba unos minutos y ya sentía que se ahogaba entre las cuatro paredes metálicas de color crema.

El incisivo ruido de la alarma del ascensor inundó el espacio vacío y hasta entonces silencioso y fue tal el sobresalto que a punto estuvo de hacer que Nuria se desplomase de nuevo. El instinto, sin embargo, le ayudó esa vez y la instó a agarrarse con fuerza a las puertas del armario que estaba cerrando cuando se disparó el sonido. Lo que no estuvo de su lado fue la atención. El miedo a ser descubierta le pudo y salió corriendo del despacho dejando atrás lo que había venido a buscar: un informe que ya conocía de una anterior visita, pero que ahora había decidido llevarse consigo para hacerlo desaparecer. En su huida precipitada, se le cayó de las manos y fue a parar a las de Elisa, que se introdujo en la habitación nada más perder de vista a la secretaria.

Con los papeles dentro del morral que llevaba a modo de bolso, la traductora se dispuso a esperar. Quería, necesitaba, saber quién era

el infortunado prisionero del ascensor. ¿Qué podía hacer? Esperaría a que el de seguridad emprendiera el camino hasta el tercero para salir por la puerta principal y quedarse ahí esperando, simulando que entraba. Pero otra visita imprevista se lo impidió. Óscar discutía con el guarda. El profesor le insistía en que necesitaba recoger unos papeles, pero el hombre se negaba en rotundo a facilitarle el acceso. Tras el incidente en casa de Nuria, el decano había dado orden de impedirle el paso. Aún no le habían despedido, pero era cuestión de horas.

68

—¿Se lo decimos ya o esperamos?

Con un cruasán entre la mano y la boca, Robles preguntaba a su compañero. Estaban desayunando, por segunda vez en lo que iba de mañana, en un bar del centro. Hacían tiempo para su reunión con el comisario de Delitos Tecnológicos.

—Yo esperaría. Vamos a mantener la vigilancia. Es posible que se ponga nervioso. Aunque no haya pisado jamás la planta de reciclaje, su implicación no ha quedado descartada.

El inspector respondía así a la pregunta de su compañera sobre si comunicarle o no al decano que la prueba del adn había dado un resultado negativo. De Olmedo no había fumado en ese recambio de vapeador encontrado en las inmediaciones de Los Zarzales.

—No sé. Yo lo vi muy seguro y desafiante en el interrogatorio. —Robles añadió una pregunta a su reflexión—: ¿Y Andrade?

—Ese es harina de otro costal.

—¿Te refieres a la supuesta violación a Berta?

—Claro —dijo Fernández Navarro con la boca llena de azúcar y hojaldre—, y porque, además de no tener ninguna coartada, no descarto que Nuria diga la verdad, y que el tipo fuera a su casa a acosarla.

—Ella insiste en que ya no están juntos, pero no me extrañaría tampoco lo contrario.

—Sea como sea, la mujer es rara.

—¿Rara? ¿Te parece rara esta y no la loca transformista?

Fernández Navarro sonrió.

—Bueno, si lo piensas, es una mujer centrada en su trabajo —se explicó, en un tono frívolo que no pasó desapercibido.

—Y su coartada, ¿dónde está? —ella atacó sin poder disimular el malestar que le producían las simpatías de su compañero hacia Elisa.

¿O eran celos? Esa posibilidad, que él también contemplaba en ese mismo instante, sumió a ambos en un incómodo silencio. Y en él permanecieron mientras observaban, ya satisfechos tras la comida, a los turistas que abarrotaban una tienda de *souvenires* cercana.

Pasaba de las 13:30 del mediodía y el comisario Feijóo los esperaba ya en su despacho. Dada la evolución del caso —que a falta de respuestas suscitaba cada vez más preguntas— el responsable de la Brigada Tecnológica había decidido abandonar la tranquilidad dominical de su casa y reunirse personalmente con sus compañeros. Bueno, y también porque se lo habían pedido desde arriba. «Lo de la universidad —había escuchado decir a un superior de su superior— es una bomba a punto de estallar, y nos va a caer encima toda la tornillería».

Así que allí estaban los tres, sentados en una pequeña sala de juntas. Feijóo comenzó la reunión con una pregunta.

—¿Quién es Alberto Osorio?

Robles y Fernández Navarro se miraron. Ni idea.

Su compañero abrió entonces un archivo desde el escritorio de su PC y su contenido apareció en la pantalla que ocupaba toda la pared frontal de la sala. Una a una, renglón a renglón, el documento reflejaba las llamadas entrantes y salientes del teléfono de Berta.

—Alberto Osorio —procedió a explicar el comisario— es la última persona a la que Berta llamó el viernes 11 de septiembre, tan solo unas horas antes de que su cadáver fuera encontrado. Y, además —adelantó un par de páginas con el control remoto—, se comunicaron no pocas veces desde mediados de agosto y hasta la fecha del crimen.

Fernández Navarro asimilaba la información mientras tecleaba en su móvil. Lo encontró a la primera. Osorio era un abogado de Blanc i Oriol y, por lo tanto, compañero de Berta. Pasó el teléfono a Robles. Ella se detuvo mirando la foto del pelirrojo. Cuando ya iban a levantarse, Feijóo los detuvo.

—Otra cosa importante, aunque os paso al correo ya mismo el informe completo. El día 8 de septiembre Berta mandó dos mensajes de WhatsApp a Nuria Águeda e Isabel Sanjurjo. En ambos, enviados con un intervalo de segundos, las invitaba a pasar por su despacho para comentar un tema importante. No sé —añadió, por último—, puede ser algo irrelevante, algo de la facultad…, pero os lo comento para que lo valoréis.

69

Joaquín se secó el sudor con el borde inferior de la camisa. Empujó de nuevo la puerta del ascensor y, en un arrebato de angustia, volvió a tocar todos los botones. Esa vez lo hizo con ambas manos, pulsando a la vez los de todos los pisos. Para su sorpresa y alivio, funcionó. El aparato empezó a descender y llegó a la planta baja. Allí lo aguardaba el de seguridad, que, aliviado también por resolver el tema sin tener que llamar a los de averías, lo recibió preguntándole si se encontraba bien.

Apenas había pasado cinco minutos encerrado, pero el profesor estaba desencajado y sudaba profusamente, y así lo encontró Elisa cuando atravesaba la puerta de salida. Nada más verlo se abalanzó sobre él.

—¿Te encuentras bien?

Él se la quedó mirando, pero no parecía reconocerla. Su nivel de estrés tocaba techo en ese momento. Se acercó a ella y abrió la boca para contestar, pero no tenía palabras. Tampoco fuerzas. Se agachó para evitar derrumbarse y permaneció unos segundos en cuclillas. Cuando ella se disponía a adoptar la misma postura para ayudarlo, lo vio caer hacia un lado. Solo pudo entonces arrodillarse junto a él mientras pronunciaba su nombre una y otra vez:

—Joaquín, Joaquín. Despierta. Joaquín, Joaquín. Joaquín.

Medio asomada desde una de las ventanas de la galería, Nuria contemplaba la escena. Vio al guarda acercarse a la pareja y a Elisa

abanicar al desmayado mientras recuperaba el conocimiento poco a poco. Observó después cómo ella sacaba una pequeña botella de agua. Lo vio beber, levantarse con ayuda del vigilante y echar a andar hacia el garaje, agarrado del brazo de su exmujer.

De allí acababa de salir en su Smart Óscar Andrade, y allí los esperaba otro modelo idéntico: el de la traductora. No era el Cupé Plymouth de Philip Marlowe, ni uno de esos elegantes Rolls-Royce que en las películas trasladan a Hércules Poirot de un lugar a otro de sus mapas del crimen, pero Elisa adoraba ese coche. Ayudó a Joaquín a acomodarse en el asiento del copiloto y arrancó con destino a Los Chalés de Villena.

70

La llamada fue inmediata. Nada más salir de la reunión con el comisario de la Brigada Tecnológica, Robles y Fernández Navarro telefonearon a comisaría para pedir que localizasen y citasen al tal Alberto Osorio. El inspector no podía disimular su excitación. Por fin un hilo nuevo del que tirar. La inspectora, más cauta y siempre recelosa, dudaba de que esta nueva pista fuera suficiente para desenredar la enorme madeja formada alrededor del asesinato de Berta. Tenía la convicción de que quien la golpeó con una barra de hierro en la cabeza se encontraba entre sus colegas de Ciencias del Clima. Es más, si seguía una de las reglas de oro de la investigación criminal —«Lo más sencillo es siempre lo más factible»—, todo la llevaba hasta Joaquín, el profesor-vecino-amigo-amante.

Por el camino pararon a comprar comida basura. Mientras esperaban a que el joven de gorra roja y camisa del mismo color con gruesas rayas blancas les entregara sus hamburguesas en una bolsa de papel, recibieron un mensaje de Gómez. El teléfono de Osorio estaba apagado y fuera de cobertura.

Dos horas y media después, con los agentes Bastos y Atienza también incorporados en sus puestos, el terminal volvió a estar operativo. El abogado contestó a los requerimientos enseguida. Dejó en casa a su familia, con la que había estado en la sesión tempranera del cine, y se plantó con la mayor celeridad posible en la Comisaría Sur.

—Gracias por venir tan rápido.

En realidad, no tenían que dárselas. Estaba prevenido: esperaba la llamada desde la muerte de Berta. Si él mismo no había acudido voluntariamente a declarar había sido por temor a perder su empleo. Desvelar lo que se disponía a contar a la policía era violar el secreto profesional y poner en la picota la trayectoria y la reputación de su despacho. Eso era lo que más le pesaba, además de la posibilidad de tener que buscar un nuevo empleo, pero había llegado la hora. Moral y, sí, también profesionalmente, pasara lo que pasara, se lo debía a Berta.

Así que llegó y habló. Contó que la dirección del despacho había hurtado al departamento de Medioambiente, del que formaba parte su compañera muerta, un informe procedente de la Confederación Madrileña de Ecologistas, en el que se advertía de presuntas irregularidades en una planta de reciclaje situada en Los Zarzales. De titularidad privada, a nombre de resam, estaba administrada, según una investigación llevada a cabo por el Sindicato de Sanidad de Madrid, por otra sociedad, greenbe. Uno de los socios de esta última firma, Eliseo Dueñas, participaba en otra empresa relacionada con el sector, pero no en España, sino en Panamá. ¿Y quién era la accionista mayoritaria de dicha empresa? Una tal Isabel Sanjurjo. Su exmarido, Ignacio Corrales, poseía también una buena tajada en el accionariado.

Robles abrió la boca como si hubiera visto un fantasma. Qué sorpresa. Nada los había conducido hasta ese momento hacia una presunta culpabilidad de la Ferrari, que no solo tenía coartada para la noche de autos, sino que parecía carecer de motivo para asesinar a Berta. Recordó al instante la advertencia del comisario Feijóo sobre

el mensaje, en el que Berta le comunicaba que tenía que hablar con ella sobre algo importante. ¿Y Nuria? También había recibido un mensaje idéntico a la misma hora.

La voz de Fernández Navarro sacó a la inspectora del estado de confusión.

—¿De qué irregularidades estamos hablando?

—Hablamos de falta de permisos para la realización de actividades como la incineración de residuos sanitarios que contaminan de forma peligrosa —respondió Osorio.

Dio un trago a su vaso de agua y continuó.

—Me refiero a restos de operaciones: sangre y tejidos, además de órganos retirados en trasplantes.

Fernández Navarro no movía ni un músculo mientras Osorio se explicaba. Ni siquiera pestañeaba. Había sido, precisamente, esa capacidad de concentración, junto con la habilidad de interpretar los datos mientras los recibía, la que lo había llevado hasta su cargo actual.

El abogado prosiguió.

—También de residuos de tratamientos de quimioterapia y radioterapia. Una barbaridad —concluyó Osorio con la mirada fija en el suelo.

Se daba perfecta cuenta de la gravedad del encubrimiento. Pero ¿quién podía culparlo? Tenía dos hijos pequeños. No quería acabar como Berta.

—¿De dónde procede la primera denuncia?

—Son varias y anónimas, aunque todo apunta hacia algún liberado del Sindicato de Sanidad, bien del Hospital del Este, bien de la Santísima Piedad, los dos centros de donde salían los residuos.

—Y usted le pasó esa información a Berta —intervino ahora Robles.

El interrogado asintió. Rezumaba culpabilidad y remordimiento.

—¿Por qué lo llamó la tarde del día en que fue asesinada?

—Para contarme que había tratado sin éxito de visitar las instalaciones. Se había plantado allí justo el día de la apertura del curso académico, pero el capataz responsable le había impedido el paso. Ese día, el que la mataron, iba a intentarlo de nuevo.

—¿Le pasó usted el informe en papel, por correo electrónico, en un *pen drive*?

—Se lo entregué en mano.

—¿Sabe si existe archivo electrónico del documento?

—Todos fueron destruidos.

—¿Y a usted, quién se lo entregó?

—Carlos Blanc, el socio principal del despacho. Me lo dio para que estuviese informado, me dijo, de los riesgos que, si se descubría la actividad ilegal de Los Zarzales, correrían varios de nuestros mejores clientes.

—¿Varios?

Gómez levantó, asombrado, la vista del bloc en el que iba transcribiendo la conversación, e izó las cejas mirando a Atienza, que a su vez anotó el movimiento descontrolado de la pierna derecha del abogado. Fernández Navarro se giró hacia Robles y ella le respondió con una expresión alucinada.

Mientras el equipo gestionaba su desconcierto, Osorio iba sintiendo en los músculos y articulaciones la liberación de su pesada carga mental. Se sintió bien, más que bien, casi mejor que nunca, y decidió ir con todo hasta el final. Terminaría de soltar el resto de la

información en cuanto los policías masticaran la primera sorpresa. Pero no tuvo tiempo. Su propio abogado, a quien había llamado al escuchar el requerimiento policial al salir del cine, abrió la puerta de la sala acompañado de una agente y, nada más dejar la cartera sobre la mesa, le recomendó guardar silencio.

71

Dormía. Al fin. Elisa miraba el cuerpo de Joaquín, cuyo pecho se movía al compás de una respiración profunda, rítmica. El tranquilizante había surtido el efecto deseado. Llevaba varias horas en la misma postura y era posible —pensaba Elisa— que lo estuviera, al menos, otras dos más.

¿Y luego qué? Verlo allí, tumbado sobre la cama de matrimonio, agitó su memoria. En su caleidoscopio mental, algunos recuerdos en color y otros en blanco y negro se alternaban con sentimientos, unos recientes, la mayoría antiguos, de aquel tiempo, como ella lo llamaba, de la felicidad. Pero no era momento de flagelaciones y se esforzó en recomponerse. La vida siempre repetía sus patrones. Lo urgente se imponía sobre lo importante, así que se dirigió hacia el salón. Apoyada en el marco de la puerta miró la carpeta roja que la reclamaba desde la esquina de la mesa. La intuición le decía que dentro de aquel sobre plastificado y traslúcido se escondía la respuesta al misterio que, metida en la piel de Jane Marple, venía tratando de desentrañar. Fue, sin embargo, capaz de frenar de nuevo su ansiedad y, dando media vuelta, se dirigió a la cocina a prepararse un tentempié.

Mientras encendía el fuego, sus propias dudas entraron en ebullición. ¡Vaya! Parecía que las emociones no iban a darle tregua. Comenzó entonces a preguntarse si el contenido de la carpeta iba a cambiar sus circunstancias. Es posible que le estuviera dando

demasiada importancia al caso —qué podía hacerse a esas alturas, si Berta no iba a volver—, pero también era factible, por otro lado, que, fuese lo que fuese aquello, empeorase su relación, más deteriorada que las ruinas de Palmira.

Desconfiaba de sus sentimientos y, por un momento, estuvo tentada de tirar la carpeta a la basura y seguir con su vida. A fin y al cabo, estaba a punto de acabar la traducción de las memorias de la Christie. Pondría el punto final y seguiría adelante. Con otras novelas, otros personajes, otras vidas. Quizá le encargasen ocuparse de un volumen de poesía. Un Walt Whitman, un Dylan Thomas, quién sabe. «*Do not go gentle in that good night*». «No entres dócil en esa buena noche». Qué bello. Cuánta falta le hacía algo de poesía a su existencia. Suspiró mientras echaba agua hirviendo en la tetera de porcelana. La colocó junto a unas pastas y una tacita del mismo juego japonés y se dirigió hacia el salón con aire ceremonioso.

Se sirvió con la misma delicadeza de quienes lo hacen siguiendo un ritual milenario, y se dispuso a leer el informe, ajena al hecho de que, a unos kilómetros de allí, en plena Comisaría Sur, había comenzado la búsqueda de ese mismo documento que tenía entre las manos y que no era otra cosa que el informe que Alberto Osorio había entregado a Berta y que esta había guardado en el armario común del departamento de Derecho Ambiental.

Antes de abrirlo, Elisa solo sabía que la secretaria del decano había ido a buscar esos papeles en una visita que parecía secreta y que, huyendo de la alarma del ascensor, la carpeta roja se le había caído en el suelo de la sala. Después de pasar sus páginas, en cambio, supo que la planta en la que apareció el cadáver de Berta

realizaba, según denunciaban el Sindicato de Sanidad y la Confederación de Ecologistas, una actividad peligrosa y con graves consecuencias penales.

Así que la coordinadora de estudios y el marido…

Devoró, línea a línea, la información. Lo leyó y releyó buscando el nombre de Joaquín en aquellos papeles de la vergüenza, pero no lo encontró. Volvió a dejarlos en su sitio y se dirigió al dormitorio a despertarlo. Tenían mucho de lo que hablar.

72

Tres metros de recia y empoderada divinidad recibían en el vestíbulo a los visitantes del Círculo de Bellas Artes. Ajena al trajín de idas y venidas del bar a la tienda, de la tienda al ascensor y de ahí a las salas repartidas en cuatro plantas, Atenea dirigía su mirada a la empuñadura de su mutilada lanza, reflejada en el enorme espejo que partía en dos la escalera imperial. A los pies de su túnica se reunía un grupo de jóvenes, estudiantes de la Facultad de Ciencias del Clima que acudían a la presentación del nuevo libro de su decano, Enrique de Olmedo.

Asomado a la infinita perspectiva de la ciudad, el autor de *Corazón esperanza* apuraba una taza de café. La Azotea, la terrazabar del edificio, se había abierto expresamente para el cóctel posterior al evento. Se esperaba el lleno para el aforo de doscientas personas de la sala de columnas. De Olmedo había elegido el lugar y, aunque este superaba el presupuesto de promoción de la editorial en la que publicaba, él mismo había prometido a los responsables de *marketing* que correría con los gastos no contemplados. Y allí estaba, repasando el texto que iba a leer delante de políticos, sociólogos, periodistas, familiares y amigos.

Era su día, con el que llevaba meses fantaseando, el de su confirmación como pope de la ecología. Un salto, se había dicho al acabar de escribirlo, del *local* al *planetary green*.

Por supuesto, y aunque no en la primera fila, se habían reservado varios asientos para el personal de la facultad. Hasta Berta, todavía viva cuando se realizó la distribución de los invitados, y también Óscar, tenían asegurada su plaza. Aquel día, pensaba De Olmedo, sería grande también para su equipo. Atraería la atención positiva hacia el centro y sus resultados después del desastre de las últimas semanas, que había supuesto un considerable descenso de su reputación.

Nuria había sido, cómo no, la primera en llegar. Sin tiempo de admirar las maravillosas columnas corintias, repasaba la disposición de los elementos en la mesa y se aseguraba, con ayuda de los técnicos, de que el ordenador para la proyección de diapositivas, el sonido y la iluminación de la sala fueran, no solo correctos, sino inmejorables. Tapaba su herida con una gruesa cinta de pelo, a la que, como si fuera presa de un toc, dirigía su mano derecha una y otra vez. Tal como había hablado con el decano, su lugar en el evento estaba a la derecha, de pie junto a uno de los pilares simétricos que parecían sostener el escenario.

Desde allí vería a la Ferrari levantar el papelito con la palabra «Reservado» del asiento 1 de la fila 4. Isabel Sanjurjo había sido de las primeras en llegar. Lucía un moño griego, quién sabe si para mimetizarse en el ambiente y, siguiendo la recomendación de Giovanni, creador del llamativo peinado, vestía un traje de chaqueta elegante pero sencillo. Para contrarrestar, más que nada.

Seis filas más atrás, Joaquín contemplaba la nuca al aire de la coordinadora de estudios y calculaba cuántos días quedaban para que la guillotina de la justicia la separase de su cabeza. Elisa le había enseñado el informe después de hacerle prometer, eso sí, que

no diría nada, que guardaría silencio hasta que ella decidiera el momento oportuno para entregárselo a la policía. Lo haría, estaría callado; pero malditas las ganas. Qué tipeja. Claro —no dejaba de darle vueltas—, por eso desviaba una y otra vez las excursiones de primero hacia otros puntos de la sierra. No quería que nadie pisara, ni mucho menos examinara, hectárea alguna del suelo cercano a la planta de reciclaje.

Óscar llegó el último y ocupó discretamente su lugar junto al grupo de alumnos que antes alborotaba el vestíbulo.

A la hora anunciada, con la puntualidad de un funcionario alemán, dio comienzo el acto. Una alumna joven, miembro del grupito de estudiantes afines al decano, dio paso, en primer lugar, al director de Medioambiente de la Comunidad de Madrid. El consejero, aunque amigo del decano, había excusado su presencia, obligado por una inesperada reunión en Bruselas.

—Queridos amigos, permitidme que me dirija a vosotros de esta manera. ¿Hay alguna otra, acaso, más oportuna para definir a los amantes de la ecología? Familia, podría ser —levantó la mirada y sonrió—, si tenemos en cuenta las personas de distintas edades que hoy habéis venido a acompañar a nuestro querido Enrique.

Un murmullo de simpatía recorrió la sala. El decano se regocijó sin disimulo dentro del traje. Se escuchaban aún algunas voces procedentes de la puerta de entrada, desde donde algunos de sus admiradores trataban de acceder sin la invitación correspondiente. Eran tuiteros habituales de las listas de ecología y medioambiente. El presentador recuperó la atención perdida y prosiguió:

—Pues bien, hoy me dirijo a esta familia para presentarle el que, estoy seguro, va a ser uno de esos libros que marquen un antes y

un después en la concepción de nuestro entorno. No basta —en eso estamos de acuerdo Enrique y yo— con el impacto de las imágenes que nos llegan desde las noticias. Son precisos una reflexión y un nuevo punto de partida en el cuidado de esta casa nuestra que es la Tierra.

El auditorio escuchaba ahora en el más cortés de los silencios. Entre el público solo algunas toses y el sonido de las varillas de los abanicos abriéndose y cerrándose. El introductor del acto desglosó entonces datos relativos a las medidas que su gobierno estaba implementando en la materia. Medidas que eran mejoras, siempre, para el ciudadano de a pie, el más común de las especies.

—No os entretengo más. —En ese momento, De Olmedo se sacudió la complacencia, se levantó y se acercó al atril—. Enrique, todo tuyo.

Los músculos de Nuria se tensaron. Había llegado el momento que llevaban preparando durante meses. Nada podía salir mal. Los fotógrafos, pertrechados a ambos lados del escenario, se interpusieron entre este y la primera fila y empezaron a disparar sus ráfagas.

La presencia de la prensa era siempre un reclamo en este tipo de eventos, por lo que el público, concentrado en los *flashes*, se perdió uno de los grandes momentos de esta historia. Antes de que el decano pudiera abrir la boca para hilvanar la primera frase, Robles y Fernández Navarro irrumpieron en la sala mientras varios uniformados se apostaban a ambos lados de la entrada. Nadie se percató de su presencia hasta que llegaron a la altura del tocado de Isabel Sanjurjo y se pararon a su lado. La Ferrari los miró de reojo y siguió pendiente de los periodistas gráficos. Conocía a algunos de

aquellos fotógrafos de otros eventos del campus. Los inspectores tocaron entonces su hombro y, haciéndole evidentes gestos con la mano, le pidieron que abandonara su asiento.

Enrique de Olmedo lo vio todo desde el que iba a ser el escenario de su gran éxito editorial y, aunque en un primer momento se dispuso a colocar los folios para comenzar su discurso, se detuvo. Algunas cabezas de las últimas filas se giraban hacia la entrada, alertadas por la presencia de los policías.

Nuria se acercó al decano y este, adoptando una postura poco elegante, se agachó desde la tarima y le susurró algo al oído. Ella se dirigió entonces hacia los agentes, con los que intercambió varias palabras.

La Ferrari había palidecido. El público comenzaba a ponerse de pie, tan curioso como alarmado. Algunos pensaron incluso en una amenaza terrorista o en algún suceso grave que podía estar teniendo lugar dentro del edificio, uno de los más emblemáticos de la ciudad. No sabrían la verdad de lo que estaba ocurriendo hasta el final del día o incluso hasta el siguiente, cuando, con datos más o menos precisos, exagerando o no el relato, los periódicos publicaron su versión de lo sucedido.

73

«Escándalo en Ciencias del Clima. La policía irrumpe en un acto de presentación de Enrique de Olmedo y detiene a
varios miembros del claustro y al propio decano».

«La presentación de *Corazón esperanza* del decano De Olmedo se salda con varios detenidos en el Círculo de
Bellas Artes de Madrid».

«Las incógnitas alrededor de la detención en Madrid
de Enrique de Olmedo y su equipo cercano».

Quizá ese fuera el titular más acertado, porque *Corazón esperanza* llevaba largas horas siendo *trending topic* en la gran X de Elon Musk. A falta de hechos, se postearon insultos, críticas y suposiciones, porque lo que ocurrió en el Círculo de Bellas Artes, minuto a minuto, solo lo llegó a saber un reducidísimo grupo de individuos.

En el centro de la noticia, la Ferrari, que, custodiada por dos agentes, veía cómo su querido Enrique se veía obligado a pedir que desalojasen la sala. No podía faltar Nuria, que se ocupaba del gran disgusto del decano y daba explicaciones a los vip de los primeros asientos, a quienes ayudaba a incorporarse a la fila de salida bajo la promesa de enviarles el libro antes de que saliese a la venta.

Camuflado tras un grueso cortinón negro, Óscar no le quitaba ojo. Con la gorra calada hasta las cejas, se escondía entre los alumnos invitados, que parecían negarse a abandonar la sala. Se estaban divirtiendo de lo lindo con las fatigas del decano y la Ferrari.

A pesar de su disgusto y su dolor, también lo hacía Joaquín. La tarde del domingo en la casa de Villena había dado mucho de sí. Elisa y él se habían intercambiado sus documentos: ella le había mostrado el informe de la cem y él había hecho lo propio con el análisis del suelo de la zona que le había entregado Federico de Marcos. En un inesperado arrebato de sinceridad, ambos habían compartido sus secretos, aunque la traductora, tal como le había confesado, se reservaba algunos datos de interés. Por dicho motivo, y a pesar de los requerimientos de Nuria para que se incorporase a los grupos de salida, permaneció sentado en su sitio. Por nada del mundo iba a perderse aquello.

Mientras, escondida tras una de las columnas de la entrada, la señorita Marple observaba el desfile de ecologistas desilusionados sin quitar ojo al resto de protagonistas de un misterio que tocaba a su fin. Si la traducción que la ocupaba hubiese sido una obra de teatro, estaría teniendo lugar la tercera llamada, pero como ella misma era una creación novelesca de Agatha Christie, lo correcto sería hablar de desenlace.

—Pero bueno, ¿qué es todo esto? —la Ferrari aullaba a los inspectores tratando de zafarse de Robles, que la tenía agarrada por el brazo derecho.

—Señora Sanjurjo, queda usted detenida por un presunto delito contra el medioambiente y otro contra la salud pública.

Hasta ahí, nada nuevo para Jane/Elisa. Pero esperaba algo más de su particular inspector Craddock y, sí, también de la antipática pero profesionalísima Susana Robles.

Sus expectativas no tardaron en hacerse realidad. Fernández Navarro se dirigió hacia el decano, que bajaba en ese momento del escenario, y repitió los mismos cargos ante el espanto de Nuria, que se tapaba la boca con ambas manos.

—Señores —comenzó a decir De Olmedo mientras esbozaba una sonrisa condescendiente y altiva—, esto es un auténtico atropello del que van a tener que dar explicaciones.

Ignorando la nueva puesta en escena del decano, Fernández Navarro lo agarró del brazo con el objeto de conducirlo hasta la salida y de ahí al coche patrulla.

No hacía ni una hora desde que, expiando sus pecados, el agente Gómez resolviera uno de los grandes misterios del caso. Temeroso de que la responsabilidad de un posible fracaso policial recayese sobre él, había dedicado las últimas jornadas a apretar y apretar a los de Delitos Económicos. El resultado: un meticuloso rastreo de sociedades pantalla, de testaferro a testaferro, de paraíso fiscal a paraíso fiscal, que había conducido hasta De Olmedo, sin representación en la propiedad de Los Zarzales, pero a quien un intermediario de Ignacio Corrales transfería enormes cantidades de dinero a una cuenta en Las Bahamas.

—Tendrán ustedes que demostrarlo. —El decano respondía, desafiante, a las acusaciones.

—No se preocupe, lo haremos. Como también demostraremos que Berta Morales fue asesinada mientras investigaba estos hechos para evitar que ella misma se encargara de denunciarlos ante la ley y la

opinión pública. No creo que a partir de ahora vaya a vender usted muchos libros —se regodeó Robles.

—Bueno —añadió en tono jocoso su compañero—, tampoco lo veo yo a usted con mucho futuro como criminal. Eso de dejar el cadáver de Berta en la planta no ha sido muy inteligente, ¿no cree?

—Un momento, queridos.

Recatada pero dispuesta, y agarrando con la mano izquierda el bolso que colgaba de su brazo derecho, miss Marple hizo su última y definitiva aparición en el crimen del reciclaje.

Robles y Fernández Navarro se volvieron, atónitos. La inspectora dirigió una mirada furibunda hacia uno de los policías de la puerta, que, rojo como un tomate, se encogió de hombros.

—¿Quién la ha dejado pasar, señora Morán? —la inspectora no podía disimular su malestar.

—Diga lo que tenga que decir y déjenos trabajar. Se lo ruego. —Fernández Navarro se había puesto serio con la traductora.

—Por supuesto. Lo que tengo que decir —comenzó la frase mientras se sujetaba con una horquilla un mechón de pelo rebelde— es que, en efecto, el asesino de Berta se encuentra entre nosotros. Pero el señor De Olmedo y la señora Sanjurjo…

—Señorita —corrigió la Ferrari.

—El señor De Olmedo y la señorita Sanjurjo —rectificó Elisa— no son los asesinos que buscamos.

La frase cayó sobre los presentes como la de un juez que dicta una sentencia de muerte. Se miraron unos a otros. En ese momento, Óscar era interceptado por una agente mientras se disponía a abandonar la sala.

—La asesina es… —realizó una pausa dramática—. La asesina es… —se detuvo de nuevo creando una tensión insoportable entre los presentes— la secretaria del señor De Olmedo, Nuria Águeda.

En ese mismo momento, la aludida se derrumbaba dejándose caer de rodillas sobre el piso. Andrade corrió hacia ella para abrazarla.

Joaquín se llevó las manos a la cabeza. El decano y su coordinadora de estudios parecían hundirse bajo el peso de las circunstancias.

—¿Es cierto, señorita Águeda? —Fernández Navarro se dirigió hacia ella.

Nuria asintió moviendo la cabeza. Le temblaba todo el cuerpo. Comenzó a sollozar.

Fernández Navarro pidió entonces que los detenidos por la actividad ilegal de la planta fueran conducidos a comisaría. Pero el decano se negó. Más allá de lo que su ambición económica le deparase a partir de ahora, quería, necesitaba enterarse del porqué de aquel crimen. Si había convivido durante años con una persona capaz de matar, tenía que saber los motivos.

Ansiosa también por conocerlos, Robles aceptó. Los detenidos podían quedarse, siempre con el objetivo de que colaborasen en el esclarecimiento de los hechos. Ambos asintieron, sin saber muy bien qué relacionaba a Nuria con sus trapicheos financieros, si es que algo la relacionaba.

—Señorita Águeda —Fernández Navarro se dirigió a Nuria, que no cesaba de llorar—, ¿por qué? ¿Por qué acabó usted con la vida de Berta Morales?

—Se iba a saber. Se iba a saber —repitió la secretaria balbuceando.

Lo que se iba a saber era que esos residuos debían estar a punto de ser detectados en las aguas de la zona y que el responsable de la gravísima contaminación de la planta y de sus efectos sobre el campo y las personas no era otro que su amado jefe, de quien dependía para mantener su puesto de trabajo. Todo, hasta matar, antes que volver al pueblo a cuidar de sus tías mayores, sola, sin dinero y sin futuro. La fracasada, el hazmerreír de todos.

—¿Por qué se iba a saber? —prosiguió el inspector.

—Por esto.

Carpeta roja en alto, miss Marple se introdujo en el diálogo, enfrentando a la asesina confesa.

—Explíquese, señora Morán.

Obviando el tono seco de su Craddock, se explicó:

—Esta carpeta roja encierra las vergüenzas de esos dos —respondió señalando con un dedo acusador al decano y su coordinadora.

—¿Y? —Robles metió baza, impaciente.

—Nuria conocía este informe. Se le cayó de las manos en el despacho de Berta y fue a parar a las mías. Berta lo sabía todo. —Bajó la voz, pesarosa—. Perdió la vida investigándolo.

—¿Es así, Nuria?

—¡¡Sí!! —Una rabiosa afirmación se abrió paso entre el llanto—. No quería que cesaran al decano, no quería perder mi trabajo.

—Y no quería tampoco que el decano se enterase de lo suyo con Óscar.

Nuria enmudeció. Presa de la vergüenza, dirigió su mirada hacia De Olmedo. Este negaba con la cabeza en señal de incredulidad.

—Ella, Berta, me escribió —prosiguió la secretaria su relato—. Me envió un mensaje al teléfono. Me decía que quería hablar conmigo de algo importante.

—Prosiga —la animó Fernández Navarro.

—Fui a su despacho, pero antes de entrar la escuché decir tras la puerta que no se podía consentir una conducta así en el centro. Estoy segura de que hablaba de mí y de Óscar.

Este permanecía callado. Miró también hacia el decano, a su amado líder ecologista, el espejo en el que mirarse. El espejo, sin embargo, no le devolvió más que estupor y desdén.

—Así que la siguió hasta la planta de reciclaje y la golpeó con una barra de acero. Después la arrastró hasta el interior y la introdujo en el autoclave —concluyó el policía.

Robles se daba cuenta de la inconsistencia de aquella acusación. ¿Podía aquella mujer arrastrar un cuerpo?

—Nuria sí asestó a Berta el golpe mortal —intervino de nuevo Jane Marple, sacando del bolso un paquete de guantes de plástico. Estaba abierto y extrajo uno con la punta de los dedos—. En estos guantes que la señorita Águeda tiró a una papelera frente a su casa encontrarán ustedes huellas que la relacionan con el arma del crimen. Peeeero —estiró la primera vocal para enfatizar su discurso — Nuria no ocultó el cuerpo sin vida ni orquestó la exótica puesta en escena de la momia en su sarcófago. Eso lo hizo este caballero.

Se giró entonces en dirección a Joaquín, que suspiró aliviado, llevándose la mano al pecho, al darse cuenta de que su exmujer se refería a Óscar, de pie a sus espaldas.

—¿Lo ves? —El señalado dirigió sus palabras a Nuria, mientras le agarraba la cabeza con ambas manos—. Te quiero y espero que

ahora, de una vez por todas, me creas.

—Es cierto —confirmó Elisa/Jane—. Este hombre se ha pasado las últimas semanas tratando de hacerse entender. Buscando reciprocidad en sus sentimientos. Lo he visto con mis propios ojos.

Fernández Navarro se acordó inmediatamente de las tres huellas distintas de neumáticos aparecidas en el camino de tierra que conduce a la planta, y que, una semana más tarde, serían identificadas como las del vehículo de Manuel, el operario que descubrió el cadáver, las de un Dacia Logan, modelo que correspondía al coche de Nuria y, por último, las de un Smart.

Aunque la coincidencia entre la elección de Andrade y la de Elisa a la hora de elegir coche había suscitado las suspicacias de Robles, ambos sabían que aquello era una nueva muestra de antipatía de la inspectora hacia la improvisada detective.

—¿Confirma usted, entonces, señor Andrade, su implicación en los hechos?

—Sí, confieso.

—Fuiste tú, tú entraste en mi casa. ¡¡Me querías matar!! —Nuria chillaba, acercándose a la cara de Andrade.

—No es verdad. Solo quería saber de ti, darte una sorpresa.

Óscar, impasible, zanjó así el tema. Actuaba como si, en vez de protagonista, fuera un testigo de los hechos, como un espectador que ve, desde platea, cómo la intensidad del drama va consumiendo a los actores. Contó con total serenidad y sin abstenerse de detalles escabrosos cómo había seguido a Nuria hasta la planta de reciclaje y cómo allí, camuflando el Smart entre los pinos, había aguardado hasta verla salir de nuevo en su Dacia Logan en dirección a Madrid.

Bajó en coche hasta la entrada de la planta para no dejar pisadas y allí se topó con el cadáver de Berta junto a la puerta.

Un Joaquín furioso interrumpió entonces la confesión y, a gritos de «¡Asesinos! ¡Asesinos!», se abalanzó sobre Óscar. Para cuando uno de los policías que custodiaban a la Ferrari intervino, la gorra y las gafas del nuevo culpable habían sobrevolado el auditorio.

Joaquín abandonó la sala consternado, no sin antes entregar a los inspectores el informe del terreno incendiado por el camión que transportaba residuos hacia la planta.

—No quiero compartir techo con ninguno de estos sujetos ni un minuto más.

Elisa lo vio salir y tuvo que admitir con una punzada de dolor que su ex seguía enamorado de Berta. Al fin y al cabo, se dijo, no había pasado tanto tiempo.

—¿Fue usted quien introdujo a Berta en el autoclave? —Robles retomó el interrogatorio tras el incidente.

Óscar respondió con un escueto «sí».

—¿Fue usted quien trató de manipular los parámetros de la máquina?

El profesor admitió de nuevo los hechos.

—¿Fue usted quien limpió la puerta de entrada y el autoclave?

—Sí —se le escuchó decir, casi orgulloso.

—¿Fue usted quien irrumpió de forma ilegal y registró la casa de Berta?

Sorprendido, Andrade negó tres veces.

—No, no fui yo. No fui yo.

Todos se giraron entonces, aguardando una respuesta, hacia Elisa, pero esta, con la más inocente de sus miradas, levantó los brazos y

se encogió de hombros a modo de interrogación.

Los investigadores tardaron varias semanas en descartar a Elisa como culpable de la violación del domicilio de Berta. Llegaron a la Comisaría Sur, por fin, bajo requerimiento judicial, los papeles de Blanc i Oriol relacionados con el decano De Olmedo. También nuevo material sobre la actividad ilegal que obraba en poder de Berta y del que pudo deducirse que había sido el propio despacho quien había ordenado el registro en casa de la abogada asesinada.

Los documentos que inculpaban al prestigioso bufete no evitaron, sin embargo, que sus mejores abogados se encargaran de la defensa del decano, de la Ferrari y de su muy bien relacionado marido. Desde Ignacio Corrales, la brigada de Delitos Económicos llegó a los cargos públicos que habían permitido aquel desastre, tanto por acción como por omisión. Es decir, se identificó a los políticos gracias a los que resam no solo había conseguido clientes —los hospitales implicados—, sino evitado las inspecciones oportunas.

Nuria y Óscar fueron asistidos por un abogado de oficio, que dio lo mejor de sí desde el primer minuto, pero que, debido a las confesiones de los acusados, no tuvo ninguna posibilidad de librarlos de una condena por asesinato y otra por colaboración en asesinato y encubrimiento.

Ella no volvió al pueblo, pero no pudo evitar ser la vergüenza de aquellas tías de las que trataba de huir y de todos sus antiguos

vecinos, que asistieron a la llegada de reporteros en busca del pasado de «la asesina del reciclaje».

En cuanto a Óscar, continuaba ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Fue así en la detención, en los interrogatorios y durante el juicio, donde los abogados de Berta, contratados por Mercedes Carrión, lo definieron como un psicópata narcisista, sin empatía ni sentido de la culpabilidad y empeñado en lograr sus objetivos a cualquier precio.

¿Se enamoraban los psicópatas? Aquella pregunta, lanzada por su abogado defensor, fue contestada en el turno de réplica por la acusación: sí, si por enamorarse se entendía tratar de poseer algo mediante la manipulación, el control y la ausencia total de remordimientos. Andrade, apuntalaron el argumento, quería poseer a Nuria como antes había poseído a Berta.

Quienes sí estaban enamorados, y por fin lo reconocían y expresaban, eran Robles y Fernández Navarro, que, en cuestión de horas, pasaron a ser Javier y Susana, y se dedicaron a investigarse el uno al otro. La chispa había prendido por fin en la celebración del cierre del caso, azuzada por el ambiente de camaradería, las copas y la flojera por el cansancio acumulado. La noche hizo el resto, y del bar pasaron al coche, de este a casa de ella y de ahí a la cama, de donde no se levantaron en todo el fin de semana, olvidándose de la observación que les había hecho miss Marple mientras abandonaba el Círculo de Bellas Artes. Sacada de *Némesis*, una de las novelas de Agatha Christie, venía a decir algo así como que «el amor es algo extraordinario, causa tantas cosas: odio, celos, malentendidos…».

La facultad tuvo que esperar a que cesara el alboroto mediático para recuperar la calma. Como era de esperar, el asesinato y sus

ramificaciones económicas habían llenado las escaletas de *magazines*, telediarios y, por supuesto, programas de sucesos. Pero, una vez ocupadas las vacantes de los detenidos, todo volvió a la normalidad. *Corazón esperanza* no llegó a las librerías, pero los ejemplares repartidos en la fallida presentación se vendieron a precio de oro a la prensa y permitieron a algunos estudiantes darse la mejor de las vidas durante aquel curso académico.

75

Desde la terraza de su amado hogar en Villena, Elisa podía ver a Joaquín, sentado en el porche de la casa de Berta. Mercedes Carrión había regresado a Berlín con la satisfacción de ver detenidos a los culpables del crimen, pero no había querido deshacerse del chalé, el único vínculo material que la mantenía unida a su malograda hija. Así, había decidido dejárselo a Joaquín a cambio de un alquiler simbólico y con el deseo de que permaneciese allí hasta que encontrase un nuevo sitio en el que vivir.

Elisa podía verlo, cada mañana, salir de la vivienda para dirigirse a la facultad, tan arreglado y guapo como el día de inicio del curso, cuando había empezado todo lo malo. Escondida tras la cortina del saloncito, lo observaba también al volver del trabajo, cuando, a la caída de la tarde, cada día más temprana, se sentaba en el porche, tal como hacía en ese momento, a tomarse una copa.

Se retiró del cristal y regresó al folio, donde, ya en castellano, se reproducían las últimas frases dictadas por la memoria de Agatha Christie:

> Muchas otras cosas para el recuerdo: caminar por una alfombra de flores hasta el santuario yazidí en Sheikh Adi, la belleza de las mezquitas de amplios tejados de Isfahán, una ciudad de cuento de hadas; un atardecer rojo en Nimrud, bajar del tren en las Puertas Cilicias en la quietud del anochecer…

Elisa cerró los ojos y escuchó a los muecines llamando a la oración. Entre el esplendor ocre del adobe y la arena pudo distinguir a dos genios alados que la observaban de reojo desde sus cárceles de piedra. Los arropaba la sombra verde de las palmeras y el aroma a incienso, especias y resinas de los tamarindos.

Aspiró una y otra vez y, cuando abrió los ojos, el genio volvió a introducirse en la lámpara y el sueño asirio se desvaneció. Avanzó dos párrafos más y leyó en voz alta la firma de la escritora, que ponía fin al epílogo a 11 de octubre de 1965.

Comenzó entonces a sentir la tristeza de las despedidas; otra vida que se le escapaba entre las teclas. Se levantó y, sin cerrar el archivo, fue retirando con total delicadeza los objetos que la habían ayudado a transportarse a la Inglaterra de aquel año: el juego de té, los cuadros de estuco, el reloj de pared, los platos de cerámica Wedgwood. Hasta la alfombra persa fue enrollada y colocada en el montón del atrezo destinado al trastero.

Se dirigió después a su cuarto, abrió el armario y, prenda a prenda, se fue deshaciendo del disfraz de miss Marple: los zapatones de cuña, las medias, la falda de lana, la blusa, todo fue cayendo al lado de la cama. Se duchó para liberarse de los últimos pensamientos de aquella gran mujer y grandísima escritora y, ya en pijama, se dirigió a la cocina para prepararse un tentempié.

Desde que vivía sola apenas comía en condiciones. Porque le daba pereza cocinar, pero también porque, aunque había tenido un par de citas con el guapísimo —e infiel— abogado pelirrojo de Blanc i Oriol, echaba de menos a su ex, ahora tan cerca y tan lejos.

Decidida a cuidarse un poco más, apartó la Remington hacia el montón de cosas a retirar y encendió el ordenador para buscar

alguna receta sencilla con la que aprovechar los cuatro ingredientes desperdigados por la nevera.

Comería mejor, dormiría más, seguiría boicoteando el proceso de divorcio y decidiría si quería continuar trabajando de traductora. Si quería recuperar a Joaquín, sus transformaciones tenían que acabar.

¿Traducir sin mimetizarse con el personaje? Imposible. Lo llevaba en el adn. Era un todo o nada.

Por fin encontró un vídeo. Su receta, gracias. En menos de cuarenta segundos, Google le ofreció un riquísimo plato de pechuga de pollo con tomate a las finas hierbas. Umm. No lo tenía muy claro. Un plato de carne —de cualquier tipo— con tomate no era precisamente cocinar, así que se dispuso a buscar algo menos infantil o, mejor, se haría una tortilla francesa y a correr. Que no era lo mismo que comer en el Marie Antoinette, pero en ese momento le valía.

De pronto, y justo cuando iba a cerrar la barra del navegador, vio parpadear el sobrecito que anuncia la llegada de nuevo correo electrónico. Pinchó en el icono, más por costumbre que por interés. El remitente: la editorial; el asunto: nuevo encargo. Dudó —¿era así como se cuidaba, abriendo correos de trabajo a la hora de comer y en domingo?—, pero lo hizo. Entre las cuatro líneas que firmaba la directora de Paradigma se encontraba el nuevo título a traducir. Anonadada, levantó la cabeza del ordenador. Lo leyó varias veces en silencio y lo releyó después en voz alta. ¿En serio? No podía ser que le hubiera tocado aquel texto. ¿Qué era, una suerte o una desgracia? «Ya se verá», concluyó. Aquel no era momento de dudas ni disquisiciones. Tenía mucho trabajo por delante y había que ponerse manos a la obra. Nunca mejor dicho.

Agradecimientos

Dicen que solo a través de la magia se consigue lo imposible, lo inesperado. Quienes hacen magia son los magos y el mío, además de mover la varita, escribe. Sin él, sin Juan Jacinto Muñoz Rengel, este libro no estaría entre tus manos. No sin el aprendizaje obtenido en sus clases a lo largo de los años, sin su guía y su generosidad.

Tampoco sin la de mis compañeros de Escuela de Imaginadores, Natalia, Eduardo, Pilar y Pilar, Inocente, Teresa, Matilde, Elena, Cecilia y Nieves. Gracias por vuestro apoyo, aportaciones y comentarios al texto.

Gracias también a Maeva, a sus editoras, Leticia, Núria y Mathilde, que enseguida se encariñaron con Elisa Morán. A ellas y a todo el equipo dirigido por Maite Cuadros, por su cariñoso recibimiento.

Agradezco, y mucho, el apoyo de mis *early readers*, lectores tempraneros: Silvia, Juancho, Mari Carmen, Rodrigo, Laura y Ángela.

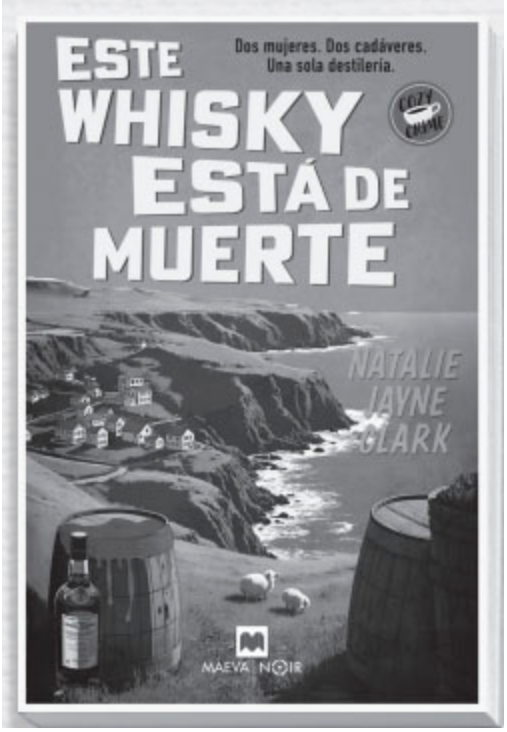
Y, por último, a María Molina (@bymaría_molina) por regalarme su tiempo para hacerme la estupenda foto de portada. Y a Feli, alma de Librería Polifemo, por regalarme su espacio para la sesión.

Libros muy *cozy* llenos de ingenio y humor que harán de tus próximas lecturas una experiencia inolvidable



Una magnífica novela coral por la autora revelación de las letras gallegas

Sol Cortés decide dar un cambio radical a su vida: abandona la ciudad donde vive y su trabajo como patronista para instalarse en su pueblo natal y abrir una librería. Pocos días después de su regreso, el veterinario local, Xan Sequeiro, es asesinado. Sol se involucra en una investigación paralela para descubrir quién se encuentra detrás del crimen.



¿Y si la esencia de un buen whisky fuera el secreto que guardan sus barricas?

Cuando un negocio en ruinas sale a la venta en Campbeltown, la «Capital Mundial del Whisky», Eilidh y su esposa Morag aprovechan la oportunidad para convertirse en las primeras mujeres en dirigir una destilería en Escocia. Sin embargo, en plena celebración descubren algo aterrador: dos cadáveres que parecen haberse conservado en dos barricas durante varias décadas.



Asesinatos, secretos y romance a bordo de un crucero de lujo en la década de 1920

Océano Atlántico, 1926. A bordo del lujoso transatlántico *Olympic*, Jane Wunderly se embarca en una travesía hacia Nueva York, donde la espera un inquietante misterio que amenaza con desbaratarla. Haciéndose pasar por la esposa del señor Redvers, Jane se une a los servicios secretos británicos para desenmascarar a un espía alemán que se oculta entre los pasajeros.



Asesinatos, romance y aventuras en Egipto en la década de 1920

Egipto, 1926. Jane Wunderly, una joven viuda, y su tía Millie se alojan en el lujoso hotel Mena House, donde la alta sociedad de todo el mundo puede olvidarse de las secuelas de la Primera Guerra Mundial. Cuando al día siguiente Jane encuentra el cadáver de una mujer en su habitación, se convierte en la principal sospechosa de su muerte.

MAEVA defiende el copyright©.
El copyright alimenta la creatividad, estimula la diversidad, promueve el diálogo y ayuda a desarrollar la inspiración y el talento de los autores, ilustradores y traductores. Gracias por comprar una edición legal de este libro y por apoyar las leyes del copyright y no reproducir total ni parcialmente esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, tratamiento informático, alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47, si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. De esta manera se apoya a los autores, ilustradores y traductores, y permite que EMBOLSILLO continúe publicando libros para todos los lectores.

Benito Castro, 6
28028 MADRID
emaeva@maeva.es
www.maeva.es

ISBN: 9791387664886
Conversión a formato digital: www.acatia.es